

Literatura  Justicia

Elogio
de la
necedad

Erasmus de Rotterdam

Prólogo de Efraín Villacís

Prohibida su venta



COLECCIÓN

Literatura *γ* Justicia



Certe nobiles qui.



quosuis. Sunt em̄ ue
re nobiles, qui gene/
ris claritati, doctrina
moribusq; respōdēt.
Sed eos, qui uita, cæ/
terisq; bonis rebus,
nihilō antecellunt in
simā plābem, aut qđ
sape uidem⁹, uincūt
uiths. Nireus) Ni/
reum pro formosissi/
mo posuit, nam Ho/
merus, ut Therfitem
turpissimū Græcorū,
ita hūc post Achillē,

Erasmus de Rotterdam

Elogio de la Necesidad

Prólogo de
Efraín Villacís

COLECCIÓN
Literatura  Justicia

**Presidente
del Consejo de la Judicatura**

Gustavo Jalkh Röben

Vocales

Néstor Arbito Chica / Karina Peralta Velásquez
Alejandro Subía Sandoval / Tania Arias Manzano

Director de la Escuela de la Función Judicial

Tomás Alvear

Consejo Editorial

Juan Chávez Pareja
Néstor Arbito Chica
Efraín Villacís
Antonio Correa Losada

Director de la Colección

Efraín Villacís

Editor General

Antonio Correa Losada

© De la traducción al español de Julio Puyol y Alonso.

Diseño y Diagramación: Alejandra Zárate / Jonathan Saavedra **Revisión Bibliográfica:** Gustavo Salazar **Revisión y Corrección de Textos:** Alejo Romano / Susana Salvador / Estefanía Parra **Apoyo Administrativo Editorial:** Carolina Andrade / Johanna Zambrano **Mensajería:** Geovanny López **Apoyo Técnico Gaceta Judicial:** Santiago Aráuz

ISBN 978-9942-8531-6-5
Proyecto Editorial Consejo de la Judicatura
Reina Victoria N23-101 y Wilson
www.funcionjudicial.gob.ec

Editogran S.A.
Distribución Diario El Telégrafo

PUBLICACIÓN GRATUITA
Quito - Ecuador, 2014

Contenido

<i>Prólogo</i> de Efraín Villacís	11
Prefacio. De Erasmo de Rotterdam a su amigo Tomás Moro	19
Habla la Necedad	27
Tema del discurso	29
Defensa de la alabanza propia	31
Sinceridad de la Estulticia. Ingratitud de los sabios para con ella	34
La Estulticia sigue en su oración un ejemplo de los retóricos	37
Progenie, patria, crianza y cortejo de la Estulticia	39
La Estulticia, por los favores que dispensa, es semejante a los dioses. Su poder en los orígenes de la vida humana	44
El placer como bien supremo	48
Íntima relación de la infancia con la Estulticia; beneficios que esta reporta a la vejez	50
Los beneficios de la Estulticia son superiores a los de los dioses	55
Estulticia de los dioses	59
Supremacía de la estulticia sobre la razón	64
El mayor encanto de la mujer es su estulticia	66

Importancia de la estulticia en los banquetes	70
La amistad	72
El matrimonio	76
La estulticia en las relaciones sociales	78
Alabanza del Amor Propio	79
La estulticia como causa de la guerra y de las empresas heroicas	83
Inutilidad de los sabios para todos los menesteres de la vida	85
Importancia política de la estulticia	91
Las artes	94
La verdadera prudencia se debe a la estulticia	95
La estulticia conduce a la más elevada sabiduría. Intolerable condición de los que el vulgo tiene por sabios	101
Las calamidades humanas remediadas por la Estulticia. Favores especiales que dispensa a los viejos y a las viejas	105
Elogio de la ignorancia. La edad de oro	111
Ciencias que más se conforman con la estulticia	115
La condición del hombre es la más desgraciada de todos los animales	117
Ventajas que los estultos tienen sobre los sabios	120
Relaciones de la estulticia con la locura. Clases de locura	128

Algunas formas de locura: la caza, la monomanía de edificar, la alquimia y el juego	133
La superstición como forma de estulticia: oraciones milagrosas, ofrendas, falsas indulgencias, ensalmos, culto de las imágenes, exvotos y funerales	138
Importancia suprema del Amor Propio en los individuos y en los pueblos	146
Loores de la Adulación	151
Para tener la felicidad, basta creer que se la tiene	154
Liberalidad de la Estulticia	159
Culto universal de la Estulticia	162
Beneficios que reporta la Estulticia, y formas que reviste según las personas. Estulticia del vulgo	166
Los maestros de Gramática	172
Los poetas, los retóricos y los autores de libros	177
Los jurisconsultos y los dialécticos	183
Los filósofos	185
Los teólogos	188
Los frailes	202
Los reyes y los príncipes	216
Los cortesanos	221
Los obispos	224
Los cardenales	226

Los papas	228
Los obispos germánicos	234
La Fortuna favorece a los estultos	238
Opiniones de algunos autores en favor de la Estulticia: Horacio, Homero, Cicerón	242
Sigue el punto anterior. Pasajes de la Sagrada Escritura en apoyo de la Estulticia: Textos del Eclesiastés, de Jeremías, del Evangelio y de Salomón; interpretación de ciertas palabras de san Pablo	245
Otros textos sagrados de las Epístolas de san Pablo y del Evangelio	255
Ardorosos elogios que hace san Pablo de la estulticia. Consideración de la estulticia en el Evangelio. Otros textos sagrados que la abonan	262
Las excelencias de la Estulticia comprobadas en las prácticas y sentimientos de la devoción y con la idea de la vida ultraterrena	270
El misticismo	279
Epílogo	283

Prólogo

La igualdad de la inteligencia

Cavilando inopinadamente, pensar se me ocurre como caminar, es decir, el uso de herramientas o accesorios para cumplir el cometido de los verbos, para los casos citados, el cerebro y las piernas. Caminar y pensar en sí mismos no sirven, el trote serviría para mantener saludable el cuerpo humano y el pensar haría que el cerebro desarrollara inteligencia.

No faltará quien me diga que corre por medallas de campeonato o para estar lo más lejos de la policía; y quien piense que lo hace porque reconoce el nombre y la forma de ciertos utensilios, o porque, en su estómago, resiente el vértigo del arriba hacia abajo en caída libre por la ladera del verde monte en primavera.

Caminar traslada, sirve para partir o llegar, siendo palabra se trueca en metáfora de trovadores, versos

poéticos, retruécanos de saltimbanquis verbales, *caminante no hay camino se hace camino al andar*, nada tan obvio y a la vez tan hermoso, por lo que hay detrás de esas palabras y con lo que viene delante, gracias al cerebro que luego de ordenar el *verbo-ejercicio* lo asocia con movimiento y más tarde, es decir cuando el sol se ha ido, logra conectarlo con el sentir hacia el pensar, hago camino para trascender.

Nada tan manido como «pienso luego existo» peor que «ser o no ser», infiero que se piensa siendo o no y se es aunque no se parezca a lo que uno piensa que es. El pensamiento puede ser muchas cosas, pero solo en sí mismo tampoco es útil para algo, el pensamiento es el sustantivo emergido de la especie que aprendió a pensar sobre su entorno.

Hay diversos tipos de pensamiento, no se me ocurre tratar ninguno en específico pues tampoco me dan las entendederas, pensamientos con nombres y apellidos, por ejemplo: Rousseau, Kant o Schopenhauer (citados al desborde, sin disciplina, el último, por lo que creía de los franceses y las mujeres, me hace reír); también hay pensamiento crítico que no necesariamente es

críptico (entre dios y yo, recuerdo la idea filósofa e inteligente de Bolívar Echeverría), pensamiento democrático que parece querer igualar todo, como *a medianoche todos los gatos parecen pardos*.

Está bien que todos seamos iguales ante la ley, ante los dioses, en la mente y en los corazones altruistas, benevolentes, solidarios de mujeres y hombres de bien, pero no tiene ningún sentido que todos pensemos igual. Cuando digo «pensar»: observo el ejercicio cotidiano del cerebro de cada ser humano de *pensar*, reflexionar su entorno para entenderlo, protegerlo o transformarlo si es necesario. A veces, es verdad, confundo información con inteligencia, algo así como que el dinero tiene que ver con la generosidad.

Erasmus de Rotterdam* fue un humanista del siglo XVI, lo de humanista viene por aquello de que trató en su oficio y pensamiento acerca de la especie y su convivencia en sociedades más o menos organizadas para el momento, su relación con Dios, según su fe cristiana, el devenir y su trascendencia (hubo más humanistas pero este

* Para conocer la vida de Erasmo sírvanse revisar bibliografía al uso en diferentes bibliotecas del país, conozco una excelente biografía escrita por Zweig que recomiendo con la distancia y frescura de una buena lectura; aparte de las páginas web que tratan sobre el señor de Rotterdam, que abundan y no he revisado.

nos compete por ahora). Discutir entre la fe y las costumbres, digamos en qué creo y qué hago. El clérigo de Basilea creyó en la justicia divina y de los hombres, por eso intentó explicarse la *desigualdad entre sus iguales*.

Difícil tema todavía, del cual *pongo los pies en polvorosa*. A priori y raudo quiero dejar sentado que una de las claves de esa gran época iniciada hacia el fin del oscurantismo en el siglo XIV, más o menos, definió que la acción del hombre en la tierra no estaba conectada únicamente con la altura de los aposentos de Dios, sino con la continuidad de la especie gracias al aún mal entendido *libre albedrío*, entendiéndose que Dios se ocupa también de otros menesteres que solo de los actos domésticos de su creación; no es tema mío los dioses y sus huestes, apenas me encierro brevemente en el *Elogio de la Necedad* de Erasmo.

Este número trece de la colección *Literatura y Justicia* nos llega como a pedir de boca, pues por ella habla la muchedumbre que al unísono expone sus costumbres, necia multitud que se mueve como marea por el mundo, gregaria especie que siguiendo, al parecer, la misma ruta del nuevo sol del Renacimiento, exhibe su estulticia

como bendiciones en el batiburrillo de maitines; polícroma y alegre va la *humanidad* por primera vez *humanista* arguyendo locuras insolentes, malolientes, estridentes para descubrirse en la estentórea risa de la vulgaridad.

Más de medio milenio ha pasado desde su publicación en 1511, no faltará quien se pregunte si reeditar esta obra vale la pena, o no es más que un malgasto veleidoso de alguien que cree que la lectura sirve para algo más que entender lo que corre por nuestros flancos, lo que se atraviesa delante o detrás, eso que a veces presentimos como presagio y no es más que la evidencia de una realidad que evitamos ver y enfrentar.

Elogio de la Necedad es actual, qué sofisma puede contradecirlo, porque su propuesta desde la parodia a las costumbres, la ironía de sus aseveraciones y la mordacidad con que trata de los humanos actos nos permite viajar a salto de capítulo como si del día de hoy se tratara, como de cuitas contadas en la sobremesa de ayer. Este elogio no habla más que de convivencia entre seres humanos, entre dioses y diosecillos, trata de lo *justos* que podemos ser cuando nos iguala la estulticia y de lo *acertados* cuando la inteligencia nos desiguala.

¿En qué país del mundo o sociedad se premia al honrado, se eleva a grado superior a quien ha conseguido hacer bien el trabajo encomendado, a quienes han llegado a tiempo a sus labores?; ¿dónde existen escritores dedicados a exaltar la vida inane de quienes saludan a sus mayores, de dueños de manos que acarician el lomo de sus patrones?; ¿quién existe que se sienta elevado al trono de su monarca porque ha servido de lavador de asientos?

¿A quién se le puede ocurrir a estas alturas del siglo XXI hablar de esclavos cuando la libertad impera y hasta se la impone por fuerza de un brazo, por arbitrio del poder pasajero que ostentan, por el dinero heredado o conseguido a trancas y barrancas?; ¿quién ahora puede hablar de corrupción entre las sábanas con su pareja, o en la trampilla al confesor con el favor de un sueldo para beneficio de terceros?

Cosa de pasado ignoto es creer que existan particulares que maten una gallina para la merienda y al otro lado del mar un rey que vaya baleando elefantes dejando constancia en una foto del resultado de su soberana puntería; fatuos palabreros que con audacia convencen a la jauría que ladrar es una lengua muerta y no falte quien diga que la sabiduría está en la seriedad

de quienes tienen prohibido desarticular una risa cuando el adjetivo les corresponde.

Creo que es de justicia haber publicado este *elogio* que ofrece cosas más agradables que las que parece enunciar sin recato, léase con disfrute según *el mundo del revés* de la Walsh, o un poco antes en el país de Carroll frente al espejo de su propia condición. La obra de Erasmo es para sabios e impenitentes, para eruditos e ignorantes, para inteligentes y también para estúpidos ilustrados, algún jurisprudente o aprendiz de hoy podrá negar con altura este acierto de hace cinco siglos:

...no pocos de los pleitos interminables,
en los que las partes contienden a porfía,
se hallan sostenidos por un juez aficionado
a dilatar los asuntos o por un abogado que
se entiende con el contrario*.

Con cordura o sin ella este libro trae, como agua yéndose entre los dedos, lo que el hombre como especie viene buscando desde el principio de los tiempos: equilibrio, entendimiento, tolerancia, convivencia pacífica, libertad y justicia; faltarán otras virtudes y más necesidades justas que cubrir, estulto

* Página 170 de esta edición.

o ágil mental, necio o abierto de miras, ido o vuelto, hombre de fe o supersticioso, seguiremos encontrando la justificación para tanta dicha no merecida, para tanta fortuna no ganada, para tanta igualdad conseguida gracias a la inteligencia de las mayorías.

Alto, no me mofo de nada ni de nadie, solo parafraseo al gran Erasmo, amigo del utópico Moro que escribió tantas sandeces juntas que hasta parecen salmos de sabiduría; al señor de Rotterdam le han dicho hereje, hombre de iglesia y reformador, moralista exigente, vividor empedernido (quiso dineros, comodidad suficiente para tres comidas al día y tiempo para pensar), tuvo la virtud de saber que no la tenía, que su paso por el mundo no era más que el ensayo de una tragicomedia que aún no se acaba de escribir.

La verdad sea dicha, nada de esto es cierto, solo lo que a usted le quede en su mente o en su risa, que a desgano de la inteligencia yo me igualo con los demás, nada pierdo intentando explicar algo acerca de lo que no entiendo, y sobre lo que más tarde estaré en desacuerdo; como aquel que por el frío se sopla los dedos entumecidos y a la vez sopla el caldo por estar caliente*.

Efraín Villacís

* Ver la nota 8 en la página 125 de esta edición.

Prefacio

De Erasmo de Rotterdam a su amigo Tomás Moro

Salud: cuando hace poco hice mi viaje de Italia a Inglaterra, y con el fin de no malgastar en conversaciones indoctas y baldías todo el tiempo que tuve que ir a caballo, me daba algunas veces a pensar en nuestros comunes estudios y a complacerme con el acuerdo de los amigos entrañables y sapientísimos que dejé en esa tierra, de entre los cuales eras tú, querido Moro, el primero que acudía siempre a mi memoria. Tal recuerdo no me deleitaba menos en la ausencia de lo que acostumbra a deleitarme tu compañía, que es la cosa del mundo, y bien puedo asegurarlo, que me

produce más íntimo contento; pero, en fin, como había que ocuparse en algo más que en los recuerdos, y la ocasión era poco acomodada para las profundas meditaciones, me vino a las mientes hacer un *Elogio de la Necedad*. Ya te estoy oyendo decir: «¿Qué Minerva te metió en esos trotes?». En primer lugar —te contestaré—, la idea me la inspiró tu apellido, que es tan semejante a la palabra *Moria* (Μωρία), como completamente ajeno a su significado es el que lo lleva, quien, según pública opinión, no puede estar más lejos de tal concepto. En segundo término, presumí que este pasatiempo iba a ser muy de tu agrado, pues sueles gustar mucho de ese género de donaires, que no son indoctos, ni pérfidos, ni absolutamente insulsos, y, en cierto modo, ves las cosas de la vida con el espíritu de Demócrito; y aun cuando tú, sin ninguna duda, por la perspicacia de tu ingenio, estás, de ordinario, muy distante del vulgo, sin embargo, gracias a la increíble dulzura y afabilidad de tu condición, con todos te avienes, con todos tratas, con todos te llevas bien y con todos te diviertes.

Así, pues, no solo has de recibir con benevolencia este discursillo y como en prenda de la buena memoria de tu amigo, sino que, además, debes tomarlo bajo tu protección, pues, desde el punto en que te lo dedico, es ya tuyo y no mío. Porque claro está que no han de faltar criticastros que lo censuren, diciendo, de un lado, que es una vana frivolidad impropia de un teólogo, y, de otro, que su carácter mordaz no se cohonesta con la humildad cristiana; y aun se me acusará también de haber pretendido resucitar la comedia antigua en el estilo de Luciano y de valerme de la ocasión para arremeter contra todos. Pero los que tachen mi obra de ligera y de burlesca piensen en que yo no soy el inventor del género y en que no he hecho otra cosa que seguir el camino que trazaron desde antiguo famosísimos autores, pues, hace ya muchos siglos, Homero cantó las guerras de las ranas y los ratones en la *Batracomiomaquia*; Virgilio, a los mosquitos y al almodrote; Ovidio, a las nueces; Policrato alabó a Busiris, así como Isócrates lo fustigó; Glauco hizo el elogio de la injusticia;

Favorino, el de Tersites y el de las cuartanas; Sinesio, el de la calvicie; Luciano, el de las moscas y el de los parásitos; Séneca la emprendió con la apoteosis de Claudio; Plutarco escribió el diálogo de Grilo y Ulises; Luciano y Apuleyo celebraron al asno, y no sé quién redactó el testamento de un cochinillo, llamado Grunnio Corocotta, que cita san Jerónimo.

Por tanto, si les place, pónganme los críticos en caricatura, y represéntenme matando el tiempo en el juego de ajedrez o, si lo prefieren, montando en un palo; pero siempre resultará altamente injusto que, reconociéndose a todos el derecho a divertirse, no se consienta ningún solaz a los que se dedican al estudio, intransigencia que sube de punto cuando componen algunas de esas obras en las que se habla de asuntos trascendentales y que, aunque tratados en broma, quizá reporten más provecho al lector que no sea completamente romo, que ciertas severas y aparatosas disertaciones, como son aquellas en que se hace el elogio de la Retórica o el de la Filosofía

con una oración zurcida de retazos de varios autores, o la alabanza de un príncipe de tres al cuarto, o se exhorta a mover la guerra al turco, o se pronostica el porvenir, o se levanta un caramillo de dos mil demonios sobre cosas que a nadie le importan un ápice.

Nada hay más necio, sin duda, que hablar en serio de lo que es pura necedad, ni nada más divertido que hablar en broma de aquello que no se sospecharía que lo fuera. No pretendo ser el juez de mí mismo; pero, si la presunción no me deslumbra de un modo manifiesto, creo que, aunque he hecho el elogio de la Estulticia, no lo hice del todo estultamente.

En cuanto a los que me tilden de mordaz, les diré que en todos los tiempos se ha concedido al ingenio cierta libertad para que sin recelo pueda chancearse de las cosas humanas, con tal de que aquella no se convierta en un medio de ofender. Grandemente me llama la atención que los oídos de nuestros días tengan sensibilidad tan exquisita, que no les sea posible escuchar más que lo que les halaga, y, por eso,

verás algunos religiosos que entienden su misión de modo tan peregrino, que antes tolerarán un gravísimo ultraje a Jesucristo que la más inocente broma a costa de un pontífice o de un rey, sobre todo cuando pueda correr peligro su pan. Pero yo pregunto: aquello que tiende a corregir las costumbres de los hombres, con tal de que no zahiera a personas determinadas, ¿ha de reputarse como mordacidad insana o, más bien, como advertencia o enseñanza? Entendiendo esto último, muchas veces, como verás, me he dejado en el tintero los nombres propios. Por otra parte, cuando en la crítica no se omite ningún estado o condición, no puede decirse que vaya contra nadie en particular, sino contra todos, y, por consiguiente, si alguno se considerase ofendido por esta sátira, o es que su conciencia lo acusa, o es que teme verse retratado en ella.

Bueno será advertir que, en este género, san Jerónimo se mofó mucho más que yo y con mayor causticidad, porque en varias ocasiones no se recató de citar los nombres de aquellos a

quienes atacaba. Yo, por el contrario, no solo me abstengo completamente de los nombres propios, sino que, además, guardo en el estilo tal moderación, que el lector avisado comprenderá, desde luego, que mi ánimo ha sido más bien divertir que molestar, pues no quise, en modo alguno, seguir el ejemplo de Juvenal, removiendo la oculta y fétida sentina, sino presentar lo ridículo antes que lo abominable. Y, si, por ventura, hay alguien a quien no convenzan estas razones, tenga en cuenta, por lo menos, que el censurar es muy propio de la Necedad, y que, como la he sacado a escena, me he visto en la necesidad de caracterizarla convenientemente.

Pero ¿a qué cansarte, siendo, como eres, tan buen abogado, que aun las causas que no fueran tan justas como esta pudieras defender con singular maestría? Adiós, pues, elocuentísimo Moro, y acoge amorosamente bajo tu amparo esta Necedad que te encomiendo.

*En el campo, a los cinco
de los Idus de junio, año de 1508.*

Habla la Necedad

Aunque los mortales digan de mí cuanto quieran, lo cierto es que no soy tan insensata como con frecuencia oigo murmurar aun a algunos que son tontos en extremo, pues nadie tiene virtud como la mía para regocijar a los dioses y a los hombres. Si de ello necesitan una prueba incontrovertible, observen que, con solo verme dispuesta a dirigir mi palabra a esta numerosa asamblea, todos sus semblantes reflejaron una insólita alegría, desarrugaron el entrecejo y me acogieron con francas y jocundas carcajadas; y vean también que en torno mío hay muchos que antes se hallaban tristes y acongojados, como si

acabasen de salir del antro de Trofonio¹, que ahora parecen tambalearse como los dioses de Homero, ebrios de néctar y de nepenta. Del mismo modo que, cuando el sol matutino muestra a la tierra su áureo y hermoso rostro, o cuando, tras de un invierno crudo, surge otra vez la primavera esparciendo las auras de Favonio, se diría que todas las cosas adquieren nueva faz, nuevo color y nueva juventud, así ustedes, no más que con verme, tienen ya otra cara muy distinta, pues mi sola presencia ha logrado lo que con gran dificultad logran los mejores oradores con esas arengas prolijas y cuidadosamente preparadas, que pocas veces consiguen divertir al auditorio.

¹ En el oráculo de Trofonio de Lebadea, el devoto recibía los mensajes del más allá durante su inmersión en una corriente que recorría rápidamente un antro subterráneo.

Tema del discurso

Si desean saber la causa de que hoy comparezca ante ustedes con aparato tan inusitado, yo se la diré si no hallan enojosas mis palabras y quieren escucharlas; pero no con los oídos que suelen prestar a los sagrados predicadores, sino con los que prestan a los charlatanes, a los juglares y a los bufones, o bien con aquellas orejas que antiguamente puso nuestro insigne Midas para oír al dios Pan.

Me ha dado hoy la gana de hacer un poco de sofista, aunque no del género de estos que en los días que alcanzamos atiborran de majaderías la mente de los niños, tornándoles más

Erasmus de Rotterdam

tercos que mujeres cuando disputan, sino de aquellos otros de antaño, que, para evitar el descrédito en que había caído el nombre de *sabio*, prefirieron llamarse *sofistas*, y cuyo oficio consistía en celebrar y encomiar a los dioses y a los hombres ilustres. También ahora van a oír un elogio; pero, en vez de ser el de Hércules o el de Solón, va a ser el de mí misma; es decir, el de la Necesidad.

Defensa de la alabanza propia

Porque debo decirles que yo no considero sabios a los que entienden que es necio y audaz el que se alaba a sí mismo. Sea en buena hora todo lo necio que se quiera, con tal de que se reconozca que es honroso el serlo; pero ¿hay, en efecto, nada más natural que el que la Estulticia sea la pregonera de sus méritos y el bombo de sí misma? ¿Quién puede darme a conocer mejor que yo, a no ser que pretenda conocerme mejor aún de lo que yo me conozco? Y no es, en verdad, que me tenga por menos modesta que esos hombres a los que el vulgo reputa óptimos y sabios, y que, depuesto

todo pudor, suelen alquilar a un retórico adulón o a un poeta mediocre, para que, obligados de las mercedes recibidas, les consagren ditirambos que no son más que purísimas mentiras, cosa que no impide que el elogiado, afectando humildad, pero en el fondo sintiéndose pavo real, haga la rueda y yerga la cresta cuando el descarado adulador coloca aquella nulidad al nivel de los dioses y la presenta cual dechado de todas las virtudes, sin reparar en que esté de ellas más distante que la Luna de la Tierra, ni en que su empresa sea algo así como vestir un cuervo con ajenas plumas, o blanquear a un etíope, o convertir a una mosca en elefante. En resumidas cuentas, yo me atengo al trillado refrán que dice que el que no tiene abuela bien puede alabarse a sí mismo. Declaro, con toda franqueza, que no sé si me admira más la ingratitud o la indolencia de los hombres para conmigo, pues, aunque todos cultiven mi trato y estén muy satisfechos con gozar de mis beneficios, jamás ha habido uno solo a quien se le haya ocurrido cantar dulcemente los loores de la Necedad, mientras que han sobrado los

que no escatimaron las pomposas palabras, ni las vigili-as, ni el aceite del candil para celebrar al cruel Busiris, o al tirano Falaris, o a las cuartanas, o a las moscas, o a la calvicie, o a otras calamidades de este género.

Van, pues, a escuchar de mis labios una oración, quizá extemporánea y poco trabajada, pero, por esto mismo, más verdadera.

Sinceridad de la Estulticia. Ingratitud de los sabios para con ella

No crean que son afectadas mis palabras, y que con ellas me propongo solamente lucir las galas del ingenio, como es costumbre de los oradores de estos tiempos, los cuales, ya saben ustedes, desembuchan una oración elaborada durante treinta años, y a veces ajena, asegurando que, como por juego, la han compuesto o dictado en tres días. A mí siempre me gustó decir de repente cuanto se me viniera a la boca, y, por tanto, nadie espere que, imitando a los retóricos al uso, dé la definición de mí misma, ni mucho menos que haga la

división de la materia, pues no sería entrar con buen pie si comenzase encerrando dentro de límites mezquinos aquello cuyo poder aparece tan extenso o dividiendo lo que une, en su culto, a todo bicho viviente. Y, bien mirado, ¿a qué conduciría que intentara definirme y hacer mi semblanza, si ustedes habrían de reputar que esta no era más que una vaga sombra de mí misma, teniéndome, como me tienen, delante de los ojos? Yo soy, pues, según ven, aquella que todos los bienes concede con largueza; aquella a quien los latinos llamaron *Stultitia*, y a la que los griegos dieron el nombre de *Moria*.

Pero ¿por qué, ni para qué, he de insistir en esto, como si no llevase indeleblemente grabado en el rostro y en la frente qué casta de pájaro soy, como dice el pueblo, o como si alguno que me tomase por la Sabiduría o por Minerva no hubiera de convencerse al punto de su error, con solo mirarme y sin necesidad de que me oyese pronunciar palabra, ya que la cara es el espejo del alma? En mí no hay lugar para el engaño, ni llevo una cosa en el corazón y otra en

la boca; soy siempre, y en todas partes, idéntica a mí misma, y no pueden disimularme ni aun aquellos que andan por ahí dándose tono y echándose de sabios, verdaderas monas vestidas de púrpura o asnos con piel de león, que no dejan de asomar por algún sitio las formidables orejas de Midas, por muy cuidadosamente que traten de ocultarlas.

Ingratos, sin duda, son conmigo tales seres, que, a pesar de formar lo más lúcido de mi pandilla, se avergüenzan de mi nombre de tal suerte que, con gran frecuencia, se lo arrojan a los demás como un insulto. Siendo, pues, tontos calificados, aunque pretendan pasar por Tales de Mileto, ¿no merecen, por derecho propio, que les llamemos *sabios necios*?

La Estulticia sigue en su oración un ejemplo de los retóricos

*H*an observado que hablo en griego y en latín, porque también yo quiero seguir el ejemplo de algunos retóricos flamantes que se creen auténticos dioses con solo mostrarse con dos lenguas, como la sanguijuela, preciándose de salpicar sus preclaras producciones de frases latinas y algunos terminachos de griego, con los que hacen, aun trayéndolos por los cabellos, una especie de mosaico. Y, dado el caso de quien ignore tales lenguas, no tienen sino que sacar de algún libro apolillado cuatro o cinco palabrejas cuya oscuridad ofusque a los lectores, para que aquellos que las entiendan se complazcan doblemente,

Erasmus de Rotterdam

y los que no les rindan, por esto mismo, mayor admiración, ya que somos propensos a que nos guste tanto más una cosa cuanto viene de más lejos; y, si hubiere alguien que estime que esto no basta para aparentar que lo comprende, ría, aplauda y mueva, como el asno, las orejas, que con ello y con hacer signos constantes de aprobación tendrá suficiente para que los demás crean que lo comprende a maravilla.

Ahora, volvamos al tema.

Progenie, patria, crianza y cortejo de la Estulticia

Saben, pues, quién soy, hombres estultísimos; y digo *estultísimos*, porque ningún otro epíteto más digno puede emplear la diosa Estulticia para honrar a sus creyentes. Mas, como sospecho que no de todos es conocida mi progenie, voy a intentar declararla, contando con el auxilio de las Musas.

Yo no procedo ni del Caos, ni del Orco, ni de Saturno, ni de Júpiter, ni de ningún otro de la casta de estas viejas y malolientes divinidades, sino que vengo de Plutón, que es el supremo dios, el padre de los dioses y de los hombres, pese a Hesíodo, a Homero y aun al mismo Júpiter.

pter; Plutón, a cuyo antojo hoy, como siempre, se trastornan desde sus cimientos las cosas sagradas y profanas; por cuyo arbitrio se rigen la guerra, la paz, los imperios, los consejos, la justicia, los comicios, los matrimonios, los pactos, las alianzas, las leyes, las artes, lo serio, lo cómico (¡me falta el resuello!) y, en una palabra, todos los negocios públicos y privados de los mortales; Plutón, sin cuyos tesoros toda la chusma de esos númenes de que hablan los poetas, y aun me atrevo a decir que hasta los mismos dioses mayores, o no existirían siquiera, o no podrían comer caliente; Plutón, a quien, si alguno le hiciese montar en cólera, no le valdría ni el favor de Palas, y, en cambio, si le fuere propicio, sería muy capaz de autorizarle para ahorcar a Júpiter con todos sus rayos. Este es el padre de quien me envanezco y este es de quien nací; pero no por haber salido de su cabeza, como salió de la de Júpiter la tétrica y ceñuda Minerva, sino por haberme engendrado en Hebe, ninfa de la juventud, que es mil veces más bella y más alegre. No, yo no vine al mundo por consecuencia de un insípido

deber conyugal, como aquel herrero cojitranco, sino, lo que es más hermoso, como el fruto de la conjunción del amor, que diría Homero; y no vayan a creer que nací de aquel Plutón que nos pinta Aristófanes, cuando ya estaba casi ciego y con un pie en la sepultura. ¡No!, yo nací del Plutón animado por la juventud, y acaso, más que por ella, por el néctar abundantísimo y de sin igual pureza que apuraba en los banquetes de los dioses.

Si ahora me preguntan cuál es mi patria (puesto que hoy día se estima como el principal timbre de nobleza de una persona la tierra en que haya dado el primer vagido), les contestaré que no vi la luz en la errática isla de Delos, ni en el mar undoso, ni en las profundidades de las cavernas, sino en las Islas Afortunadas, en donde todo crece espontáneo y sin cultivo; en donde no se conocen ni el trabajo, ni la vejez, ni la enfermedad, y cuyos campos no producen el gamón, ni la malva, ni la cebolla, ni el altramuz, ni la haba, ni otras inmundicias semejantes; pues allí, como en el jardín de

Adonis, deleitan por doquier la vista y el olfato de ojo áureo la pánace, la nepenta, la mejorana, la artemisa, el loto, la rosa, la violeta y el jacinto. Como nacida entre tales delicias, no comencé llorando mi mortal carrera, sino que, tan pronto como abrí los ojos, sonreí a mi madre amorosamente; y no envidio a Júpiter la cabra que lo amamantó, porque a mí me dieron el jugo de sus pechos dos graciosísimas ninfas: la *Embriaguez*, hija de Baco, y la *Impericia*, hija de Pan, a las cuales verán entre las damas de mi cortejo. Si desean conocer los nombres de las otras que lo forman, voy a decírselo; pero, ¡por Hércules!, que ha de ser en griego, para mayor claridad.

Esta que ven de tan altivo rostro es *Filaucia* (φιλαυτία), o sea, el *Amor Propio*; esta, de risueños ojos y cuyas manos están siempre dispuestas al aplauso, es la *Adulación* (Κολαχία); esta, que parece adormilada, es el *Olvido* (Λήθη); esta otra que se halla de brazos cruzados es la *Pereza* (Μισοπονία); esta, que se corona con una guirnalda de rosas y que

tiene su cuerpo tan lleno de perfumes, es la *Voluptuosidad* (Ἡδονή); esta de aire indeciso y de errante mirada es la *Demencia* (Ἀνοικία); esta, de nítido cutis y de cuerpo gentil y bien cuidado, es la *Molicie* (Τρυφή). Entre ellas, advertirán también dos dioses, el uno de los cuales es *Como* (Κωμος), genio de los banquetes, y el otro, *Morfeo* (νήγρετος Ὕπνος) o *Sublime Modorra*, genio del sueño. Con el auxilio, pues, de estos fieles servidores, todas las cosas están bajo mi poder, y ejerzo imperio sobre los mismos emperadores.

**La Estulticia, por los favores que
dispensa, es semejante a los dioses.
Su poder en los orígenes
de la vida humana**

Va conocen, por tanto, cuál es mi pro-
sapia, cuál mi educación y quiénes son
mis cortesanos. Ahora, para que nadie sospe-
che que usurpo el nombre de diosa, oigan aten-
tamente cuán grandes son las mercedes que de
mí reciben los dioses y los hombres.

Si alguien ha escrito con acierto que es pro-
pio de los dioses proteger a los mortales, y si
merecieron ser admitidos al senado del Olimpo
los que enseñaron el uso del vino, del trigo o
de cualquier otra cosa que haya redundado en

utilidad del género humano, ¿cómo se me puede negar a mí el derecho de ser y llamarme el *alfa* de todos ellos, cuando soy la que con mayor liberalidad concede toda clase de bienes?

En efecto: ¿qué puede haber más amado y precioso que la vida?; y, siendo así, ¿quién, en los comienzos de ella, tiene más parte que yo? Ni la lanza de Minerva, diosa nacida del poderoso padre, ni el escudo de Júpiter, el dios que fragua las tormentas, serían capaces de engendrar y propagar la especie humana. El mismo Júpiter, padre de los dioses y de los hombres, que con un movimiento de cabeza mueve a todo el Olimpo, no encuentra el menor reparo en dejar a un lado sus triples rayos y su rostro de titán (con el que, cuando le viene en gana, hace temblar a todos los dioses), y en cubrirse con la máscara cómica, como un histrión, siempre que quiere dar hijos al mundo, cosa que le ocurre con mucha frecuencia.

Sabido es que los estoicos presumen de ser tan perfectos como los dioses; y yo les digo a ustedes: denme uno de ellos que sea dos, tres o mil

veces más estoico que cualquier otro, y tengan por seguro que, si no logro de él que renuncie a sus barbas, atributo de sabiduría que comparte con los machos cabríos, por lo menos conseguiré que desarrugue el entrecejo y la frente, que abandone por un instante sus dogmas inflexibles y que haga tal o cual tontería o extravagancia. Hablando claro: a mí, y a nadie más que a mí, tendrá que acudir el sabio, si alguna vez se le ocurre ser padre. Pero ¿por qué no he de hablar con ustedes claro y sin ambages, como acostumbro?

Vamos a ver: ¿acaso los dioses o los hombres engendran con la cabeza, con la cara, con el pecho, con las manos, con las orejas o con alguna de las que se llaman *partes honestas*? No, ciertamente; las propagadoras del género humano son aquellas otras, de tal modo estultas y ridículas, que no pueden ser nombradas sin excitar la risa. Estas son, cabalmente, el manantial sagrado de donde fluye la vida con más verdad que del cuaterno de Pitágoras. Porque ¿qué hombre –díganme– tascaría por su voluntad el

freno del matrimonio, si, como suelen hacer los sabios, pensase seriamente en los cuidados de la vida conyugal; ni qué mujer consentiría que se acercase un varón, si conociese o examinase los peligrosos trabajos del alumbramiento o las molestias de criar los hijos? Pues, si la existencia la deben al matrimonio, y el matrimonio se lo deben a la Demencia, mi sirvienta, ¿no comprenden con toda claridad lo que me deben a mí? ¿Qué mujer querría, una vez que hubiera experimentado aquellos trabajos, volver a pasarlos, si no fuera gracias a la virtud del Olvido? La misma Venus (pese a Lucrecio), sin el socorro de ella, vería su poder o defectuoso o nulo. Pues bien, de estas mis irrisorias bromas de borracho nacieron los ceñudos filósofos, a quienes hoy han sucedido los que el vulgo llama *frailles*, los purpurados *reyes*, los piadosos *sacerdotes*, los tres veces santísimos *pontífices* y, en fin, toda la caterva de los dioses menores, que es tan numerosa que apenas cabe en el Olimpo, a pesar de ser grandemente holgado.

El placer como bien supremo

Muy poco supondría, sin embargo, haber probado que yo soy el principio y la fuente de la vida, si no probase, además, que todo lo bueno que hay en el mundo es también demostración palpable de mis favores. ¿Qué sería, en efecto, la vida, dado que vida pudiera entonces llamarse, si quitasen de ella el placer? Veo que aplauden; bien sabía yo que ninguno de ustedes lo sospechaba, o, mejor dicho, que no había ninguno que hubiese dejado de perder el juicio hasta tal punto, o, más bien, que no fuera tan extremadamente cuerdo que no se hallase conforme con mi opinión.

Los estoicos, aunque es cierto que no desprecian el placer, saben disimularlo con gran sagacidad, pues, si cuando están delante de gente dicen de él mil perrerías, es solo con el objeto de que les dejen el campo libre y gozarlo ellos después a todo su sabor. Pero díganme, por Júpiter, si hay en el mundo nada que no sea triste, enojoso, aburrido, insípido y molesto más que el placer, si no se lo adereza con la salsa de la Estulticia, cosa que demostró con los más autorizados testimonios que pudieran apetecerse el nunca como se debe alabado Sófocles, autor de aquel glorioso elogio que hizo de mí, al sostener que la existencia más alegre solo se alcanza no sabiendo absolutamente nada.

Íntima relación de la infancia con la Estulticia; beneficios que esta reporta a la vejez

Probemos ahora, en particular, todo cuanto queda afirmado.

Nadie ignora que la primera edad del hombre es la más grata y la más gentil de todas; ¿y qué es lo que vemos en los niños que nos mueve a besarlos, a abrazarlos, a acariciarlos, y que hace que nos parezca que hasta tienen la virtud de desarmar al enemigo? ¿Qué es –repito– lo que en ellos vemos sino el atractivo de la estulticia, que, a guisa de merced, concede a los pequeños la naturaleza, como si con algún género de satisfacción o de premio hubiese querido

recompensar los trabajos de la crianza o hacer más llevaderos los cuidados de la educación? Y la adolescencia, que es la edad que sucede a la niñez, ¡cuán placentera es a todos!, ¡cómo a todos les tiene propicios su candor!, ¡con qué solícitud se la ayuda y con qué interés se le tiende una mano protectora! En vista de lo cual, pregunto: ¿de dónde procede este encanto juvenil, más que de mí, que es a quien se debe que los que menos saben sean, por ello mismo, los que menos enojen? Y, si lo dudan, fíjense en que, a medida que el adolescente va entrando en años y empieza a adquirir algunos conocimientos, ya por la experiencia de las cosas, ya por el estudio de las ciencias, comienza también a marchitarse la gracia de sus formas, a languidecer su gallardía, a enfriarse su donaire y a desmayar su vigor; cuanto más se aparta de mí, menos va viviendo cada día, hasta que, al fin, llega a la molesta vejez, tan odiosa para los demás y para sí mismo, que ningún mortal podría soportarla si yo no le echase una mano, compadecida nuevamente de sus penas; pues del mismo modo que los dioses de que nos hablan los poetas suelen socorrer a

sus protegidos con alguna oportuna metamorfosis, cuando lo ven en peligro de muerte, así yo, cuando los veo próximos al sepulcro, y en cuanto me es posible, los torno a la niñez, y tal es la razón de que la gente llame, con mucha propiedad, a la vejez, *segunda infancia*. Si alguien desea saber cómo hago tal transformación, no he de ocultarle que para hacerla los llevo al Leteo, río que nace en las Islas Afortunadas (pues por el Infierno no corre más que un pequeño riachuelo), para que allí, bebiendo abundantemente el agua del Olvido, vayan poco a poco disolviendo en ella los afanes y cuidados y vuelvan a la juventud.

Pero esto, se dirá, no es otra cosa que hacerles chochar y perder el juicio. Lo concedo; pero precisamente por eso se convierten en niños, porque ¿dónde hay nada más característico del niño que la inconsciencia y la insensatez, y qué es más que el no saber lo que hace que esa edad sea tan deleitosa? ¿Quién no detestará y abominará, como una monstruosidad, que la infancia tenga una sabiduría prematura? De

ahí que el vulgo crea y repita el conocido refrán «Odio al niño demasiado listo». ¿A quién le halagaría la amistad o el trato de un anciano, que, a su gran experiencia del mundo y de las cosas, uniese la plenitud de sus facultades mentales y el rigor y desabrimiento de sus críticas? Esta falta de juicio es, por consiguiente, la compensación que ofrezco a las miserias de la vejez, apartándola de las preocupaciones que necesariamente atormentan a todo aquel que está en sus cabales, con lo cual el viejo no deja de ser buen compañero de bebida, no siente el tedio de la vida, que apenas se tolera en la fuerza de la edad, y aun hay algunos que si, como aquel que pintó Plauto, no tornan a las tres famosas letras (a, m, o), lo consideran como caso de menos valer. Pero, en tanto, el viejo es feliz, gracias a mi favor, grato a los amigos, y no carece de gracia en las francachelas.

Según Homero, de los labios de Néstor fluían palabras más dulces que la miel; de los de Aquiles, amargas y mordaces, y de los de aquellos ancianos que se congregaban en las

murallas de la ciudad, alegres y amenas. De ello deduzco que, en cierto modo, la vejez supera a la infancia, edad apacible, sin duda, pero a la que le falta el principal recreo de la vida, que es la discreta murmuración. Agreguen a esto que, aunque es evidente que los niños se divierten a costa de los viejos, también lo es que los viejos, a su vez, se divierten a costa de los otros, pues la divinidad siempre coloca a un semejante junto a su semejante, ya que nadie negará que en nada dejan de parecerse, sino en que los unos tienen la piel arrugada y en que han celebrado más veces el día de sus cumpleaños; pero unos y otros convienen en tener claro el color de los cabellos, la boca desdentada, el cuerpo débil, apetencia de la leche, así como en el balbuceo, en la charla insustancial, en la simpleza, en la propensión a olvidarse de las cosas, en la carencia de reflexión y en otras muchas circunstancias. Cuanto más viejas se hacen las personas, más van pareciéndose a los niños, hasta que, como a estos les sucede, sin sufrir el cansancio de la vida y sin conocer la idea de la muerte, emigran de este mundo.

Los beneficios de la Estulticia son superiores a los de los dioses

Compárese ahora este beneficio que yo dispenso con las metamorfosis que operan los dioses, y cuenta que no me refiero a las que hacen cuando están airados, sino a las que ejecutan en las personas cuando se les quieren mostrar más propicios, caso en el cual suelen transformarlas ya en árbol, ya en ave, ya en cigarra y aun en serpiente, de la misma suerte que si ser otra cosa de lo que se es no fuera un modo de morir. Yo, en cambio, devuelvo a los hombres lo mejor y más feliz de su existencia misma, y, si se abstuvieran absolutamente del trato con la sabiduría, y en todas las edades

se guiaran por mis máximas, no se harían viejos y gozarían dichosos de una juventud perpetua. ¡Ah!, entonces no veríamos esos seres tristes y sombríos, a los que el estudio de la Filosofía o el constante cuidado de los serios y arduos negocios les hace, por lo general, envejecer antes de llegar a la plena juventud, porque el continuo y grave cavilar les agota el espíritu y les seca el jugo vital, al revés de lo que les sucede a mis amados fatuos, que están regordetes, lúcidos, con una piel más tersa que los puercos de Acarnania y sin experimentar jamás ninguno de los achaques de la ancianidad, si no es que, como a veces acontece, se inficionan con el contagio de la sabiduría: ¡tan cierto es que nada amarga tanto la vida del hombre como no poder lograr felicidad completa! Añádase a esto el no leve testimonio del común sentir, según el cual la estulticia es una cosa que, en todo caso, detiene la fugacísima juventud y aleja la vejez inútil, verdad inconcusa para todo el que no apruebe lo que temerariamente se murmura de los de Brabante, de quienes se dice que, así como los más de los hombres con los años adquieren la

sensatez, ellos, a medida de que envejecen, van haciéndose más estultos; y preciso es confesar que no hay otros que tomen la vida tan en broma ni que sientan menos las tristezas de la vejez. De la misma camada son mis holandeses, tanto por la próxima vecindad, como por sus costumbres; mis holandeses, he dicho; y ¿por qué no he de llamarlos *míos*, cuando con tal efusión cultivan mi trato, que hasta del pueblo merecieron un proverbio que no solo no los avergüenza, sino que ellos mismos se lo adjudican como un honor?²

Vayan, pues, los tontos en busca de las Medeas, Circes, Venus y Auroras a pedirles que los vuelvan a los días juveniles con el agua de no sé qué fuente, ignorando que yo soy la única que puede y suele conceder tal favor; la única que tiene aquel mágico elixir con el que la hija de Memnón dilató la juventud de Titono; que yo soy la Venus a quien Faón debió la

² Alusión al proverbio holandés «*Hoe ouder, hoe zotter Brabander; hoe ouder, hoe botter Hollander*», que significa «Mientras más viejos, más necios los brabantones; mientras más viejos, más romos los holandeses».

singular hermosura que a Safo enloqueció de amor; que poseo las hierbas maravillosas, si es que hay hierbas de esta clase; que a mí me dirigen todos sus súplicas, y que mío es, en fin, el manantial sagrado que no solo devuelve la pasada mocedad, sino, lo que es mejor aún, la conserva perpetuamente.

Si reconocen, pues, que nada hay más apetecible que la juventud, ni nada más detestable que la vejez, creo que reconocerán también que a nadie le están más obligados que a mí, puesto que hago duradero tanto bien y evito tanto mal.

Estulticia de los dioses

Pero ¿por qué he de limitarme a hablar de los mortales? Trasladémonos al Em-píreo, y me dejo cortar una oreja si no es cierto que cuanto se encuentra en los dioses, que no sea áspero y despreciable, se debe a otra cosa que a mi influjo. Díganme, si no: ¿por qué a Baco se lo representa siempre mancebo y con poblada cabellera? Pues sencillamente porque, pasándose toda la vida en insensateces y borracheras, en comilonas, danzas, cánticos y juegos, no se permite el más ligero trato con Palas, mas, por el contrario, la tiene a tan respetable distancia, que quiere que se le honre únicamente con

burlas y con bromas, y no se ofende por el mote de *fatuo*, cuando se dice de él que es más necio que un *mórico*, nombre que se daba a la efigie sedente del dios colocada a la puerta de los templos y que los vendimiadores acostumbran a embadurnar con mosto y con zumo de higos frescos. ¡Qué injustas burlas no se han hecho a su costa en las antiguas comedias! «¡Oh, insulso dios –exclaman–, digno de haber nacido de un muslo de Júpiter!». A pesar de esto, ¿quién no preferiría ser como él, insulso y fatuo, con tal de vivir en sempiterna juventud, continuamente alegre y dispuesto a los pasatiempos y regocijos, a ser como el sentencioso Júpiter, ante quien todos tiemblan, o como Vulcano, siempre lleno de tizne de carbón y siempre trabajando en su tenebrosa fragua, o como Palas, armada a todas horas de lanza y escudo y mirando torvamente? ¿Cuál es la causa de que Cupido goce de inmarcesible mocedad? ¿Cuál? Pues no es otra sino su simpleza, que le lleva a no pensar ni hacer nada con cordura. ¿Por qué la blonda Venus renueva constantemente su belleza? Sin ningún género de duda, porque tiene conmigo

cierto parentesco; de ahí proviene que sacase el color de mi padre, y tal es la razón que tuvo Homero para darle el nombre de *áurea Afrodita*, y lo que explica que siempre se nos muestre risueña, si hemos de dar crédito a los poetas y a sus émulos, los escultores. ¿Tuvieron, por ventura, los romanos otro culto más fervoroso que el de Flora, madre de los placeres? Aunque se invoque el ejemplo de aquellos rígidos dioses que, según Homero y otros vates, viven con mayor austeridad, se verá que descubren la estulticia en todas sus acciones. ¿Necesitaré recordarles los amores y devaneos de Júpiter, el mismo dios del rayo, ni los de aquella severa Diana, que, olvidada hasta del recato de su sexo, no iba tanto a la caza de animales como a la de Endimión, por quien enloquecía? Oiga el que quiera a Momo contar las bribonerías de todos ellos, que fue el que antiguamente se las echaba en cara con frecuencia y les dio motivo para que, enojados, al ver turbada su tranquilidad con las importunaciones de la sabiduría, le arrojasen a la Tierra con cajas destempladas, como hicieron también con Ate, la maligna diosa; nadie, desde entonces, ha

querido dar asilo al expatriado, y se siente invencible repugnancia a que se introduzca en las cortes de los reyes, en donde ocupa el primer puesto mi fámula, la *Adulación*, que no tiene con Momo más semejanza que el cordero con el lobo; y, así, los dioses, libres ya del indiscreto, y no teniendo ningún censor de sus acciones, pudieron entregarse a sus frivolidades más dulce y desahogadamente, o, como dice Homero, a todo su placer.

¿Qué entretenimiento no ofrece aquel Príapo de higuera? ¿Qué diversión no proporcionan los engaños y raterías de Mercurio? ¿Quién, sino Vulcano, es el que en los banquetes de los dioses acostumbra a hacer de bufón, y qué otra cosa sino su cojera, sus mamarrachadas y sus ridículas salidas hacen desternillarse de risa a aquellos beodos? Sileno, el famoso viejo verde, suele bailar el lascivo *cordax* con Polifemo, que imita el son de la lira; las ninfas, el *gimnopodion*; los sátiros semicabras representan las impúdicas *atelanas*³; Pan provoca generales carcajadas con

³ El *cordax* era una danza lasciva y descompuesta; el *gimnopodion* era de origen espartano; las *atelanas* eran unas licenciosas farsas que se representaban en los albores del teatro romano.

tal o cual imbécil cantar, preferido por aquella gente al canto de las Musas, sobre todo cuando el vino comienza a subírseles a los cascós; y no digo nada de lo que los dioses, ya bien bebidos, hacen al final de sus festines, y que es, por Hércules, de estulticia tal, que, cuando algunas veces me viene a la memoria, no puedo contener la risa; pero, imitando al prudente Harpócrates, más vale callar, no sea que me escuche algún dios acechón que vaya con el cuento a los demás y me suceda lo mismo que a Momo.

Supremacía de la estulticia sobre la razón

*H*ora es ya de que, a ejemplo de Homero, dejando las alturas, otra vez tornemos a la Tierra, para que les demuestre que aquí, como allí, no hay nada alegre ni feliz sin mis favores.

En primer lugar, adviertan qué solícitos cuidados ha puesto la madre Naturaleza, creadora del género humano, con el fin de que en nada falte el aderezo de la estulticia. En efecto, según los definidores estoicos, la sabiduría no es otra cosa que el gobierno de la razón; la estulticia, por el contrario, consiste en dejarse llevar por las pasiones. Ahora bien, para que la vida

no fuera triste y amarga, ¡cuánto mayor lugar dio Júpiter a las pasiones que a la razón! Lo que va de media onza a una libra. Por eso, relegó aquella a un pequeño rincón de la cabeza, mientras que llevó el desorden a lo restante del cuerpo y, además, le puso dos tiranos violentísimos: la ira, que colocó junto al corazón, fuente de la vida, y la concupiscencia, cuyo dilatado imperio se extiende hasta un poco más abajo. Lo que pueda la razón contra estas dos fuerzas gemelas lo declara suficientemente la existencia de la generalidad de los mortales; pues, aunque clame por sus fueros hasta ponerse ronca, y muestre las normas de conducta para vivir honestamente, los hombres protestan de un modo ruidoso y se obstinan en sacudir un yugo tan despótico, hasta que, a la postre, fatigada la razón, acaba por ceder y rendirse.

El mayor encanto de la mujer es su estulticia

No es esto solo. Como quiera que el varón estuviese llamado a gobernar las cosas de la vida, era preciso concederle, para compensar sus trabajos, algo más de ese adarme de razón que en él se infundió, y, habiéndose consultado el caso, estoy aquí, como otras muchas veces, llamada a consejo. En verdad que pronto di uno digno de mí, a saber: que se le pusiese al lado la mujer, ser estulto y simple si los hay, pero, sin duda alguna, gentil y cariñosa compañera, que en el hogar endulza y suaviza con su estulticia la natural melancolía y aspereza de la índole varonil. Tengan por cierto

que Platón, al vacilar entre incluir a las mujeres en la categoría de seres racionales o en la de los irracionales, no se propuso más que señalarnos la insigne estulticia de este sexo; y es evidente que si, por ventura, alguna mujer pretendiera ser juiciosa y discreta, solo conseguiría ser dos veces estulta, y, acaso, nos produjese el mismo efecto que un buey ungido como atleta. El vicio aparece de más bulto en aquel que artificiosamente pretende revestirse de la apariencia de virtud, torciendo su natural inclinación; y del mismo modo que, como dice el proverbio griego, «La mona siempre es una mona, aun si se viste de púrpura», así la mujer será siempre mujer, es decir, estulta, aunque se ponga la máscara de persona.

Al hacer tal afirmación, no creo que las mujeres sean tan tontas que vayan a ofenderse de que una mujer, máxime siendo la encarnación de la Necedad, las califique de aquel modo; y, si bien lo miran, aun deben estarme agradecidas, puesto que por múltiples razones es su sexo mucho más feliz que el sexo masculino. Tienen, en primer lugar, la gracia de las formas,

cualidad que ellas anteponen a cualquier otra, y por cuya virtud, sin disputa alguna, ejercen tiranía sobre los mismos tiranos. ¿De dónde suponen ustedes que procede la disposición desaliñada del varón, su piel velluda y sus barbas enmarañadas, que le dan aspecto de vejez aun siendo joven, sino del hábito de la cordura, mientras que en la mujer siempre advertimos la simpleza, y vemos que su voz es siempre delicada, su tez es siempre fina, como si en cierto modo fuese la imagen de una juventud imperecedera? En segundo término, ¿qué otra cosa le preocupa más en la vida que estudiar los medios de agradar al hombre? ¿Acaso tienden a otro fin sus adornos, sus tintes, sus baños, sus peinados, sus afeites, sus perfumes y, en una palabra, cuantas artes emplean para componerse, pintarse y fingir rostro, ojos y cutis? ¿Hay, pues, algo que las haga más recomendables al hombre que la estulticia? ¿Hay algo que los hombres no les consientan? ¿Y qué pago exigen de ellas, más que el placer? Lo que deleita, por tanto, en las mujeres, no es otra cosa que su estulticia, y así no habrá nadie, piense lo que quiera en su inte-

rior, que no disculpe las tonterías que el hombre diga y las necesidades que haga con ocasión de la mujer cuantas veces lo disponga el apetito de la hembra.

Ya saben, pues, cuál es la fuente de que emana el primero y principal encanto de la vida.

Importancia de la estulticia en los banquetes

Pero hay algunos, especialmente entre los viejos, bebedores más bien que mujeriegos, que cifran en el trago el placer primordial. Discutan otros, enhorabuena, si es o no posible que sin mujeres haya un banquete espléndido; pero lo que puede afirmarse, desde luego, es que ninguno será agradable sin la salsa de la Estulticia, hasta el punto de que, si en él no hay quien con estulticia natural o simulada haga reír a los demás, se llamará a algún bufón alquilado o a algún ridículo parásito que con burlas y mordacidades, es decir, con frases necias, ahuyente de la fiesta el silencio y la tristeza.

Y bien considerado, ¿qué placer habría en cargar el estómago de confituras, manjares y golosinas, si los ojos, el oído y el alma toda no recibiesen también su refección de risa, burlas y donaires? De esta clase de postres soy yo única repostera, porque es indudable que las ceremonias de los banquetes, el sorteo para designar al rey del festín, el juego de los dados, los brindis recíprocos, las rondas de vino, el cantar con el mirto, el danzar y el hacer mamarrachadas no fue inventado, ciertamente, por los siete sabios de Grecia, sino por mí para la salud del género humano.

La naturaleza de las cosas es tal, que quien más estulto es se lleva la mejor parte de la vida, que no sé cómo pueda llamarse *vida* cuando es triste; y así conviene huir de la tristeza, con el fin de que esta hermana melliza del hastío no nos prive de todos los placeres.

La amistad

No faltan personas que, por despreciar también tal clase de delectación, se complacen en el amor y trato de los amigos, diciendo que la amistad se ha de anteponer a todo, porque es una cosa tan necesaria, que no lo son más ni el aire, ni el fuego, ni el agua; tan placentera, que prescindir de ella valdría tanto como prescindir del sol, y, finalmente, tan honesta, si es que serlo sirve para algo, que los mismos filósofos no vacilan en colocarla entre los más señaladores bienes. Bueno; pues ¿qué dirían si les demostrase que también de este beneficio soy yo el principio y el fin? He aquí lo que voy a probarles, aunque no valiéndome de *crocodilites*, *sorites*, *ceratines*, ni de ningún otro

género de triquiñuelas dialécticas, sino con un razonamiento vulgar, y mostrándolo casi con el dedo.

Díganme: hacer la vista gorda, confiarse en extremo, cegarse, dejarse alucinar por las faltas de los amigos y, en ocasiones, tomar y admirar como virtudes sus mayores vicios, ¿no es algo muy semejante a la estulticia? ¿Cómo pensar que no lo es la del que besa tiernamente las verrugas de su amada, o la del que se extasía con los pólipos nasales de su querida, o la del padre que asegura que su hijo tiene no más que un pequeño estrabismo, cuando es completamente bizco de los dos ojos? Que se los llame *estultos* a boca llena; pero que no se niegue que solo la estulticia une y conserva las amistades.

Subrayo que me refiero a la generalidad de los hombres, entre los cuales, por no haber ninguno sin defectos, se reputa por mejor a aquel que tiene menos, pues en los sabios, gente endiosada, o no arraiga la amistad o se da tétrica y ruda, y, aun así, solamente la conceden en casos contadísimos, por no decir que en ninguno. De

aquí que, como la mayor parte de los mortales han perdido el sentido, o hablando más propiamente, como no hay ninguno que no haga mil extravagancias, y la amistad solo se entabla entre los que se asemejan, resulta que, aun suponiendo que en aquellos austeros varones naciese un afecto mutuo, jamás sería constante ni duradero, ni podría serlo tratándose de esos enojosos espías que andan siempre acechando las faltas de los demás tan arteramente como el águila o como la serpiente de Epidauró. Ellos, en cambio, ¡qué miopes son en lo tocante a sus propios defectos, y qué poco ven la talega que les cuelga de la espalda!

La condición humana es tal, que no se hallará nadie, sin excluir a los hombres de buen entendimiento, que deje de tener sus flaquezas; y, si agregan a esto la suma diversidad de temperamentos y de educaciones, los muchos errores, desaciertos y peligros de la vida, comprenderán que entre aquellos Argos no sería posible la plácida amistad por más de una hora, si no la mantuviese lo que los griegos llaman

con tanta exactitud *la falta de seso*, es decir, la estulticia, o, si quieren, la indulgencia para con las debilidades del prójimo.

Pero ¿qué más: no es Cupido, padre y autor de toda simpatía, quien, absolutamente ciego, toma lo feo por hermoso; el que hace que cada cual encuentre bello lo que ama, y el que consigue que el viejo adore a la vieja no menos que el mozo a la moza? Pues esto es lo que constantemente vemos en el mundo, y, aunque el mundo lo encuentre ridículo, es innegable que a esta irrisoria ridiculez de la vida se deben la unión y la concordia social.

El matrimonio

Lo que he dicho de la amistad puede aplicarse, con mucha mayor razón, al matrimonio, puesto que este no es más que la unión de dos seres para toda la vida.

¡Oh, dioses inmortales! ¡Cuántos divorcios, y aun cosas peores que el divorcio, se verían a cada paso, si mis satélites, la adulación, la broma, la afabilidad, el engaño y el disimulo, no viniesen, como de costumbre, a robustecer y conservar el vínculo conyugal! ¡Ah, qué pocos matrimonios habría si el novio, obrando como prudente, averiguase a qué juegos había jugado antes de casarse la delicada doncellita que parece tan recatada, y cuántos menos

permanecerían unidos si no quedasen ocultas muchas hazañas de las mujeres, gracias al descuido y a la estolidez de los esposos! Nadie duda de que todo esto es efecto de la estulticia, aunque indudable es también que a ella se debe que el marido pueda aguantar a la mujer y la mujer al marido, que ande tranquila la casa y que no se turbe la paz doméstica. La gente se ríe del infeliz que se ablanda con las lágrimas de la adúltera y le llama *cornudo*, *consentido* y no sé cuántas cosas más; pero ¿no es mejor vivir engañado que dejarse consumir por los celos y convertirlo todo en escena de tragedia?

La estulticia en las relaciones sociales

En suma; de tal modo no hay relación humana que pueda ser placentera ni constante sin mi auxilio, que ni el pueblo al príncipe, ni el siervo al señor, ni la sirviente a la señora, ni el discípulo al maestro, ni el amigo al amigo, ni el marido a la mujer, ni el inquilino al casero, ni el camarada al camarada, ni el convidado al anfitrión les sufrirían un solo instante, si recíprocamente no fingiesen, ni se adulasen, ni hiciesen la vista gorda con exquisita prudencia, ni se untasen con la miel de la estulticia.

Bien comprendo que todo esto lo juzgan extraordinario; pero van a oír algo más extraordinario todavía.

Alabanza del Amor Propio

Pregunto: ¿puede, por ventura, amar a alguien aquel que a sí mismo se odie? ¿Es posible, acaso, que esté de acuerdo con otro quien no lo esté consigo? ¿Puede agradar a los demás el que para sí sea molesto e insoportable? Creo que no habrá quien conteste afirmativamente, como no sea más estulto que la Estulticia, y aun añadido que, si prescindiesen de mí, de tal manera nadie podría soportar a otro, que cada cual se apestaría a sí mismo, de sí mismo sentiría asco y a sí mismo se odiaría. La naturaleza, que no pocas veces más bien que madre es madrastra, se ha complacido en

atormentar a los hombres (especialmente a los poco avisados), inspirándoles el afán de despreciar lo suyo y admirar lo ajeno, causa de que todas las felices disposiciones, todos los primores y todas las gracias de la vida se malogren y perezcan. ¿De qué valdría la belleza, don principal de los dioses inmortales, si se contaminase con la mancha de la afectación?, ¿de qué la juventud, si la corrompiese la levadura de la tristeza senil?, y, puesto que la belleza debe ser reputada no solo como el principio esencial del arte, sino también de todos nuestros actos, ¿qué es lo que el hombre lograría realizar bellamente, ya para sí, ya para los demás, si no le tendiese su mano el *Amor Propio*, es decir, *Filautia*, que es mi hermana y mi *alter ego*, puesto que con tan acabada perfección me suple en todas partes? ¿Hay algo que sea más estulto que la complacencia y la admiración de sí mismo? Y, sin embargo, ¿qué es lo que podría hacer con gentileza, con gracia y con dignidad aquel que no estuviese satisfecho de sí? Quiten esta sal de la vida, y al punto el orador languidecerá en su acción; el músico no

conseguirá emocionar a nadie con sus cadencias; el cómico, con todo su dominio escénico, será silbado; el poeta y sus musas, objetos de risa; el pintor y su arte, desdeñados; el médico, con todos sus fármacos, se morirá de hambre, y, en fin, veremos convertidos al hermoso Nireo en el feísimo Tersites; al rejuvenecido Faón, en el anciano Néstor; a Minerva, en cerdo; al locuaz, en balbuciente, y al cortés, en grosero. ¡Tan necesario es que cada cual se alabe a sí mismo y se procure su estimación antes de buscar el aprecio de los demás! Por otra parte, como la primera condición de la felicidad es que uno sea aquello que quiere ser, no cabe duda de que para ello da *Filautia* grandes facilidades y abrevia el camino, pues consigue que nadie tenga queja de la propia hermosura, ni de su ingenio, ni de su progenie, ni de su estado, ni de su conducta, ni de su patria, hasta el extremo de que el irlandés no se cambiaría por el italiano, ni el tracio por el ateniense, ni el escita por el nacido en las Islas Afortunadas. Y, ¡oh, prodigiosa solitud de la Naturaleza, que en tanta variedad de cosas todo lo iguala! Cuando

Erasmus de Rotterdam

a un mortal le niega alguno de sus favores, a ese precisamente le concede *Filautia* alguna parte mayor de los suyos..., aunque, en verdad que, al hablar así, hablo como estulta, ya que los dones de *Filautia* son los más egregios que se acierta a apetecer.

La estulticia como causa de la guerra y de las empresas heroicas

No hay que decir tampoco que no sería posible ninguna magna empresa sin la acción de mi estímulo, ni se hallará ninguna excelente perfección de la que yo no sea el artífice.

¿No es la guerra el germen y la fuente de todos los hechos memorables? ¿Y qué hay más estulto que empeñarse en una de esas contiendas cuyas causas se desconocen siempre, que siempre también acarrear para una y otra parte mayor perjuicio que utilidad, y en las que los que sucumben, como antes se decía de los megarienses, nada significan? Ahora bien, cuando

ya se disponen los armados ejércitos y resuena el ronco estridor de los clarines, ¿de qué servirían esos sabios consumidos por el estudio, cuya sangre, débil y helada, apenas puede sostener su espíritu? Gordos y bien cebados son los que en tales momentos hacen falta, es decir, los que tengan más audacia y menos inteligencia, a no ser que se prefieran guerreros como Demóstenes, quien, siguiendo el ejemplo de Arquíloco, cuando se vio frente al enemigo, tiró el escudo y huyó, mostrándose tan cobarde soldado como famoso orador. Mas el entendimiento —se dirá— es de gran importancia en la guerra; indudablemente, y así lo reconozco; pero es en el general, y el entendimiento que en este se requiere es el militar y no el filosófico. Por lo demás, los truhanes, los alcahuetes, los ladrones, los asesinos, los villanos, los imbéciles, los estafadores y otras gentes de baja estofa son los que llevan a término empresas tan preclaras, pero no las lumbreras del saber.

Inutilidad de los sabios para todos los menesteres de la vida

De cuán inútiles sean los sabios para todos los menesteres de la vida puede servir de ejemplo el mismo Sócrates, juzgado (aunque con poco acierto) como sabio único por el oráculo apolíneo, y el cual, intentando tratar en público de no sé qué asunto, tuvo que retirarse más que de paso en medio de la general risotada del auditorio. Verdad es que este varón no había perdido el seso completamente, porque nunca quiso admitir para sí el nombre de *sabio*, que solo a la divinidad se atribuía, y porque estimaba ser de cuerdos abstenerse de intervenir en la cosa pública, aunque

hubiera hecho muchísimo mejor en recomendar que modere cuanto pueda sus deseos de saber el que aspire a vivir entre los hombres. ¿Qué fue, sino su sabiduría, lo que le llevó a ser víctima de una acusación y condenado a beber la cicuta? Mientras discurría acerca de las nubes y de las ideas, y contaba los pasos de una pulga, y se extasiaba con el zumbido de un mosquito, no se cuidaba lo más mínimo de aquello que es realmente necesario para la vida cotidiana. Recuérdense, además, la defensa que hizo en aquella causa de pena capital su discípulo Platón, insigne abogado, al que los denuestos y gritos de la multitud no le consintieron pasar de la primera parte de su alegato. ¿Y qué diré de Teofrasto, que, al empezar cierta arenga, enmudeció de pronto, cual si hubiese visto al lobo? Isócrates era de tal timidez, que jamás se atrevió a hablar en público. Marco Tulio Cicerón, el príncipe de la romana elocuencia, cuando comenzaba sus discursos, se echaba a temblar de un modo ridículo y balbucía como un niño, y, por más que diga Fabio Quintiliano que esta circunstancia era muestra de la gran

cordura del orador y de su conciencia del peligro que corría, no es posible decir tal sin reconocer al mismo tiempo que la sabiduría es un obstáculo para hacer las cosas con perfección. ¿Cómo se las hubieran arreglado los citados sabios de haberse visto en el trance de combatir con las armas, si se morían de miedo cuando tenían que combatir con meras palabras? A pesar de ello, se ensalza hasta lo sumo la famosa sentencia de Platón, que dice que «serían felices los Estados, si gobernasen los filósofos o filosofasen los que gobiernan», cuando, más bien, si ustedes consultan la Historia, se convencerán de que nunca ha habido gobiernos más funestos para las naciones que aquellos en que el poder ha recaído sobre algún filósofo o algún aficionado a las letras, de lo cual son suficiente testimonio los Catones, el uno perturbando la paz de la república con insensatas denuncias, y el otro echando por tierra hasta los cimientos de la libertad de Roma a fuerza de reclamarla con exceso de sabiduría. Sumen a estos los Brutos, los Casios, los Gracos y hasta el mismo Cicerón, que no fue menos pernicioso para el pueblo romano que

Demóstenes para el ateniense. Marco Aurelio Antonino, aun concediendo que fuese buen emperador (cosa que no es del todo incontestable), dejó un nombre antipático y odioso a los romanos por haber sido filósofo tan consumado; pero, aun concediendo, repito, que fuese bueno, es indudable que la gobernación de su hijo⁴ resultó tan desastrosa para Roma, cuanto saludable había sido la del padre; porque es de notar que estos hombres que se imponen la tarea de adquirir la sabiduría, siendo infelicitísimos en todo, lo son singularmente, y con harta frecuencia, en la procreación de sus hijos, fenómeno que, a mi juicio, se debe a que la previsora Naturaleza procura que el mal de la sabiduría no cunda indefinidamente entre los mortales; por eso, el hijo de Cicerón era un memo, como es notorio, y los del sabio Sócrates salieron más a la madre que al padre, según ha escrito fundadamente cierto autor, lo cual vale tanto como decir que fueron necios.

⁴ Cómodo, emperador desde el año 180 al 192 d. C.

Podría, sin embargo, tolerarse que gobernasen los sabios, aun cuando ejerciendo las públicas funciones nos pareciesen asnos tocando la lira, si en los restantes negocios mostraran singular maestría; pero lleven un sabio a un convite, y es seguro que aguará la fiesta con su melancólico silencio o con las impertinentes cuestioncillas que suscite; llévenle a un baile, y creerán ver saltar a un camello; llévenle a un espectáculo, y solo mirarle a la cara bastará para que nadie logre ya divertirse y se piense en pedir al Catón que se largue con viento fresco del local, ya que no pueda desarrugar el entrecejo; en las conversaciones, caerá de improviso como el lobo de la fábula; si se trata de compras, de convenios, en una palabra, de alguna de esas cosas de las que no puede prescindirse en la vida diaria, dirían que el famoso sabio es un leño más bien que un hombre, y, por tanto, como es del todo negado para los negocios ordinarios y discrepa de tal suerte del común sentir y de las costumbres generales, resulta absolutamente inútil para sí, para los suyos y para la patria, lo cual nos explica también que, existiendo entre él y los demás tan

Erasmus de Rotterdam

enorme diferencia de hábitos y de inclinaciones, sea inevitable que se gane la antipatía universal.

Así, pues, como nada hay en el mundo que no esté lleno de necedad y hecho por los necios y para los necios, yo aconsejaría a aquel que pretenda ir contra la corriente que, imitando a Timón, se vaya a un desierto, donde a sus anchas podrá refocilarse con su sabiduría.

Importancia política de la estulticia

Mas, volviendo a mi propósito, ¿cuál fue el poder que llevó a los salvajes, rudos e ignorantes, a reunirse en sociedad, sino la adulación? No otra cosa significan las simbólicas cítaras de Anfión y de Orfeo. ¿Qué fue lo que devolvió la concordia a la plebe romana, cuando ya estaba próxima a sucumbir? ¿Acaso un discurso filosófico? Nada de eso, sino el pueril y ridículo apólogo del vientre y de las demás partes del cuerpo, de análoga virtud que el otro de Temístocles titulado *La zorra y el erizo*. Ninguna profunda disertación conseguirá producir un efecto

semejante al que produjo aquella superchería de la cierva de Sertorio, o la de los dos perros de Licurgo, o la de las colas de los caballos del mismo Sertorio, y conste que prescindo ahora de Minos y de Numa, por cuyas fabulosas patrañas se gobernó a estúpida multitud, para decir tan solo que tales son las necesidades que exaltan a esa monstruosa y temible bestia que llamamos *pueblo*.

Pero, además, ¿qué Estados quisieron adoptar alguna vez las leyes de Platón o de Aristóteles o las máximas de Sócrates? ¿Qué fue lo que movió a los Decios a sacrificar su vida a los dioses manes y lo que condujo a Quinto Curcio a arrojar-se al abismo, sino la gloria vana, esa dulcísima sirena tan extraordinariamente vilipendiada por los sabios? Porque ellos les dicen a ustedes que nada hay más necio que un candidato a quien vemos alabar al pueblo para pedirle sus votos; comprar con largueza sus favores; andar a caza de los aplausos de los tontos; complacerse con las aclamaciones; ser llevado en triunfo como una bandera, y ponerse en

el foro, como una estatua, a la contemplación de las gentes. Agreguen a esto –continúan– la adopción de nombres y sobrenombres; los títulos honoríficos que ostentan esos mentecatos; los públicos honores, que equiparan a los dioses aun a los que son infames tiranos, y que se diga si todo ello no es rematadamente necio, hasta el punto de que para reírse de ello no bastaría un solo Demócrito. Mas yo contesto: ¿y quién lo niega? Pero, a pesar de ser así, ese es el manantial de donde nacieron las hazañas de los imponentes héroes, en las que han empleado los literatos tanto ingenio para ponerlas en los cuernos de la luna, y esta necedad es la que engendra naciones, la que conserva los imperios, las magistraturas, la religión, los consejos y la justicia, porque la vida humana no es absolutamente nada más que un juego de locos.

Las artes



fijándonos en las artes, ¿qué es sino la sed de gloria lo que mueve al humano espíritu a cultivar tales disciplinas, reputadas como excelsas, y a transmitir a la posteridad el fruto de sus trabajos? De tantos desvelos y fatigas se creyeron resarcidos algunos hombres verdaderamente necios, alcanzando no sé qué fama, que es la cosa más vacía que puede haber en el mundo, y, sin embargo, a esta necesidad deben precisamente una de las mayores y más dulces ventajas de la vida: la de aprovecharse de la demencia ajena.

La verdadera prudencia se debe a la estulticia

Después de haber reclamado para mí las excelencias del valor y del ingenio, ¿qué dirían ustedes si reclamase también las de la prudencia? Alguno pensará que esto es tan imposible como mezclar el agua con el fuego, pero, no obstante, espero salir con mi propósito si, como hasta aquí, me favorecen con su benévola atención.

Comienzo, pues. Si la prudencia radica en el uso que se haga de las cosas, ¿a quién con más propiedad debe aplicarse el nombre de *prudente*: al sabio, que en parte por vergüenza, en parte por apocamiento de ánimo, es incapaz de realizar

ningún hecho de importancia, o al necio, a quien ni la vergüenza, de la que carece, ni el miedo al peligro, que nunca se para a considerar, le hacen que ante nada retroceda? Se refugia el sabio en sus librotos vetustos, de los que no saca más que un mero artificio de palabras, mientras que el necio, arrojando cuerpo a cuerpo las cosas más arduas, adquiere, a mi juicio, la prudencia verdadera. Homero, aunque ciego, vio esta cuestión del mismo modo, al decir que los hechos hasta los necios los entienden.

Dos obstáculos hay, principalmente, que dificultan el conocimiento: la vergüenza, que en gran manera eclipsa la inteligencia, y el miedo, que, presentando el peligro, disuade de acometer las empresas arriesgadas. De una y de otro libra a maravilla la necedad; pero son pocos los hombres que tienen conciencia de las múltiples utilidades y ventajas que se logran no sintiendo jamás ni vergüenza ni temor de nada; y, si se entendiese que es preferible adquirir aquella prudencia que consiste en el examen reflexivo, les ruego que me oigan cuán lejos

están de ella los que de esta suerte pretenden ganar nombre de *prudentes*.

Es indudable que en todo lo humano, como en los *Silenos* de Alcibíades, hay dos aspectos muy diferentes entre sí, de tal modo que el exterior de ellos es la imagen de la muerte, y el interior, la imagen de la vida. Si ustedes abrieran una de esas estatuas, verían que lo que parecía muerte es vida; lo feo, hermoso; lo miserable, rico; lo infame, glorioso; la ignorancia, sabiduría; lo débil, fuerte; lo plebeyo, noble; lo triste, alegre; lo adverso, próspero; el odio, amistad; lo dañino, saludable; en suma, no habría nada que al punto no lo vieran trocado en lo contrario. Pero, si esto se les antoja quizá demasiado filosófico, voy a hablarles más claramente, y a poner mis palabras al alcance de todos.

¿Quién no creerá que un rey es un hombre opulento y poderoso? Y, sin embargo, si no posee un alma dispuesta para el bien ni halla nada con qué saciar su ambición, se le puede considerar como un pobre solemne, y aun como un vil siervo, si, por añadidura, está

dominado por los vicios. Lo mismo podríamos decir en otros muchos casos, pero basta para mi objeto el ejemplo que acabo de presentar. ¿Y a qué viene esto?, se preguntará. Escuchen la enseñanza que deduzco de ello.

Si, estando un cómico representando su papel, se le ocurriese quitarse la máscara escénica y mostrar a los espectadores su rostro verdadero, ¿no trastornaría la comedia y se haría merecedor de que el público le arrojase a pedradas del teatro como a un loco de atar? Claro que sí, porque se cambiaría de improviso el orden de las cosas, y descubriríamos que quien parecía mujer era un hombre⁵; que el que aparentaba ser joven se mudaba de pronto en un anciano; que el que poco antes era rey se convertía en un esclavo, y que el que hacía un instante era un dios se transformaba en un pobre hombre. Querer deshacer estas apariencias es perturbar toda la acción dramática, porque, precisamente, la ficción y el engaño son los que mantienen la

⁵ Las mujeres no actuaban en el teatro antiguo. Los papeles femeninos eran interpretados por hombres con máscaras.

atención de los espectadores. Ahora bien, la vida de los mortales, ¿qué es sino una comedia como otra cualquiera, en la que unos y otros salen cubiertos con máscaras a representar sus papeles respectivos, hasta que el director de escena les manda retirarse del escenario? En el mundo, como en el teatro, acontece con frecuencia que un mismo actor se disfraza con diversos trajes, y, así, al que no hace mucho vimos vestir la púrpura de rey, le vemos ahora cubierto con los andrajos de un miserable esclavo, todo simulado, es cierto, pero hay que convenir en que la comedia no se representa de otro modo.

Pues bien, si un sabio, bajado del cielo, comenzase de súbito a decir: «Este, a quien todos creen dios y señor, no es ni siquiera hombre, porque, dejándose arrastrar por las pasiones, ha de ser reputado como un esclavo de ínfima condición, puesto que se complace en servir a tantos y a tan infames amos; este otro que llora la muerte de su padre debería alegrarse, porque ahora es, justamente, cuando comenzó a vivir, ya que esta vida no es otra cosa que la

muerte misma; aquel que se jacta de su noble estirpe se habría de llamar *plebeyo* y *bastardo*, porque está muy lejos de la virtud, que es la única fuente de nobleza». Si este filósofo de mi ejemplo hablase de todo lo demás en este modo, ¿no se le tendría por un loco de remate? ¡Qué duda cabe! De la misma suerte que no hay nada más necio que la sabiduría inoportuna, nada hay tampoco más imprudente que la prudencia mal entendida, porque es innegable que se equivoca de medio a medio el que pretende que la comedia deje de ser comedia y no sabe acomodarse al tiempo y a las circunstancias, o, por lo menos, traer a la memoria aquella regla de los banquetes que dice: «O bebe, o lárgate». Por el contrario, el verdadero prudente será el que, teniendo en cuenta que es mortal, no se meta en libros de caballerías y considere que la mayor parte de los hombres o se avienen a hacer como que no ven, o se engañan con mucha cortesía.

Pero esto —se pensará— no es más que necesidad. En manera alguna he de negarlo, con la única condición de que se reconozca que tal es el modo de representar la farsa de la vida.

**La estulticia
conduce a la más elevada sabiduría.
Intolerable condición
de los que el vulgo tiene por sabios**

¿Debo decir o debo callar lo que resta, oh, dioses inmortales? Pero ¿por qué he de callarlo, siendo, sin duda alguna, lo más verdadero? Acaso convenga, sin embargo, para tan alta empresa, solicitar el auxilio de las Musas de Helicón, a las cuales tan frecuentemente suelen invocar los poetas con ocasión de cualquier majadería. ¡Asístanme, pues, un momento, hijas de Júpiter, mientras demuestro que a nadie le es dado llegar a poseer la egregia sabiduría ni el tesoro de la felicidad como no le guíe la Necedad!

Digo, primeramente, que es incontestable que todas las humanas pasiones pertenecen a mi reino, puesto que la marca que diferencia al necio del sabio es que aquel se deja gobernar por ellas, y este ajusta sus actos a la razón; y por eso los estoicos recomiendan al sabio que se aparte como de la peste de tal género de desórdenes. Sin embargo, las pasiones no solo son los pilotos encargados de llevar al puerto de la sabiduría, sino que también suelen ser en toda función de virtud algo así como espuela y acicate que estimulan a obrar bien. Cierto es que Séneca, estoico acérrimo, sostiene de un modo absoluto que el sabio debe desterrarlas todas; pero fácilmente se alcanza que al que siguiera esta máxima no le quedaría nada de ser humano y, además, se convertiría en una especie de dios que nunca tuvo ni tendrá existencia real, o más exactamente, y para decirlo más claro, en una estatua de mármol con figura de hombre, pero insensible y por completo ajena a todo sentimiento. Así, pues, los estoicos pueden gozar enhorabuena de este su sabio y amarlo cuanto quieran, con tal de que se vayan con él a la

ciudad de Platón, o, si les parece mejor, a la región de las ideas o a la huerta de Tántalo.

Nadie habría, en verdad, que no huyese horro-
rizado, como de un monstruo o de un espectro,
de un hombre de este linaje, sordo a todos los in-
centivos de la Naturaleza; de un hombre a quien
ninguna clase de afectos ni de amor, ni de mise-
ricordia le hacen más mella «que si fuera un en-
hiesto y duro pedernal, o una roca marmórea de
Paros»⁶; de un hombre a quien nada se le oculta
y nunca se equivoca, porque, como Linceo⁷, todo
lo descubre, todo lo pesa y mide con minucio-
sidad; de un hombre que nada ignora, que solo
de sí mismo está contento y que se cree el único
fuerte, el único prudente, el único soberano, el
único libre y, en una palabra, el único en todas
las cosas, aunque claro es que únicamente en su
opinión; de un hombre que no convive con los
amigos, porque no tiene ninguno; de un hombre,
en fin, que no repararía en mandar a ahorcar a los

⁶ Virgilio, *Eneida*, canto I, verso 471.

⁷ Uno de los argonautas, cuya clara visión se exageró proverbialmente, quizá por haberla emparentado con la del lince.

mismos dioses, y que todo cuanto ve hacer a los demás, o lo censura duramente o lo ridiculiza. Tal es el bicho raro a quien se ha considerado como el prototipo del sabio. Ahora díganme: si fuera caso de elección, ¿qué nación elegiría un gobernante de esta calaña, o qué ejército lo designaría para general? ¿Qué mujer querría un marido semejante? ¿Qué anfitrión tal invitado? ¿Qué siervo le tomaría por amo o sería capaz de soportarlo? Y por eso, ¿quién no ha de preferir a uno cualquiera de la plebe, que, siendo necio, podrá mandar u obedecer a los necios, y que será, como el que más, agradable a los otros hombres, afectuoso con su mujer, alegre con sus amigos, atento con sus invitados, afable con quien le convide, y, por último, que nada que sea humano ha de reputarlo ajeno a su persona?

Mas, como ya voy sintiendo lástima de este sabio infeliz, vuelvo a hablar de los demás bienes que reporto, que es materia más amena.

Las calamidades humanas remediadas por la Estulticia. Favores especiales que dispensa a los viejos y a las viejas

Oigan. Si alguien desde una eminente altura mirase en torno de sí, como hace Júpiter muchas veces, según dicen los poetas, vería cuán numerosas son las calamidades que afligen a la existencia humana, lo miserable e inundo del nacimiento, lo penoso de la crianza, los rigores a que se halla expuesta la niñez, las fatigas a que está sujeta la juventud, las molestias de la ancianidad, lo inexorable de la muerte. Vería también la multitud de enfermedades que ponen en peligro la vida, los

infinitos accidentes que la amenazan, las muchas desgracias que sobrevienen y cómo no hay nadie que no esté rebosando hiel. Prescindo ahora de los daños que el hombre sufre por causa del hombre, que son, por ejemplo, la pobreza, la cárcel, la deshonra, la vergüenza, la tortura, los engaños, la traición, las injurias, los litigios, los fraudes (¡parece que intento contar las arenas del mar!), pues no es mi objeto, en el presente discurso, hallar la razón de que los hombres hayan merecido tales castigos, ni averiguar quién fue el dios airado al que se debe que naciesen en tales miserias; pero el que medite sobre esto, ¿acaso no disculpará el suicidio de las doncellas de Mileto, aunque sienta por ellas profunda compasión? ¿Quiénes han sido, principalmente, los que apelaron al suicidio buscando en él un recurso contra el destino y contra el hastío de la vida? ¿No fueron, por ventura, los devotos de la sabiduría? Y paso en silencio a los Diógenes, los Jenócrates, los Catones, los Casios y los Brutos, porque bastará recordar a aquel Quirón, que, pudiendo sentarse entre los inmortales, prefirió la muerte de buen grado. Supongo que

comprenderán bien lo que sería del mundo si todos los hombres fueran como estos sabios, reconociendo que en tal caso habría que echar mano a una nueva arcilla y acudir a otro alfarero como Prometeo. Por eso yo, valiéndome unas veces de la ignorancia, otras de la irreflexión, algunas del olvido de los males, no pocas de la esperanza de los bienes, y, en ocasiones, de una gota de la miel de los placeres, voy remediando de tal modo las innumerables calamidades humanas, que ningún mortal quiere dejar la vida, aunque se le acabe el hilo de las Parcas y haga ya tiempo que comenzó a despedirse del mundo, pues estas circunstancias, que precisamente deberían ser el motivo de que los hombres no desearan conservar la existencia, son, sin embargo, las que más les encienden las ganas de vivir; ¡tanto aborrecen experimentar cualquier tristeza!

Sí; yo soy, sin disputa, la que concede el don de que haya por doquier esos viejos de senectud nestórea, que no tienen ya ni figura humana, balbucientes, chochos, desdentados, canosos, calvos, y, valiéndome de las mismas palabras de

Aristófanes, *secos, encorvados, fatigosos, arrugados, pelados, desdentados e impotentes*, pero que, a pesar de ello, están de tal suerte apegados a la vida y tanto les gusta presumir de mozos, que el uno se tiñe las canas; el otro disimula la calva con una peluca postiza; el otro usa dientes que acaso tomó prestados a una cerda; este muere de amores por una chiquilla, y aun pretende superar las locuras del muchachito enamorado, y no es raro que, cuando ya están decrépitos y con un pie en la sepultura, tomen por esposa a alguna jovencueta, aunque sin dote, y destinada para el uso de los demás, cosa que se va poniendo tan de moda, que casi se la estima como un mérito.

Pero aun es mucho más tierno ver a algunas de esas viejas, muertas de ancianidad hace largos años, y con tal aspecto de cadáver, que se diría que son difuntas resucitadas, miserias que no les impide decir constantemente que la vida es muy dulce, ni andar lujuriosas como gatas, o, usando de la frase griega, «aun parecen cabras en celo»; las cuales se proporcionan algún Faón, alquilado a buen precio;

se embadurnan continuamente el rostro con afeites; van con el espejo a todas partes; se depilan las regiones más íntimas de su cuerpo; hacen gala todavía de los flácidos y averiados pechos; solicitan sus apetitos con gruñidos lánguidos y temblones; empinan el codo a todas horas; se entretienen en los bailes de las muchachas y escriben cartitas amorosas. Todos se ríen de ellas, porque, en efecto, son de lo más necio que se conoce; pero ellas están satisfechas de sí mismas, se hallan en sus delicias y, dichosas con mis favores, les resulta la vida una pura miel.

Los que piensen que todo esto es una ridiculez consulten en su fuero interno si no es mil veces mejor dejarse llevar de esas locuras que así endulzan la existencia, que buscar un árbol donde ahorcarse, como se dice vulgarmente; pues es de advertir que lo que las gentes reputan deshonra vergonzosa mis partidarios no lo aprecian del mismo modo, porque, o no experimentan este género de mal, o, si algunos lo sienten, les tiene completamente sin cuidado. A lo que ellos llaman *desgracia* es a que una teja les

caiga en la cabeza, pongo por caso; pero, como la vergüenza, la infamia, la injuria y la calumnia tanto ofenden en cuanto se tiene la conciencia de ellas, claro es que cuando falta esta conciencia no se estiman como males. ¿Qué le importa a uno que le abuchee todo el mundo, con tal de que él se aplauda? Pues bien; si hay alguien que pueda dispensar tanto favor, estén persuadidos de que no es otra que la Necedad.

Elogio de la ignorancia. La edad de oro

Ya oigo protestar a los filósofos: «Pero eso que tú ensalzas –me dirán– es deplorable; eso es necesidad; eso es errar; eso es engañarse; eso es ignorar». Más bien –contestaría yo–, eso es ser hombre; y no me explico por qué lo llaman *deplorable*, cuando así han nacido, así les han criado, así les han educado, y esa es la condición de todos los mortales. No es posible decir que sea deplorable aquello que se deriva de la propia naturaleza del ser, si es que no se juzga, por ejemplo, que sea una desgracia para el hombre no poder volar como las aves, ni andar a cuatro patas como los

cuadrúpedos, ni estar armado de cuernos como el toro, lo cual bien se comprende que valdría tanto como afirmar que el caballo, aunque arrogante, es desgraciado porque no estudia la Gramática ni come pasteles, o que lo es el toro por ser completamente inútil en las escuelas. Pues bien, del mismo modo que desconocer la ciencia gramatical no es una desgracia para el caballo, no lo es tampoco para el hombre ser necio, porque tal cualidad se halla conforme con su índole natural. Pero a esto replicarán los sofistas: «Es peculiar del hombre el conocimiento de la ciencia, con cuyo auxilio compensa el entendimiento las deficiencias que le ha impuesto la Naturaleza». Como si la Naturaleza –respondería yo– hubiese tenido al crear al hombre una ley distinta de la que tuvo al crear a los demás seres, y como si ella, que con tan exquisita solicitud cuidó de los mosquitos, de las hierbas y de las florecillas, solamente se hubiese dormido al formar al ser humano hasta el extremo de ponerle en el trance de valerse del saber que Teuto, ese genio enemigo de la Humanidad, ideó con refinada depravación, y que es tan contrario a la

dicha, que perjudica a quien lo alcanza, como, según Platón, dijo con admirable frase un rey sapientísimo del inventor del alfabeto. Así, pues, debe reconocerse que las ciencias se introdujeron como una de tantas calamidades de la vida, y, por eso, a los autores de estos males, que son de quienes proceden todas las desventuras, se les llama *demonios*, nombre que viene del griego δαίμονες, y que significa *los que saben*.

¡Oh, qué sencillas eran aquellas gentes de la edad de oro, que, sin prevenirse de ciencia alguna, vivían siguiendo no más que las inspiraciones naturales y las normas del instinto! ¿Para qué necesitaban la Gramática, hablando todos una misma lengua y no siéndoles preciso gastar más prosa que la necesaria para entenderse los unos con los otros? ¿Para qué les servía la Dialéctica, cuando allí no había contrarias opiniones que combatir? ¿Qué lugar podía tener entre ellos la Retórica, no metiéndose nadie en los negocios ajenos? ¿Para qué se requería el conocimiento de la Jurisprudencia, si estaban apartados de las malas costumbres, que

han sido, sin duda, el origen de las buenas leyes? Infitamente más religiosos eran aquellos hombres que los que ahora, con impía curiosidad, escudriñan los arcanos del universo, las dimensiones de los astros y el movimiento, los efectos y las recónditas causas de las cosas. Se estimaba entonces como un crimen el que alguien intentase penetrar más allá de lo que sus fuerzas le consentían, y la demencia de inquirir lo que hay tras del firmamento no cabía en cabeza humana. Pero, habiéndose corrompido poco a poco esta pureza de la edad de oro, surgieron las ciencias, inventadas, como he dicho, por los genios del mal, aunque al principio fueron en escaso número, y estas por muy pocos cultivadas; mas, después, la superstición de los caldeos y la ociosa fantasía de los griegos añadieron otras mil, que no son sino puro tormento de la mente, hasta el punto de que una sola de ellas, la Gramática, se basta y se sobra para ser el suplido una vida.


Ciencias que más se conforman con la estulticia

Es incontestable que las más precia-
das de estas ciencias son las que más se
aproximan al común sentir, o sea, a la necesidad.
Padecen de hambre los teólogos, se desalientan
los físicos, se mofan todos de los astrólogos, se
desdeña a los dialécticos, y solamente al médico
se le estima, creyendo que vale más que todos
juntos, porque a los de este oficio, cuanto más
indoctos, audaces e ignorantes son, en mayor
aprecio se los tiene aun entre la gente principal;
y, así, puede afirmarse que la Medicina, singu-
larmente del modo que hoy la ejercen muchos,
no es otra cosa que la conformidad con el gusto

del cliente en tanto grado como pueda serlo la Retórica.

Después de los médicos, ocupan el lugar inmediato los leguleyos (si es que no ocupan el anterior), de cuya profesión acostumbran a burlarse los filósofos con gran unanimidad, por considerarla una burrada. Yo no me atrevería a decir tanto, pues lo cierto es que estos burros gobiernan a su antojo los negocios grandes y pequeños y ven aumentar su fortuna, mientras que los teólogos, después de haber sacado de sus tintoros todo lo divino, tienen que roer legumbres y sostener guerra continua con chinches y piojos. Así, pues, como las ciencias que proporcionan mayor provecho son las que guardan mayor afinidad con la estulticia, se deduce de ello que los hombres más felices serán los que logren abstenerse absolutamente de todo comercio con el saber y se gobiernen tan solo por los dictados de la Naturaleza, que en nada nos falta sino cuando pretendemos traspasar sus límites, y la cual odia el artificio y se muestra tanto más hermosa allí donde nunca ha sido profanada por la mano del hombre.

La condición del hombre es la más desgraciada de todos los animales

 No ven, asimismo, que entre los animales de otras especies viven más dichosos los que son completamente ajenos a toda educación y no se dejan conducir por otro guía que por las leyes naturales? ¿Hay seres más felices y admirables que las abejas, a pesar de que carecen de ciertos sentidos? ¿Qué hombre sería capaz de inventar una arquitectura como la que ellas emplean para construir sus viviendas, ni qué república como la suya concibió jamás ningún filósofo? En cambio, el caballo, por tener una inteligencia muy parecida a la del hombre y haberse convertido en compañero suyo, es tam-

bién participe de las humanas desdichas, y, así, es frecuente verle reventar en las carreras por huir de la vergüenza de la derrota, o caer en la batalla acribillado de heridas, y, juntamente con el jinete, morder el polvo cuando llenan el aire los gritos de victoria. Todo eso sin contar con los hirientes frenos, las agudas espuelas, la prisión de la cuadra, los latigazos, los palos, las trabas, el jinete y, en una palabra, toda la tragedia de la esclavitud, a la que espontáneamente quiso condenarse, cuando, por imitar a los héroes, sintió con intensa vehemencia el deseo de vengarse de sus enemigos. ¡Cuánto mejor es la vida de las moscas y de las aves, que en cualquier momento, y solo obedeciendo al instinto, saben escapar a las asechanzas del hombre!

Metan un pájaro en la jaula, y, aunque le enseñen a remedar la voz humana, perderá su canto la gracia natural, pues hasta ese extremo es siempre más bello lo que produce la Naturaleza que lo que finge el arte, y por esta razón nunca sabré ensalzar como se debe al famoso gallo pitagórico, que, habiéndose transformado suce-

sivamente en filósofo, en hombre, en mujer, en rey, en ciudadano particular, en pez, en caballo, en rana, y creo que hasta en esponja, a ningún ser reputó más infeliz que al hombre, por haber visto que todos los demás se contienen dentro de los límites de su condición y que solo el hombre es el que intenta rebasar los que se le han impuesto a la suya.

Ventajas que los estultos tienen sobre los sabios

Reconoce también mucho mayores excelencias a los ignorantes que a los doctos y a los ilustres, y aquel Grilo, bastante más avisado que el prudente Ulises, prefirió quedarse gruñendo en la pocilga a salir con él a correr aventuras peligrosas. De esta apreciación no disiente Homero, padre de las frivolidades, puesto que llama a todos los nacidos *infelices* y *desgraciados*, mientras que a Ulises, ejemplo de sabiduría, le da con frecuencia el nombre de *infortunado*, calificativo que no aplicó jamás ni a Paris, ni a Áyax, ni a Aquiles. ¿Cuál fue la razón que tuvo para ello?

Cierto que no fue otra sino la de que aquel hábil farsante no hacía nada sin el consejo de Palas, pues sabía demasiado para que dejase de poner a la Naturaleza a distancia respetable.

Por tanto, los que están más lejos de la felicidad son aquellos que cultivan el saber, mostrándose por esto mismo doblemente necios, porque, no obstante haber nacido seres humanos, se olvidan de su condición, pretendiendo emular a los dioses, y, como los gigantes, declaran la guerra a la Naturaleza, valiéndose de los ardides de la ciencia; de aquí que el mundo tenga por menos desdichados a los que más se aproximan a la estulticia y a las cualidades de los brutos, que a los que estragan las suyas, intentando sacarlas de sus quicios; y voy a demostrar este aserto, aunque no por medio de los silogismos de los estoicos, sino con un ejemplo vulgar que entre por los ojos.

Díganme, por los dioses del Olimpo: ¿hay alguien más venturoso que esos hombres a quienes las gentes llaman *locos*, *necios*, *imbéciles* y *bobos*, nombres que son, a mi entender,

altamente hermosos? Quizá, a primera vista, esto parezca aventurado y absurdo, y, sin embargo, es una gran verdad, porque fíjense en que tales seres se hallan exentos del miedo de la muerte, que es, ¡por Júpiter!, no pequeña ventaja; no sienten remordimientos de conciencia; no les dan terror las almas en pena; no se espantan de los fantasmas ni de los duendes; no les atemoriza la amenaza de los males ni les anima la esperanza de los futuros bienes; en una palabra, no les consumen las mil y una preocupaciones que atormentan la vida. No se ruborizan por nada; nada respetan; nada ambicionan; nada envidian; nada aman, y, a mayor abundamiento, por mucho que se aproximen en sus actos a la ignorancia de los brutos, no pecan en opinión de los teólogos.

Medita con cuidado lo que digo, sabio necio, y considera cómo noche y día, y por doquier, las inquietudes torturan tu espíritu; considera el cúmulo de molestias que te afligen, y así comprenderás los muchos dolores de que mis amados necios están libres. Agréguese a esto

que ellos no solo se regocijan, juegan, cantan y ríen a todas horas, sino que a donde van llevan consigo el placer, la broma, la diversión y la risa, como si tal virtud la hubiesen recibido por la indulgencia de los dioses inmortales para alegrar las tristezas de la vida humana; y obsérvese también que así como los otros hombres inspiran a los demás muy contrarios afectos, los míos son por todos recibidos con idéntico agrado, como si de todos fuesen antiguos camaradas, y por eso se les solicita, se les llena la panza, se les festeja, se les abraza, se les protege y ayuda cuando llega el caso, se les tolera cuanto dicen y cuanto hacen, y hasta tal punto nadie desea inferirles el menor daño, que aun las bestias y las fieras templan con ellos sus rigores, como si en cierto modo presintiesen que son naturalmente inofensivos. Están, pues, al amparo de los sacros dioses y al mío singularmente, y, por tanto, sus privilegios no sufren menoscabo.

Ninguno de los grandes señores que nadan en la opulencia, incluso los reyes, pueden

comer, ni pasear, ni vivir sin ellos un solo instante, y, a menudo, anteponen estos tontos a los ceñudos sabios, que solo por mera vanidad acostumbran a sustentar en sus casas. El motivo de tal preferencia no creo que a nadie se le oculte ni le sorprenda, pues, en efecto, los mencionados sabios, engreídos con su doctrina, no suelen hablar a los príncipes y potentados más que de cosas tristes, sin reparar en que, a veces, estén afeitando delicadísimas orejas con la áspera verdad.

En cambio, los bufones mantienen las bromas, los pasatiempos, las carcajadas, que es lo que más se estima en los palacios, y tengan la seguridad de que solo ellos son sinceros y verídicos, cualidad de los estúpidos, que no es, por cierto, despreciable; porque ¿dónde hay nada más digno de alabanza que la verdad? Aunque Platón hiciese decir a Alcibíades que solo se halla en la infancia y en el vino toda la estimación en que es tenida, a mí especialmente se me debe, y así lo pensó Eurípides, autor de aquel proverbio, por nosotros tan repetido, y

que reza que el necio solo dice necedades. El tonto lo que lleva en el pecho es lo que lleva en la cara y lo que le sale por la boca; pero los sabios tienen dos lenguas, como afirmó también el mismo Eurípides, una de las cuales dice la verdad, y la otra únicamente lo que según las circunstancias conviene que se diga; para ellos es blanco lo que ayer era negro, o es frío ahora lo que antes era caliente⁸, porque hay una gran distancia entre lo que esconden en su interior y lo que fingen con sus palabras.

A pesar de sus esplendores, la existencia de los príncipes me parece desdichada, por faltarles quien les diga la verdad y por tener a su lado aduladores en lugar de amigos. Se contestará que los oídos de los príncipes la aborrecen, y que por esto mismo huyen de los sabios, temiendo, acaso, tropezar con alguno excesivamente franco, que se atreva a decirles algo más verdadero que divertido. Peligroso es, sin duda,

⁸ Alusión a la fábula de Esopo «El hombre y el sátiro». En ella el sátiro, acogido en casa de un campesino, vio asombrado cómo este se soplabla la punta de los dedos, porque hacía frío, y luego soplabla la sopa, porque estaba caliente.

ir a los reyes con claridades; pero aun este peligro se torna como por milagro en provecho de mis necios, para que no ya las verdades, sino hasta las injurias calificadas se les escuchen con placer, y se dé el caso de que aquello que dicho por un sabio le llevaría a la horca produzca en labios de un imbecil contentamiento increíble.

Posee la verdad cierta natural virtud de agradar, siempre que no haya en ella nada que moleste; pero este privilegio tan solo a los estultos les fue concedido por los dioses. De aquí que, por lo general, gusten tanto las mujeres de los hombres de esta calaña, pues, siendo por su propia inclinación amigas de bromas y placeres, todo lo que hacen con pretexto de ello, aunque sea grave en grado superlativo, lo achacan a juegos y burlas, porque su sexo es singularmente ingenioso cuando se trata de hallar disculpa a los deslices.

Volviendo a la felicidad de los necios, digo que pasan la vida muy alegremente y, al fin, sin haber tenido miedo ni noción de la muerte, se

van derechitos a los Campos Elíseos a recrear con sus gracias a las almas piadosas y desocupadas. Compárese ahora a cualquier sabio con un loco de esta clase, aunque para ello se suponga un verdadero dechado de sabiduría, y en él veremos solamente un ser que gastó su infancia y su adolescencia en aprender diversas disciplinas; que perdió lo mejor de su vida en constantes vigiliias, cuidados y fatigas; que en el tiempo restante no gustó ni tanto así de placer; un hombre siempre sobrio, siempre pobre, siempre triste y severo, áspero y riguroso para sí mismo, aborrecible para los demás, de horrenda palidez, flaco, enfermizo, lagañoso, con aspecto de viejo, que prematuramente encanece y prematuramente se marcha al otro mundo, aunque nada le importe morir a quien jamás vivió. Ahí tienen la gloriosa imagen de un sabio.

Relaciones de la estulticia con la locura. Clases de locura

Pero de nuevo volverán a la carga las ranas del Pórtico, quiero decir, los estoicos: «No hay –murmurarán– infortunio mayor que la locura, y a ella es muy parecida la estupidez rematada, o, hablando con mayor exactitud, es la locura misma, porque enloquecer no es otra cosa que sufrir el extravío de la razón». Mas los que así piensen se engañan de medio a medio, y voy a deshacer tal silogismo, contando con el favor de las Musas.

Efectivamente, se trata de un puro sofisma, y así como Sócrates, según dice Platón, enseñaba que en una Venus pueden verse dos Venus,

y en un Cupido dos Cupidos, deberían estos dialécticos distinguir entre una y otra clase de locura, si es que aspiran a pasar por cuerdos. No puede, en verdad, admitirse que toda locura sea una desgracia, pues de otro modo no hubiera escrito Horacio «Soy juguete de una amable locura», ni Platón habría colocado entre las mayores excelencias de la vida la exaltación de los poetas, la de los oráculos y la de los amantes, ni la Sibila habría llamado locuras a los trabajos de Eneas.

Realmente, hay dos especies de locura: una es la que las Furias engendran en el Infierno, cuando lanzan las serpientes que despiertan en el pecho de los mortales ya la pasión de la guerra, ya la insaciable sed del oro, ya un infame y abominable amor, ya el parricidio, ya el incesto, ya el sacrilegio, ya cualquier otro designio depravado, o cuando, en fin, alumbran la conciencia del culpable con la terrible antorcha del remordimiento. Pero hay otra locura muy distinta, que procede de mí, y que por todos es apetecida con ansia excepcional; se

manifiesta ordinariamente por un cierto alegre extravío de la razón, que al mismo tiempo liberta el ánimo de sus cuidados angustiosos y devuelve el perfume de múltiples placeres, y tal extravío es el que, como verdadera merced de los dioses, pedía Cicerón, según dice en sus *Cartas a Ático*, para perder la conciencia de sus muchas adversidades. Tampoco lo consideró como un mal aquel argivo que había estado loco hasta el punto de ir todos los días a un teatro vacío donde él solo tomaba asiento, y allí reía, aplaudía y se divertía creyendo ver representar comedias admirables, lo cual no era obstáculo para que fuese muy cuerdo en todos los demás menesteres, «alegre con los amigos, bondadoso con su mujer e indulgente con los criados, a quienes jamás castigó porque le hubiesen destapado una botella»⁹.

Este, pues, gracias a los cuidados de los suyos y a los medicamentos que le administraron, hubo de recobrar el juicio, y, cuando ya se halló

⁹ Cicerón, *Ad Atticum*, III, 13, 2.

completamente sano, se lamentaba así: «¡Por Pólux, compañeros, que me han matado por no pensar que, haciendo lo que hicieron, me arrebataban el placer, quitándome a la fuerza un gratísimo desvarío de la mente!».

Bien decía, sin disputa alguna, y ellos eran los dementes y los que más necesitaban el eléboro¹⁰, por haber creído que, cual si se tratase de una enfermedad, estaban en el deber de aplicar el remedio a locura tan divertida y tan feliz.

Con esto, no quiero afirmar que sea lícito dar el nombre de *locura* a todo desorden o error de los sentidos o de la mente, ni que pueda, por ejemplo, considerarse como loco a aquel que, a causa de tener telarañas en los ojos, confunda un mulo con un asno, o al que, por el mismo motivo, admire como perfecta una poesía vulgar; pero sí lo será el que no tanto por falta de sentido, como por mengua de juicio, se salga de lo corriente y acostumbrado, pues, a este su locura le hará tomar un asno por un mulo,

¹⁰ Fármaco que se consideraba adecuado para curar la locura, al igual que la epilepsia.

que es el mismo caso del que, oyendo rebuznar a un asno, se figura escuchar una música maravillosa, o del desgraciado que, habiendo nacido en miserable cuna, estuviera persuadido de que era Cresos, rey de los lidios. La locura de este género, si, como acontece con frecuencia, es inclinada al placer, proporciona no menor regocijo al que la tiene que a los que la presencian, con tal de que no estén tan locos como él, pues, siendo más general de lo que se cree, el loco se burla del loco, unos a otros se proporcionan mutuo placer, y no es raro observar que el que es más se ríe con mayores ganas del que lo es menos.

Algunas formas de locura: la caza, la monomanía de edificar, la alquimia y el juego

No obstante, lo mejor (y es la Estulticia quien lo aconseja) es ser loco de todas las maneras y formas de locura, siempre que no se salga de aquel género de ella que a mí me es peculiar y que se halla tan extendido, que yo no sé si entre los mortales podría encontrarse alguno que constantemente sea sensato y no esté poseído de una o de otra sinrazón. Pero importa mucho distinguir de locuras; así, por ejemplo, a aquel que, viendo una calabaza, se le antojase que era una mujer, la gente le llamaría *loco* por la sencilla razón de que este disparate se les

ocurriría a poquísimas personas; pero el que jurase y perjurase que su mujer, que comparte con otros muchos, aventaja a Penélope y ponderase sus perfecciones de modo inusitado, este tal se engañaría dulcemente y no habría nadie que le creyese loco, por lo mismo que abundan extraordinariamente los maridos de este tipo.

Al propio género pertenecen aquellos otros que ante la caza de bestias salvajes todo lo juzgan despreciable, y dicen recibir placer singularísimo cuando escuchan el bronco sonido del cuerno o los aullidos de la jauría, y aun sospecho que, al oler los excrementos de los perros, les parece aspirar el aroma del cinamomo. Grande es el encanto que tiene para ellos despedazar la pieza, porque eso de descuartizar bueyes y carneros es bajo y plebeyo, pero hacer cuartos a las fieras se estima como privilegio exclusivo de los nobles. Véanlo, con la cabeza descubierta, hincado de rodillas y valiéndose de un cuchillo especial (porque emplear cualquier otro no sería tolerable); con determinados

ademanes, con ciertos períodos, con cierto ritual, va cortando solemnemente, mientras que la silenciosa muchedumbre admira y contempla su faena como cosa peregrina y como si no hubiese asistido mil veces al mismo espectáculo; y si, por casualidad, alguno logra llevar a su mesa un pedazo de aquella carne, cree ya haber adquirido no poco de nobleza. Pero lo cierto es que estas gentes, con la persecución continua de los animales fieros, y a fuerza de alimentarse de ellos, concluyen por convertirse en una especie de alimañas, aunque supongan que se igualan con los reyes.

También deben ser incluidos en la misma especie aquellos a quienes les consume la insaciable sed de edificar, y se pasan la vida trocando lo redondo en cuadrado y lo cuadrado en redondo, sin tener otras aspiraciones ni pensar en otra cosa, hasta que, viniendo a la extrema indigencia, no les queda ni dónde vivir, ni pan que llevarse a la boca. ¡Miseros de ellos! Mas ¿qué les importa, si, entretanto, pasaron unos cuantos años sumamente divertidos?

Asimismo, juzgo que son de casta muy semejante los que, cultivando las nuevas ciencias ocultas, se afanan por transmutar la cualidad de los cuerpos y andan por tierras y por mares tras de no sé qué quintaesencia. A estos les engaña de tal manera la dulce esperanza, que jamás los arredran los trabajos ni los dispendios, y están siempre ideando, con ingenio sutilísimo, algo que, aunque les burle una vez más, les proporcione una grata ilusión, hasta que llega el día en que, consumido todo su caudal, no tienen ni aun para encender sus hornillos. No por ello, sin embargo, renuncian a soñar con sus desvaríos, porque animan a los demás a gozar de las mismas dichas, y, cuando, al cabo, han desesperado de hallar lo que buscan, les resta aún una máxima que es para ellos altamente consoladora, a saber: que las cosas grandes, con intentarlas basta; y, así, achacan el fracaso a la brevedad de la vida de un hombre, que nunca es suficiente para concluir las arduas empresas.

En cuanto a los jugadores, dudo un poco en decidir si deben o no ser admitidos en nuestra

cofradía; pero no se negará que es absolutamente necio y ridículo el espectáculo que ofrecen algunos de ellos, tan dominados de la pasión del juego que, cuando oyen el ruido de los dados, ya les está dando brincos el corazón. Además, y a causa de los lazos que constantemente les tiende la avaricia de la ganancia, llevan su patrimonio a naufragar y estrellarse en el escollo del tapete verde, no menos temible que el de Malio; pero, apenas han salido del agua desnudos, serán capaces de defraudar a cualquiera antes que a quien les ganó el dinero, para que no se diga que son hombres de poca formalidad. ¿Qué más? Cuando ya son viejos y están casi ciegos, se juegan las gafas y hasta los ojos, y, por último, cuando la vengadora gota les ata las articulaciones, llevan consigo a algún ayudante que por ellos maneje el cubilete; todo lo cual sería verdaderamente delicioso, si no fuera que como del juego muchas veces suele resultar la ira, más bien que a mi jurisdicción, corresponde a la de las Furias.

**La superstición como forma de
estulticia: oraciones milagrosas,
ofrendas, falsas indulgencias,
ensalmos, culto de las imágenes,
exvotos y funerales**

*H*ay otros hombres que, sin ningún género de duda, son de nuestra cofradía, a saber: los que encuentran deleite en contar o en oír historias de milagros y prodigios, relatos de los que nunca se ven hartos con tal de que se refieran a portentos de espectros, de duendes, de fantasmas, de infiernos y de otras muchas rarezas por el estilo, las cuales, cuanto más lejos estén de lo verosímil, más fácilmente

se las tragan y con mayor encanto regalan sus oídos. Reparen en que esto no solo sirve para matar el tiempo a maravilla, sino también para ganar dinero, principalmente a los clérigos y predicadores.

Tales supersticiosos son afines de aquellos otros que tienen la necia pero chistosa persuasión de que, si ven una talla o pintura de san Cristóbal, ya no se morirán aquel día, o de que, rezando cierta oración ante la efigie de santa Bárbara, volverán sanos y salvos de la guerra, o de que, visitando la imagen de san Erasmo en determinados días, llevándole tantas o cuántas velas y diciéndole tales o cuales preces, en breve han de nadar en la opulencia. Estos han averiguado que, del mismo modo que se inventó un nuevo Hipólito, Hércules se ha convertido en san Jorge, y, aunque no adoren del mismo modo al santo que al caballo que monta, y al cual engalanan con jaeces y gualdrapas, procuran, no obstante, ganarse su benevolencia por medio de algunas ofrendillas, y tienen por cosa digna de reyes poder jurar por el bronceo yelmo del jinete.

¿Y qué diré de aquellos que, con indulgencias por ellos puniblemente fingidas, embaucan a las gentes con mucha suavidad y calculan como con clepsidra la duración del Purgatorio, contando los siglos, los años, los días, los meses y las horas, sin incurrir en el más mínimo error, cual si se sirviesen de tablas matemáticas? ¿Qué diré de los que confían en que, usando ciertas palabras mágicas y ensalmos inventados por algún devoto impostor, para salud de las almas o para provecho de su bolsa, se prometen nada menos que las riquezas, los honores, los goces, la abundancia, una salud siempre favorable, una larga vida, una vigorosa vejez y, al cabo, un puesto en el Paraíso, al lado de Cristo? Bien es verdad que hasta última hora no sienten impaciencia por ocuparlo, o sea, mientras les es posible disfrutar de los placeres del mundo, a los que se agarran con dientes y con uñas, pues solo cuando se les acaban definitivamente es cuando, según ellos, deben comenzar las delicias celestiales.

También han de ser incluidos en esta clase algunos negociantes, soldados y jueces, que,

ofreciendo para obras pías una mísera moneda de sus rapiñas, se creen ya tan limpios de culpa como si se hubiesen bañado en la laguna Lerna y redimidos como por escritura pública de sus perjurios, de sus liviandades, de sus borracheras, de sus peleas, de sus asesinatos, de sus calumnias, de sus perfidias y de sus traiciones, hasta el extremo de tener el convencimiento de que han adquirido patente para comenzar de nuevo sus fechorías.

Pero ningunos más necios, o, por mejor decir, más dichosos que esos otros que aspiran a algo que es superior todavía a la felicidad suprema, recitando a diario aquellos famosísimos siete versículos de los salmos, pues bien recordarán que el rezo de estos mágicos versículos se supone que le fue indicado a san Bernardo por cierto demonio burlón, aunque más ligero que malicioso, ya que se enredó en sus mismas redes¹¹.

¹¹ El demonio se jactaba ante san Bernardo de conocer siete versículos de los *Salmos* que tenían la virtud de asegurar la salvación, si se los recitaba diariamente. Como no quisiera indicar al santo cuáles eran, este le manifestó que a partir de entonces leería a diario todo el *Salterio*.

Pues bien, todo esto, que es tan estúpido que casi a mí misma me avergüenza, no solamente ha merecido la aprobación del vulgo, sino también la de los maestros en religión. Pero ¿qué más? Al mismo género de estupidez corresponde la costumbre de que cada comarca tenga su patrono y de que a cada uno de estos santos se lo venera con culto diferente y se le atribuya una virtud particular, porque al uno se le pide que cure el dolor de muelas; al otro, que dé a la parturienta un alumbramiento feliz; a este, que se restituya lo robado; a aquel, que lleve al náufrago a buen puerto; al de más allá, que proteja los ganados, y así sucesivamente, pues no acabaría nunca si intentase mencionarlos todos; solo diré que hay algunos que poseen virtud para varias cosas, y, entre ellos, ocupa el primer lugar la Madre de Dios, que, como se sabe, es tenida por el vulgo casi en mayor veneración que el Hijo.

Y ¿qué es lo que los hombres piden a todos estos santos, sino cosas concernientes a la estupidez? Díganme si, entre los numerosos

exvotos de que están cubiertos los muros y las bóvedas de los templos, recuerdan haber visto alguno puesto por el que se haya curado de la estupidez o por el que se haya vuelto un poco más sabio. No, los que allí se ven son los que dedicaron el que se salvó nadando, o el que, atravesado de parte a parte por el enemigo, curó de sus heridas; o el que, en medio de una batalla, y mientras los demás luchaban, huyó con no menos fortuna que intrepidez; o el que, estando ya colgado en la horca, solicitó el favor de cierto santo, protector de los ladrones, y el santo hizo que se rompiese la cuerda para que su protegido continuase aliviando a algunos del peso de las riquezas mal adquiridas; o el que escapó de la cárcel quebrantando los cerrojos; o el que se recuperó de la fiebre con gran indignación del médico; o el que bebió veneno y no le produjo más molestia que la de aflojarle un poco el estómago, pero sin perjudicarle siquiera lo que a su amada esposa, que perdió trabajo y dinero; o el que, cuando se le volcó el carro, pudo llevar a casa los caballos sin la menor novedad; o el que, sepultado en un

derrumbamiento, consiguió salvarse; o la que tuvo la suerte de escapar de las garras de un marido que le cogió *in fraganti*; pero no hay ni uno solo en acción de gracias porque alguien se haya visto libre de la estupidez, pues es tan dulce no saber nada, que de cualquier cosa temen los mortales menos de la imbecilidad.

Mas ¿por qué me meto yo en este piélagos de supersticiones? Podría decir, como Virgilio, que, «ni aun disponiendo de cien lenguas, de cien bocas y de voz infatigable, me sería posible dar a conocer todos los géneros de necios ni mencionar las innúmeras formas de la estupidez»¹².

La vida de los cristianos está por dondequiera llena de esta suerte de delirios, que los clérigos sin gran dificultad admiten y fomentan, pues no se les oculta lo mucho que pueden acrecentar sus estipendios; pero, si alguno de esos sabios insufribles fuera de improviso a importunarlos, diciendo: «No morirás mal, si vives bien; redimirás tus pecados, si a tu

¹² Imitación de Virgilio, *Eneida*, canto VI, versos 625 y siguientes.

ofrenda económica unes el horror al mal y si, con lágrimas, vigiliás, oraciones y ayunos, cambias radicalmente tu modo de vivir; un santo te será propicio, si procuras imitarle en sus obras, etc.»; si el sabio –digo– saliese con esta o parecida petición, pueden imaginar la confusión que causaría y cuántas satisfacciones habría de arrancar en un momento del corazón de los mortales.

A la misma hermandad pertenecen también los que en vida disponen la pompa que quieren para sus funerales, determinando con especial cuidado los mantos de luto, cantores y plañideras que han de ir en su entierro, como si aquel día se les hubiera de devolver la existencia para que gozasen del espectáculo, o como si los difuntos se avergonzasen cuando no son enterrados con ostentación, pues lo previenen todo con el mismo celo que ediles encargados de preparar los regocijos y banquetes públicos.

Importancia suprema del Amor Propio en los individuos y en los pueblos

Aunque voy de prisa, no puedo, en modo alguno, pasar en silencio a aquellos que, si bien es cierto que no difieren gran cosa de un pobre remendón, se jactan, sin embargo, de poseer tal o cual título de vana nobleza. El uno dice que su linaje tuvo principio en Eneas; el otro, en Bruto, y el de más allá, en el rey Arturo; en todos los sitios han colocado las estatuas y retratos de sus mayores; cuentan los bisabuelos y los tatarabuelos y recuerdan sus antiguos títulos; pero en verdad que no están muy lejos de ser como las mudas efigies

de que hacen gala, y aun podría decirse que estas les sacan ventaja considerable. A pesar de ello, el dulcísimo *Amor Propio* les hace la vida completamente feliz, y no faltan algunos, tan necios como ellos, que crean que este género de bichos son muy semejantes a los dioses. Pero ¿a qué hablar de géneros de necedad, cual si no fuera a todas luces evidente que *Filautia* produce por doquier admirables y encantadoras formas? Este prójimo, que es más feo que un simio, se tiene por más hermoso que Nireo; el otro, por saber trazar tres líneas con regla y compás, se considera un Euclides, y aquel majadero, cuya voz no es más armoniosa que la del gallo cuando anda detrás de la gallina, se cree un nuevo Hermógenes.

Hay, asimismo, una clase de locura extraordinariamente placentera, no superada por ninguna otra, y de cuya posesión nadie como de la suya se envanece; tal fue la de aquel poderoso, dos veces afortunado, de que nos habla Séneca que, cuando narraba algún cuentecillo, ponía siempre junto a sí a sus siervos para que le

apuntasen las palabras, y a los cuales no hubiera vacilado en enviar a la arena a reemplazarlo en un certamen de pugilato, pues era hombre tan apocado, que únicamente podía vivir confiando en que tenía en su casa muchos y muy robustos esclavos.

¿Qué he de decir de los artistas? No hay quien no sepa que les es tan peculiar el *Amor Propio*, que con frecuencia se hallan algunos que antes renunciarían a la herencia de sus progenitores que a ser tenidos por genios; pero principalmente entre los cómicos, cantantes, oradores y poetas, el de menos facultades es el que de ordinario posee también mayor dosis de presunción, mayor vanidad y más elevado concepto de sí mismo, siendo verdaderamente lamentable que encuentren imbéciles de su calaña que los admiren, y aun puede asegurarse que cuanto más tontos son les salen en más crecido número, ya que por ser –como dije– la generalidad de los hombres vasallos de la Estulticia, lo peor agrada siempre a los más. Ahora bien, si el que, a pesar

de ser ignorante, es alegre para sí y admirado por todos, ¿quién será el necio que opte por el legítimo saber, que tanto trabajo cuesta adquirir, que convierte al que lo adquiere en tímido y vergonzoso y que, por último, no satisface sino a contadísimas personas?

Atengámonos a lo que nos dice la Naturaleza, y veremos que así como cada individuo tiene su *Amor Propio*, cada nación, y aun cada ciudad, tienen el suyo, y por eso los ingleses, sobre cualquier otra excelencia, reclaman para sí la de su belleza plástica, la de su música y la de su mesa; los escoceses se precian de que sus blasones nobiliarios proceden de regios linajes y de que nadie les aventaja en lo sutil de la dialéctica; los franceses se atribuyen la cortesanía; los parisienses, casi excluyendo a los demás, se arrojan de modo particularísimo la primacía en la ciencia teológica; los italianos se apropian el monopolio de las Buenas Letras y de la Elocuencia, sosteniendo que todo lo que no sea el cultivo de estas disciplinas es puro salvajismo; los romanos creen tener en todo el

primer puesto, y todavía siguen soñando plácidamente con los esplendores de la antigua Roma; los venecianos son dichosísimos con la fama de nobleza; los griegos, como creadores de las ciencias, se adjudican los elogios tributados a los hombres insignes de la antigüedad; los turcos y la restante turba de los bárbaros piden que se les reconozca la preeminencia en el fervor religioso, y se ríen de los cristianos por entender que se hallan poseídos de la superstición; los judíos, gente mucho más tranquila, esperan constantemente la venida del Mesías, y conservan hasta hoy, con verdadera obstinación, la memoria de Moisés; los españoles no ceden a nadie sus glorias en la guerra, y los alemanes, en fin, están altamente satisfechos de su corpulencia y de su conocimiento de las artes mágicas.

Loores de la Adulación

Aun cuando no me haya propues-
to concretar todos los casos, creo
que habrán visto con claridad la gran ventura
que por doquier, y tanto individual como ge-
neralmente, proporciona el *Amor Propio*, que
es muy parecido a su hermana, la *Adulación*.
Sin embargo, el *Amor Propio* no es más que
algo similar a aquel que a sí mismo se pasase la
mano por el lomo, mientras que la *Adulación*
consiste en pasársela a los demás. Hoy día esta
última se halla bastante desprestigiada, aun-
que solo entre aquellos que se preocupan más
de los nombres de las cosas que de las cosas

mismas, pues dicen que no cuadra bien con la sinceridad; pero fácilmente podrían convenirse de todo lo contrario, si reparasen en algunos de los ejemplos que los animales nos ofrecen. ¿Cuál de ellos es, en efecto, más adulator que el perro, y, por otra parte, cuál es más fiel? ¿Cuál es más manso que la ardilla y más amigo del hombre? Ninguno, ciertamente, a no ser que se crea que empatan mejor con la condición humana la del feroz y altivo león, la del tigre carnicero y la del iracundo leopardo. Cierto que hay una clase de adulación completamente abominable, que es la que emplean algunos bufones maliciosos para perder a los incautos; pero la mía, como procede de la ingenuidad y de la ternura de corazón, está mucho más cerca de la virtud verdadera que esa otra virtud que se pretende oponerla, y la cual, como dijo Horacio, es impolítica, impertinente, desaliñada y molesta. Aquella levanta el ánimo abatido, alegra a los tristes, vigoriza a los débiles, despabila a los torpes, alivia a los enfermos, doma a los soberbios, reconcilia a los enamorados, mantiene las reconciliaciones, engatusa a la infancia

para inducirla al estudio de las Letras, regocija a los viejos, amonesta y enseña a los príncipes bajo la apariencia de una alabanza y sin ofensa alguna, y logra, en fin, que cada cual sea más agradable y más indulgente para sí mismo, que es, sin duda, parte esencialísima de la felicidad. ¿Qué servicio más útil puede imaginarse que el que se prestan dos mulos cuando se rascan mutuamente? Pues, siendo así, no hay que decir que un servicio semejante es de gran provecho para la fama de los oradores, mayor para la de los médicos, mucho más grande aún para la de los poetas y, en suma, la sal y pimienta de toda relación humana.

Para tener la felicidad, basta creer que se la tiene

Pero engañarse —se dirá— es deplorable. A lo que yo contestaría que lo verdaderamente digno de compasión es no engañarse nunca. Están en un error, ¿qué duda cabe?, los que suponen que la dicha humana se halla en las cosas mismas y no en el concepto que de ellas se ha formado, porque es tal su oscuridad y su variedad, que a nadie le sería posible discernirlas, como acertadamente dijeron los académicos, que son los menos inaguantables de todos los filósofos; pero, aun dando por supuesto que se pudiera conseguir diferenciarlas, es casi seguro que sería con perjuicio de la alegría de la vida, pues el espíritu

humano está hecho de tal suerte, que le es más accesible la ficción que la verdad. Si alguien desea una prueba palpable y evidente de esta afirmación, no tiene más que ir a una iglesia cuando haya sermón, y allí verá que, si se habla de algo trascendental y serio, la gente bosteza, se aburre y acaba por dormirse; pero, si el arador (me he equivocado, quise decir *el orador*) comienza, como es frecuente, a contar algún cuento de viejas, todos despiertan, atienden y abren la boca. Del propio modo, si se celebra la fiesta de un santo fabuloso o poético (y, si quieren ejemplos, ahí tienen a san Jorge, a san Cristóbal y a santa Bárbara), observarán que se los venera con mucha mayor devoción que a san Pedro, a san Pablo y que al mismo Jesucristo.

Mas dejando tal materia, que no es el momento, ¡cuánto menos cuesta llegar a una felicidad de esta clase, tanto en el caso de que el conocimiento de las cosas en sí proporcione positivo beneficio, como en el caso de que la utilidad sea insignificante, cual puede serlo, por ejemplo, la que reporta el estudio de la

Gramática! El hombre adopta con mayor facilidad aquellas ideas que con más holgura conducen a la dicha, y, si no, díganme: si alguno comiera un pescado tan podrido que ni el olor pudiera aguantar otra persona, y a él, sin embargo, le supiese a gloria, ¿qué le importaría para considerarse feliz? Por el contrario, si a uno le diese náuseas el salmón, ¿de qué le serviría este bocado para su contento? Si alguien tuviera una mujer muy fea y se hallase, no obstante, persuadido de que podría competir con la misma Venus, ¿no sería idéntico para el caso que si en realidad fuera hermosa? Si el poseedor de una tabla, malamente embadurnada de amarillo y bermellón, la admirase, convencido de que era debida al pincel de Apeles o al de Zeuxis, ¿no estaría tan contento como el que por elevado precio comprase un cuadro de un reputado pintor, y aun es probable que el júbilo de este no igualase al del primero? Yo conocí a cierto sujeto de mi mismo nombre, que de recién casado regaló a su esposa unas joyas falsas, haciéndole creer (pues fue famoso embaucador) no solo que eran buenas y naturales, sino también rarísimas y de valor inestimable; y

yo pregunto: ¿qué le importaba a aquella mujer el engaño, si los trozos de vidrio no por serlo recreaban menos su vista ni su ánimo, y, además, los guardaba cuidadosamente cual si en ellos hubiese tenido algún riquísimo tesoro? En tanto, el marido se había ahorrado el gasto y se divertía con la ilusión de su mujer, que no se le mostraba menos agradecida que si le hubiese hecho un regalo muy costoso.

No vayan a suponer que los que en la caverna de Platón se deleitaban con las diferentes sombras e imágenes de las cosas deseaban absolutamente nada más, ni que tales espectros les producían menor satisfacción que la que a aquel sabio que salió de la cueva le produjo la contemplación de las cosas mismas; y, si al Micilo de que nos habla Luciano¹³ le hubiera sido posible soñar perpetuamente aquel áureo sueño de riquezas, no habría tenido motivo alguno para anhelar otra dicha.

¹³ En el diálogo *El sueño o El gallo*, Luciano recrea la historia de Micilo, que lamenta haber sido despertado de su sueño feliz, en el que heredaba una gran fortuna. El gallo le explica al sencillo zapatero los riesgos de la ostentación.

Por tanto, o no hay diferencia entre necios y sabios, o, si la hay, es a favor de aquellos; primero, porque su felicidad cuesta menos, ya que, para tenerla, basta creer que se la tiene; y, segundo, porque la comparten con muchas más personas, y es sabido que no hay goce verdadero como no sea en compañía.

Liberalidad de la Estulticia

¿Quién ignora lo poco que abundan los sabios, si es que puede encontrarse alguno que lo sea? En toda la historia de Grecia, como saben, solamente se cuentan siete, y ¡por Hércules!, que, si se apretara un poco la mano, me dejaría ahorcar como se hallase entre ellos la mitad de un sabio, o, mejor dicho, la cuarta parte de un sabio. De aquí que, de las muchas razones que se tienen para adorar a Baco, sea la principal la de que ahuyenta los cuidados del ánimo, aunque por poco tiempo, pues, en cuanto se duerme la borrachera, vuelven rápidas las intranquilidades a

atormentar el espíritu. En cambio, mis beneficios son más plenos, y, a la par, más eficaces, porque, sin el más mínimo interés, produzco cierto modo de constante embriaguez e infundo en la mente la inclinación a la alegría, a las danzas y a los placeres. Además, yo no dejo a ningún nacido sin participación en mis favores, al revés de lo que hacen los otros dioses, que solamente los dispensan a ciertos escogidos, y, por eso, no todas las tierras dan el vino generoso y suave, puro y sin mezcla, que espanta las penas y es compañero de la espléndida esperanza; a pocos se les concede la belleza, gracia de Venus; a menos aún la elocuencia, don de Mercurio; no son muchos los que logran la riqueza, dádiva de Hércules; el gobierno no lo otorga un Júpiter homérico a cualquiera; frecuente es que Marte no dé la victoria a ninguno de los ejércitos contendientes; son incontables los que se retiran cabizbajos del trípode de Apolo; continuamente amenaza Saturno; Febo, de vez en cuando, dispara el dardo de la peste; son más los que Neptuno aniquila que los que salva, y paso por alto a los Vejoves, Plutones, Atés,

Furias, Fiebres y otros de la misma especie, que, más bien que dioses, se diría que son verdugos. Solo yo, la Estulticia, soy la que, con magnífica libertad, abro mis brazos a todos los mortales, sin distinción alguna.

Culto universal de la Estulticia

Ni reparo en ofrendas, ni me enco-
lerizo reclamando la expiación por
haber sido omitido algún detalle del ritual, ni
nuevo cielo y tierra cuando alguien ha invi-
tado a los demás dioses dejándome a mí en
casa y negándome el humo de los sacrificios.
Porque debe saberse que entre aquellos es tal
la impertinencia, que, en vez de darles cul-
to, casi sería mejor y menos peligroso no ha-
cerles caso, pues sucede con ellos lo mismo
que con esas personas de tan agria condición
y de tal modo propensas a la ira, que es pre-
ferible tenerlas completamente apartadas a

tenerlas como amigas. Sin embargo, se dirá, no hay nadie que sacrifique en honor de la Estulticia ni quien levante templos en su obsequio. Así es, y ciertamente que me sorprende un poco tamaña ingratitud; pero aun esto mismo, gracias a mi indulgencia, lo estimo como un bien, ya que en manera alguna puedo desear honores semejantes. ¿Por qué he de exigir yo el incienso, o la torta, o el macho cabrío, o el puerco, cuando todos los hombres y todos los pueblos me rinden aquel culto que, como el más excelso, proclaman los teólogos? ¿Voy a envidiar a Diana, porque los hombres le ofrezcan su sangre en holocausto? Mucho más fervorosamente adorada me considero yo, cuando veo que, por doquier, todos me tienen en su corazón, me confiesan en sus actos y me imitan en su vida, género de devoción que no es frecuente hallar ni aun tratándose del culto de los santos cristianos. ¡Cuántos llevan velas a la Virgen para que luzcan al mediodía, que es precisamente cuando no hacen ninguna falta, y, en cambio, cuán pocos son los que procuran imitarla en la castidad, en la humildad y en el

amor a las cosas divinas, que son los homenajes más gratos para el Cielo! Y, de otra parte, ¿por qué he de ambicionar que se me erijan templos, cuando todo el mundo es mi templo, sin duda el más espléndido de todos, y en el que no faltarán fieles sino allí donde falten los hombres?

Tampoco soy tan necia que reclame imágenes de piedra pintadas de colores, cosa que perjudicaría a veces a mi culto, pues hay gente tan insensata y tan lerda, que adora las representaciones de los santos en lugar de adorar a los santos mismos, y aun esto podría ser causa de que me sucediera lo que a aquellos a quienes los sustitutos les echan a patadas de los cargos que desempeñan. Yo juzgo que hay tantas estatuas levantadas en mi honor cuantos son los mortales que llevan consigo mi verdadera efigie (muchos, mal que les pese), y así nada tengo que envidiar a los otros dioses, ni siquiera el que a algunos de ellos se les rinda culto en tal o cual rincón de la tierra, y no más que en días señalados, como a Febo, en Rodas; a Venus, en Chipre; a Juno, en Argos; a Minerva, en Atenas; a Júpiter, en el

Olimpo; a Neptuno, en Tarento, y a Príapo, en Lámpsaco. ¡Solo a mí, y por toda la extensión del planeta, se me ofrecen a diario sacrificios mil veces más valiosos!

**Beneficios que reporta
la Estulticia, y formas que
reviste según las personas.
Estulticia del vulgo**

Por si hay alguien que presuma que lo que digo es más osado que verdadero, voy a fijarme un instante en la vida de los hombres para que se vea con toda claridad lo mucho que me deben y el aprecio en que me tienen los grandes y los chicos. Para ello, naturalmente, no he de pasar revista a la vida de toda la gente, porque hacerlo así sería muy largo, sino tan solo a los más destacados, por los cuales se podrán apreciar todos los demás.

¿Qué puedo decirles del vulgo y del populo, que, sin disputa alguna, son absolutamente míos? Abundan en ellos, por doquier, las diferentes formas de estulticia, y cada día producen otras nuevas, de tal modo que no bastarían mil Demócritos para reírse de todas, aun cuando es verdad que entonces fuera necesario uno más para reírse de los otros mil.

Son increíbles las carcajadas, las diversiones y el regocijo que esos pobres hombres proporcionan continuamente a los dioses inmortales, porque, si bien estos dedican las horas de la mañana, cuando aún tienen fresca la cabeza, a deliberar sobre los agravios y quejas y a recibir las ofrendas, el resto del día, es decir, cuando ya están atiborrados de néctar y no les da la gana de ocuparse en ningún asunto serio, se sientan en la parte más elevada del Olimpo e, inclinando la frente, observan lo que hacen los hombres, espectáculo que, como ningún otro, los divierte. ¡Oh, qué magnífico teatro! ¡Qué confusión de necios! Lo digo porque han de saber que yo también suelo sentarme alguna que otra vez al lado de los

dioses. Este muere por una mujerzuela, a quien adora con mayor ardor cuanto ella menos le quiere; el otro se casa con una dote y no con una mujer; aquel prostituye a su misma esposa; un celoso vigila como Argos; aquel doliente, ¡ay!, cuántas necedades dice y hace, llevando las plañideras para que representen la farsa del duelo, cual si alguien creyese en la sinceridad del que llora sobre el cadáver de la madrastra; este se gasta todo lo que cae en sus manos en llenar la panza, aunque poco después no tenga, acaso, ni qué comer; aquel juzga que no hay cosa mejor que dormir y no hacer nada; se ven algunos que, preocupándose diligentemente de los negocios del vecino, descuidan los propios; se ven otros que reputan suyo el dinero que han tomado a préstamo y cuyas las riquezas ajenas, y enseguida quiebran; hay quien cifra su dicha en vivir en la estrechez, para dejar poderoso al heredero; hay quien, por obtener un lucro insignificante y hasta incierto, entrega su vida a las olas y a los vientos, vida que, si perdiese, con ningún dinero podría recuperar; uno prefiere buscar las riquezas en la guerra, pudiendo estar muy tranquilo en su casa; otros juzgan

más fácil adquirirlas captándose la voluntad de los viejos sin hijos, aunque no deja de haber algunos que, para lograr el mismo resultado, optan por cortejar y echar el gancho a una vieja rica. Pero de ninguno de estos que digo reciben los dioses tan singular y tan intenso júbilo como de aquellos que van por lana y vuelven trasquilados.

La clase de los comerciantes es realmente estúpida y mezquina, porque todo lo tratan con indecencia y por móviles más indecentes todavía. Efectivamente, en todas partes mienten, juran en falso, engañan, defraudan y roban, a pesar de lo cual se estiman como la gente más importante del mundo, solo porque llevan los dedos rodeados de oro; y no faltan frailes adúladores que les traten con admiración y que en público los llamen *señoría*, quizá con el fin de que les concedan una pequeña parte de las riquezas mal adquiridas.

Hay también ciertos pitagóricos que con tal fervor profesan la teoría de la comunidad de bienes, que si, casualmente, hallan alguna cosa al alcance de su mano, cargan con ella con el

mismo ánimo que si se tratase de una herencia. Muchos son los que tienen tal ansia de tesoros, que se consideran dichosos solamente con la alegría que les produce el soñar con ellos, y no son pocos los que experimentan gran satisfacción gastándose espléndidamente el dinero con los amigos, mientras que en su hogar están rabiando de hambre; uno se da prisa a disipar todo lo que posee, en tanto que el otro amontona cuanto puede por buenas o por malas artes; un candidato ambiciona los cargos públicos, y, en cambio, otro mortal cifra todas sus delicias en sentarse junto al fogón; no pocos de los pleitos interminables, en los que las partes contienden a porfía, se hallan sostenidos por un juez aficionado a dilatar los asuntos o por un abogado que se entiende con el contrario; aquí, descubren un devoto incondicional de las novedades; allá, a quien únicamente le seduce lo extraordinario, y más allá, al que emprende la peregrinación a Jerusalén, a Roma o a Santiago, donde maldita la cosa que tiene que hacer, y deja en casa a la mujer y a los hijos; en suma, si como Menipo en otro tiempo

pudieran observar desde la Luna la inenarrable confusión de los hombres, juzgarían estar viendo una nube de moscas y mosquitos riñendo entre sí, peleando, armándose trampas y robándose, burlándose mutuamente, jugando, naciendo, enfermando y muriendo. ¡Ah!, no pueden imaginar la agitación y las tragedias que se producen entre estos insignificantes animalitos que tan fácilmente perecen, puesto que a veces una pequeña guerra o el azote de una epidemia arrebatan y aniquilan en un instante a millares de ellos.

Los maestros de Gramática

Pero yo misma soy estúpida y muy merecedora de que Demócrito se ría de mí a grandes carcajadas, al pretender enumerar las formas que en las gentes comunes revisten la estupidez y la locura. Voy, pues, a ocuparme no más que de los que gozan de la reputación de sabios, y que, según la frase vulgar, han alcanzado los laureles de Minerva.

Entre todos ellos, ocupan el primer lugar los maestros de Gramática, casta que sería, sin disputa, la más desgraciada, la más aflictiva y la más dejada de la mano de los dioses, si yo, compadecida cordialmente de los de tan

lamentable profesión, no mitigase sus desdichas con cierto género de dulce locura. Sobre estos, no solo han caído las cinco *χατάραι*, o sea, las cinco maldiciones de que nos habla el epigrama griego, sino cinco mil, pues siempre les verán mugrientos y famélicos en sus escuelas (*¡escuelas*, dije; mejor haría en llamarlas *letrinas* o *ergástulas!*) y rodeados de una tropa de niños que les hacen encanecer a fuerza de desazones, que les aturden con sus gritos y que les pudren con sus hedores y suciedades. Gracias, no obstante, a mis beneficios, se estiman como los primeros entre los hombres. Hay que ver de qué modo se alegran cuando la espantada chiquillería tiembla ante su cara y su voz; cuando con la palmeta, con la vara y con las correas abren las carnes a los miserables, y cuando, a medida de su capricho, les hacen a todos víctimas de sus rigores, imitando al asno de Cumas; entonces, su estrechez les parece lujo; huelen con complacencia la hedionda porqueería, y su misérrima esclavitud se les antoja un reino, hasta el punto de que no cambiarían el poder tiránico que ejercen por los imperios de

Falaris o de Dionisio. Pero todavía son mucho más dichosos cuando creen haber hecho algún descubrimiento en el arte que cultivan, porque, aunque no sepan hacer otra cosa que llenar de vaciedades la mente de los niños, no obstante, ¡oh, dioses benignos!, ¿quién sería el que no tuviese por un par de embusteros a Palemón y a Donato¹⁴, al compararlos con ellos? Y no sé de qué ilusión mágica se valen para que las tontas y pobres madres y los padres ignorantes les reconozcan los méritos de que se jactan. Unan a estas satisfacciones la que reciben cuando en algún documento apolillado encuentran, por ejemplo, el nombre de la madre de Anquises, o dan con alguna palabreja ignorada por el vulgo, como *bubsequa* (boyero), *bovinator* (tergiver-sador) o *manticulator* (ladronzuelo); no digo nada si topan con algún pedrusco antiguo en el que lean una mutilada y borrosa inscripción, porque entonces, ¡oh, Júpiter, qué transportes, qué victoria, qué ponderaciones, pues no parece sino que han conquistado África o tomado

¹⁴ Célebres gramáticos, que vivieron respectivamente en la primera mitad del siglo I y en el siglo IV de nuestra era.

Babilonia! Por último, cuando recitan sus versos mediocres e insulsos (y nunca falta quien se los elogie), creen de buena fe que el espíritu de Virgilio ha reencarnado en su persona.

Pero nada más divertido que ver a dos de estos desgraciados prodigándose mutuas alabanzas, es decir, rascándose recíprocamente; estupendo, sin embargo, si por acaso uno de ellos comete el más ligero desliz en el empleo de un vocablo y el otro tiene la suerte de pescárselo, porque, al punto, ¡qué tragedias y qué peleas se arman, por Hércules!, ¡de qué modo se insultan y se denuestan! Y que me falte el favor de los gramáticos si exagero en lo más mínimo. Yo he conocido a cierto omnisciente que sabía griego, latín, Matemáticas, Filosofía, Medicina y no sé cuántas cosas más, que, siendo ya sexagenario, arrinconó todos los libros para dedicarse exclusivamente a la Gramática, con la que por cerca de veinte años se devanó los sesos de una manera cruel, diciendo que sería completamente dichoso si le fuera dado vivir solamente el tiempo preciso para determinar el

modo de distinguir las ocho partes de la oración, asunto en que hasta ahora, y a su juicio, ni los griegos ni los latinos han hecho nada que valga la pena.

Esta gente considera un crimen que se confunda una conjunción con un adverbio, y de aquí que, habiendo tantas gramáticas como gramáticos, o, mejor dicho, más (pues solo mi querido Aldo ha impreso más de cinco diferentes), no dejen ninguna sin hojear ni registrar, aun cuando esté oscura y bárbaramente escrita, para no tener que envidiar ni que temer a nadie que se dedique a estas especulaciones, aunque se trate del mayor ignorante que puedan imaginarse, y no verse expuestos a que se malogren tantos años de trabajo.

¿Cómo quieren que llame a esto *locura* o *estulticia*? Se lo llame con uno u otro nombre, no tendrán más remedio que reconocer que, únicamente por beneficio mío, un ser mucho más infeliz que todos los demás pueda llegar a creerse tan dichoso que no ambicione trocar su suerte por la de los monarcas de Persia.

Los poetas, los retóricos y los autores de libros

No es tanto lo que me deben los poetas; pues, si bien pertenecen especialmente a nuestro bando, son hombres independientes, como dicen por ahí, cuyos afanes no tienen otro fin que el de acariciar los oídos de los necios con meras frivolidades y cuentos insustanciales. Es, sin embargo, tal la confianza que tienen en sí mismos, que con sus admirables composiciones se prometen alcanzar la inmortalidad y un destino igual al de los dioses, y, por añadidura, se los prometen a los otros; pero de todos mis familiares son los más devotos del *Amor Propio* y de la

Adulación, y no hay quien me rinda culto tan puro y perseverante.

Respecto de los retóricos, aunque alguno de ellos se aparte de mi culto por causa de ciertas concomitancias con los filósofos, son también de la pandilla, y, entre otras razones, por una principalísima: la de que, entre todas las bagatelas que en tal número y con tanto esmero han escrito, sobresalen las referentes al arte de bromear, hasta el extremo de que el que compuso (quienquiera que fuese) el tratado de *Retórica* para Herenio incluyó la estulticia entre las formas del espíritu jovial; recuérdese, asimismo, que Quintiliano, autoridad destacada en la materia, escribió un capítulo sobre la risa mucho más extenso que la *Ilíada*, y, en fin, que es tan evidente la importancia de la estulticia, que, muchas veces, aquello que ningún argumento pudo deshacer la risa lo desbarata en un instante. Ahora bien, supongo que ustedes no pensarán que el arte de decir con gracia y de provocar las carcajadas no me pertenece por derecho propio.

De la misma calaña son los que, publican-
do libros, quieren alcanzar fama imperecedera,
todos los cuales es mucho lo que me deben,
y, singularmente, aquellos que embadurnan el
papel con puras majaderías, ya que a los que
escriben doctamente y para unos pocos enten-
didos, hombres que no temerían ni aun las crí-
ticas de Persio y Lelio, más bien los tengo por
dignos de lástima que por dichosos, puesto que
se hallan sometidos a un tormento perpetuo; en
efecto, añaden, modifican, suprimen, vuelven
a escribir lo que habían tachado, insisten, reha-
cen, aclaran, guardan el manuscrito los nueve
años de que habló Horacio antes de decidirse
a publicarlo, y ni aun así están jamás del todo
satisfechos. La vana recompensa de merecer
las alabanzas de unas cuantas personas la com-
pran a fuerza de desvelos, con grave detrimento
del sueño, don dulcísimo sobre todas las cosas,
y a costa de fatigas y de martirios, a lo que hay
que agregar el menoscabo de la salud, ruina
del cuerpo, la oftalmía y aun la ceguera, la po-
breza, las rivalidades del oficio, la abstinencia
de los placeres, la vejez anticipada, la muerte

prematura y otros sufrimientos por el estilo, males todos que el sabio juzga compensados con obtener la aprobación de algún que otro insignificante como él.

En cambio, el escritor que me es devoto es más feliz cuanto sea más grande su extravagancia, porque, sin necesidad de pasar las noches en vela, todo cuanto se le viene a la cabeza, todo cuanto afluye a su pluma y todo cuanto sueña lo pone enseguida por escrito con solo un pequeño gasto de papel, no ignorando que, en el porvenir, aquel que mayores necedades haya escrito será el preferido por los más, es decir, por los indocytos y por los estúpidos. ¿Qué le importa a él que le desprecien tres o cuatro sabios, en caso de que le lean? ¿Qué significaría el parecer de estos ante la muchedumbre que lo aclama?

Pero, sin disputa, son mucho más aprovechados que ellos los que dan lo ajeno como suyo y se apropian una gran parte del trabajo, de la gloria y hasta de las palabras de los demás, pues, aunque no sean tan confiados que piensen que tarde o temprano no ha de descubrirse el engaño,

sin embargo, durante algún tiempo lucran con el interés del préstamo. Es de ver el tono que se dan y lo orondos que se ponen cuando son ensalzados por el vulgo; cuando se les señala al pasar por la calle y se les mira con curiosidad y admiración; cuando sus obras salen a la venta en las librerías y cuando en las portadas de sus libros aciertan a colocar unos títulos extraordinarios que parecen cosa de magia, y que, ¡por los dioses inmortales!, no son sino palabras vacías. Pocos, en verdad, podrán encontrarse en todo el mundo que los hayan oído alguna vez, y menos aún serán los que los ensalcen (que también entre los indoctos hay diversidad de gustos), porque frecuentemente dichos títulos o se inventan o se toman de obras antiguas, y, así, uno gusta de llamar a la suya *Telémaco*; el otro, *Esteleno* o *Laertes*; aquel, *Polícrates*, y el de más allá, *Trasímaco*, aunque el contenido de los libros respectivos no tenga la menor relación con tales nombres, pues lo mismo sería que los autores les hubieran bautizado con el de *Camaleón* o el de *Calabaza*, o, como suelen decir los filósofos, con los de *Alfa* o *Beta*.

Muy divertido es de ver también que con mutuas epístolas, poesías y elogios se alaban recíprocamente los estultos y los ignorantes, pues, si fuéramos a creerlos, el uno eclipsa a Alceo; el otro, a Calímaco; este es superior a Marco Tulio Cicerón; aquel es más sabio que Platón. Algunos se procuran, además, un contrincante cuya oposición aumente su fama, porque, al discutirse ambas opiniones, el público se divide en dos bandos contrarios, hasta que uno y otro paladín, dando por bien reñida la contienda, se retira cada cual por su lado, cantando victoria y adjudicándose los laureles del triunfo. Claro es que de esto, siendo como es estultísimo, se ríen los sabios, ¿quién lo niega?, pero entretanto, y gracias a mi favor, les hago tan agradable la existencia, que no cambiarían sus glorias por la de los mismos Escipiones. No obstante, los sabios mencionados, que de tan buena gana se ríen y con tanto gusto gozan de la locura ajena, no es poco lo que me deben a su vez, y no podrán por menos de reconocerlo así, como no sean grandemente ingratos conmigo.

Los jurisconsultos y los dialécticos

Los jurisconsultos reclaman entre los doctos el primer lugar, y cierto es que ningún otro se muestra tan satisfecho de sí mismo cuando, al modo de nuevos Sísifos, suben eternamente la piedra urdiendo en su cabeza un cúmulo de leyes, sin importarles un comino que vengan o no vengan a pelo, amontonando comentario sobre comentario, opinión sobre opinión, y haciendo creer que sus estudios son los más difíciles de todos, por reputar que lo más penoso es por lo mismo lo más excelente.

Se asemejan a ellos los dialécticos y los sofistas, hombres locuaces, que adondequiera

que estén meten más ruido que los bronces de Dodona¹⁵, pues uno solo podría igualar la charlatanería de veinte mujeres escogidas. Serían, sin embargo, más felices si, en la misma medida que son charlatanes, no fuesen también tan terribles peleones que, por un quítame allá esas pajas, arman feroces altercados, si bien la mayoría de veces, a fuerza de combatir, la verdad se les escapa de las manos; pero, a pesar de ello, el *Amor Propio* les hace dichosos, y, armados con dos o tres silogismos, no vacilan en atreverse a hablar de todo ni en discutir con cualquiera, porque su misma pertinacia los hace invencibles, aunque les pusieran enfrente al propio Estentor.

¹⁵ En el templo de Zeus, en este lugar del Epiro, había varios cuencos de bronce colocados de forma que al golpear uno de ellos sonaban todos sucesivamente.

Los filósofos

Vienen después de estos los filósofos, hombres de barba y capa reverendas, que dicen ser los únicos que saben, pues están persuadidos de que el resto de los mortales no son más que las sombras errantes de que habla Homero. ¡Oh, cuán dulcemente deliran cuando forjan los mundos a su antojo; cuando miden como por pulgadas y con cuerda el Sol, la Luna, las estrellas y los planetas; cuando, sin vacilar, explican las causas del rayo, de los vientos, de los eclipses y de todos los demás fenómenos inexplicables, del mismo modo que si conociesen el secreto de la Naturaleza, artífice del Universo, o como si

para ello solo hubieran venido a la tierra procedentes del Consejo de los dioses! Inútil es decir que la Naturaleza se ríe en grande de ellos y de sus hipótesis, porque nada saben con certeza, como lo demuestran sin duda las magnas polémicas que mantienen entre sí acerca de las cosas cuyo fundamento nos es desconocido; pero, si bien es innegable que no saben absolutamente una palabra, esto no es obstáculo para que digan que lo saben todo; y el que no se conozcan a sí mismos, ni vean el precipicio en que pueden caer, o la piedra con que pueden tropezar, sea porque de ordinario son casi ciegos, sea por tener la cabeza en otro lado, no les impide tampoco ufanarse de percibir las ideas, los universales, las formas abstractas, las *quidditates*, las *ecceitates*¹⁶, las formalidades, conceptos, en verdad, tan extremadamente sutiles, que, a mi juicio, no alcanzaría a descubrirlos ni el mismo Linceo. Sienten por el profano vulgo un desdén olímpico, solo porque

¹⁶ Términos procedentes de la filosofía escolástica medieval.

han aprendido a trazar unos cuantos triángulos, cuadrados, círculos y demás figuras matemáticas, inscritas unas en otras e intrincadas a modo de laberinto, y, como si esto fuera poco, a escribir unas letras dispuestas en forma de ejército, cuya colocación, muchas veces repetida, ofusca a los ignorantes. No faltan entre ellos algunos que predicen el porvenir consultando a los astros y prometiendo mayores prodigios que los de la magia, ni tampoco dejan de encontrar bobos que se traguen sus embustes.

Los teólogos

A caso sería más conveniente pasar en silencio a los teólogos, ya que este asunto es peor removerlo, y mejor no tocar una hierba tan pestífera, no vaya a suceder que tal gente, que es en alto grado severa e irascible, caiga sobre mí con un copioso escuadrón de conclusiones para obligarme a retractarme, y, en caso de que no se lo admita, pongan el grito en el cielo llamándome *hereje*, que no de otra suerte suelen confundir con sus rayos a quienes les son poco propicios.

No hay otros, ciertamente, que de peor gana reconozcan mis favores, aunque por no livianas razones debieran estarme agradecidos, pues,

felices como son con su *Amor Propio*, puede decirse que viven en el quinto cielo y que desde su altura desprecian y casi compadecen al resto de los mortales como a un conjunto de seres miserables, que se arrastran por la tierra, pues de tal suerte se hallan protegidos por sus magistrales definiciones, sus conclusiones, sus corolarios, sus proposiciones explícitas e implícitas, y tan bien provistos de refugios, que no podrían enredarse ni en las redes de Vulcano, porque de ellas se escurrirían a fuerza de distingos, o cortarían sus mallas con vocablos enrevesados y palabras maravillosas más fácilmente que con un cuchillo de dos filos. Además, explican a su capricho los más ocultos misterios, por ejemplo: «¿Por qué causa fue creado y ordenado el mundo?», «¿Qué vías ha seguido la mancha del pecado en la descendencia de Adán?», «¿De qué modo, hasta qué punto y por cuánto tiempo estuvo Cristo en el seno de la Virgen?», «¿De qué manera en la Eucaristía subsisten los accidentes sin la sustancia?». Pero todo esto es ya conocidísimo, y hay cuestiones, en verdad, mucho más

elevadas y que se reputan más dignas también de los teólogos iluminados, como ellos dicen, y las cuales, cuando salen a relucir, los alborotan grandemente, por ejemplo: «¿Acaso hay instante en la generación divina?», «¿Hay en Cristo varias filiaciones?», «¿Es admisible la proposición que dice: “Dios Padre odia a su hijo”?», «¿Podría Dios haber tomado la forma de mujer, o de demonio, o de asno, o de guijarro, o de calabaza?». En este último caso: «¿Cómo habría podido predicar, hacer milagros y ser clavado en la cruz?», «¿Qué habría consagrado san Pedro durante el tiempo que Cristo estaba en la cruz?», «Después de la resurrección de la carne, ¿se comerá y se beberá?», preguntan, en fin, creyendo conveniente tomar desde ahora ciertas precauciones contra el hambre y la sed. Innumerables son los alardes de sutileza por este estilo, aunque hay otros mucho mayores todavía acerca de las ideas, de las relaciones, de las presencias, de las formalidades, de las *quidditates* y *ecceitates*, inasequibles a la vista de los hombres y que solo podrían alcanzar los ojos de Linceo, cuya mirada penetraba a través de las más densas tinieblas,

cualidad que, desde él, ningún otro ha logrado disfrutar. Unan a esto aquellas sentencias tan inesperadas, que, a su lado, los oráculos de los estoicos, conocidos con el nombre de *paradojas*, son extremadamente burdos y propios de charlatanes callejeros, como por ejemplo: «Es más leve delito degollar mil hombres que coser en domingo los zapatos del pobre», «Es preferible dar lugar de que perezca el Universo e islas adyacentes, como dice el vulgo, a proferir una sola mentira, aunque sea insignificante».

Pero estas sutilezas sutilísimas las convierten en archisutiles los diversos sistemas escolásticos, pues más pronto se saldría de un laberinto que de esa maraña de *realistas*, *nominalistas*, *tomistas*, *albertistas*, *occamistas*, *scotistas*, etc., etc., que no he nombrado sino las principales escuelas, en todas las cuales es tan profunda la doctrina y tantas las dificultades, que los mismos Apóstoles crearían necesaria una nueva venida del Espíritu Santo, si tuvieran que discutir con los teólogos de nuestros días.

San Pablo pudo, sin duda, destacarse en la defensa de la fe, cuando dijo que «es la esencia de las cosas que se esperan y el testimonio de lo que no vemos con los ojos», pero lo explicó con muy poca maestría; del mismo modo, haciendo una defensa de la caridad, tan acabada como la que hizo en el capítulo XIII de la *Primera Epístola a los Corintios*, no obstante, dividió y definió la materia con gran pobreza dialéctica, y por eso creo que aquellos hombres que con tal devoción consagraban en la Eucaristía no habrían podido responder ni definir tan agudamente como los scotistas, si se les hubiera preguntado acerca del término *a quo* y el término *ad quem*¹⁷, o acerca de la transubstanciación, o cómo un mismo cuerpo pueda estar a la vez en diversos sitios, o la diferencia que es posible establecer respecto del cuerpo de Cristo, según que se le considere en el cielo, en la cruz o en la forma eucarística, o en qué instante se verifica la transubstanciación, puesto que las palabras mediante las que se opera, siendo canti-

¹⁷ «Desde el cual» y «al cual», respectivamente.

dad discreta, tienen que ser también sucesivas, y, por tanto, no pronunciadas al mismo tiempo. Los Apóstoles conocieron a la madre de Jesucristo, pero ¿quién de ellos hubiera demostrado tan filosóficamente como nuestros teólogos de qué modo fue preservada del pecado original? San Pedro recibió las llaves, y las recibió de quien no las hubiera confiado a un hombre indigno de recibirlas, y, sin embargo, yo no sé si le entendería, porque seguramente no se le ocurrió pensar en la sutileza de cómo las llaves de la ciencia pueden ir a parar a manos del que carece de ella. Los Apóstoles bautizaban en todas partes, aunque jamás dijeron nada de las causas formales, materiales, eficientes y finales del bautismo, ni hicieron la menor mención de sus caracteres debiles e indelebiles. Indiscutible es que adoraban a Dios, pero en espíritu y sin más norma que el precepto evangélico que dice «Dios es espíritu, y hay que adorarle en espíritu y en verdad», pues en ningún lugar aparece que les fuese revelado adorar con el mismo fervor a Cristo que a una figurilla pintada con carbón en la pared, con tal de que

tenga dos dedos extendidos, larga melena, y en el vértice del cráneo, junto al occipucio, una aureola de tres destellos; porque ¿quién ha de comprender ni una sola palabra de estas cosas, si no se ha pasado treinta y seis años rompiéndose la cabeza con el estudio de los metafísicos y sobrehumanos Aristóteles y Scotos? Asimismo, los Apóstoles hablaron repetidamente de la gracia, pero no establecieron nunca la diferencia entre la gracia *gratis data* y la gracia *gratificante*; exhortaron a las buenas obras, pero no hicieron distinción entre la *obra operante* y la *obra operada*; predicaron por doquier la caridad, pero no la clasificaron en *infusa* y *adquirida*, ni se metieron a averiguar si es accidente o sustancia, o cosa creada o increada; execraron el pecado, pero que me parta un rayo si habrían podido definir científicamente qué es aquello a lo que damos el nombre de *pecado*, a no ser que acudiera en su auxilio el espíritu de los scotistas. A pesar de ello, me parece bastante difícil que san Pablo, por cuya cultura podemos juzgar la de los demás, se hubiera atrevido a condenar todas estas cuestiones, controversias,

genealogías y logomaquias, como él mismo las llama, si hubiese comprendido tales argucias, pues las discusiones y disputas de su tiempo eran vulgares y rústicas comparadas con las de nuestros maestros, cuya perspicacia excede a la de Crisipo.

Mas, por otra parte, son los teólogos hombres muy tolerantes, cuando acaso hallan algo que, aunque con tosquedad y poco doctamente, haya sido tratado por los Apóstoles, porque no lo rechazan, sino que lo interpretan con benevolencia, honor que les dispensan, teniendo en cuenta, de un lado, la antigüedad, y, de otro, el respeto debido al nombre apostólico, ya que, ciertamente, no sería justo exigir de ellos las excelencias que jamás vieron en boca de su Maestro; pero, si encontraran la misma deficiencia en san Juan Crisóstomo, en san Basilio o en san Jerónimo, entonces no vacilarían en escribir al margen *non tenetur*, o sea, «esto no se admite».

Sin duda, los Apóstoles impugnaron a los gentiles, a los filósofos y a los judíos, que son

de condición sumamente obstinada; pero los combatieron más bien con los ejemplos de su vida y de sus milagros que con silogismos, pues se dirigían a personas entre las que no había nadie capaz de comprender una sola proposición de Scoto; mas, hoy, ¿qué gentil o qué hereje no se rendiría a tan tenues sutilezas, a no ser que fuese tan torpe que no pudiera alcanzarlas, o tan desvergonzado que las abuchease, o tan iniciado en este género de ardidés que pudiera entrar en igual combate, como de genio a genio o como de diestro a diestro? Bien es verdad que esto no es otra cosa que tejer y destejer la tela de Penélope, y por eso, y a mi juicio, procederían cuerdamente los cristianos si, en vez de enviar contra turcos y sarracenos esas falanges de soldados, con las que hace tantos años los combaten con variada fortuna, mandaran a los alborotadores scotistas, a los terquísimos occamistas, a los invictos albertistas, y, en fin, a toda la tropa de los sofistas, pues creo que habrían de presenciar la más divertida batalla que nadie imaginó y una nunca vista victoria; porque ¿quién sería de tan fría condición que

no le despertaran sus agujonazos?, ¿quién tan imbécil que no le animaran sus agudezas?, ¿quién tan clarividente que no le ofuscaran sus densísimas oscuridades?

Presumo que están creyendo que todo esto lo digo en broma, y cierto que no me extrañaría, pues entre los mismos teólogos hay algunos más versados en la ciencia, a quienes estas frívolas argucias teológicas (así las reputan) les producen náuseas, como también hay otros que estiman grandemente impío, y execran, cual si fuera un sacrilegio, el que en estas materias, más para adorarlas que para explicarlas, se hable con lenguas tan irreverentes, se discuta con artificios tan profanos, se defina con tanta altivez, y se manche la majestad de la divina Teología con tan insulsas, o, mejor dicho, con tan impuras palabras y opiniones. Pero esto no quita para que semejante ocupación les plazca en gran medida, o, hablando con mayor propiedad, para que la juzguen muy meritoria, hasta el extremo de que, ocupados día y noche con sus halagadoras exposiciones,

no les queda un solo instante para hojear el *Evangelio*, ni las *Epístolas de San Pablo*, ni otros sagrados textos; porque, mientras gastan el tiempo en las escuelas con tales tonterías, están persuadidos de que son las columnas de la Iglesia, cuyo edificio, si no fuera por ellos, se vendría abajo, y de que sus silogismos son los puntales que lo sostienen, del mismo modo que los hombros de Atlas sostienen al mundo, según dicen los poetas.

Fácilmente comprenderán ustedes cuán viva es la satisfacción que experimentan cuando interpretan y modifican a su antojo los pasajes más abstrusos de la Escritura, que son para ellos blandos como la cera; cuando pretenden que a sus conclusiones, autorizadas con el parecer de algún otro de su calaña, se las tenga por superiores a las leyes de Solón y se prefieran a los decretos de los Pontífices, y cuando, de igual suerte que si fueran los censores del mundo, obligan a retractarse a cuantos no se sometan incondicionalmente a sus proposiciones, explícitas o implícitas, o no digan *amén*

cuando, a manera de oráculos, proclaman que tal afirmación es escandalosa, que la otra es poco reverente, que aquella trae olor de herejía, y que la de más allá es malsonante, pues hemos llegado a unos tiempos en que ni el bautismo, ni el Evangelio, ni la doctrina de san Pablo y san Pedro, ni la de san Jerónimo, ni la de san Agustín, ni la del mismo santo Tomás, el gran aristotélico, bastarán para formar un cristiano si no cuenta con la aprobación de estos bachilleres: ¡tanta es la profundidad de sus juicios!

¿Quién habría de sospechar, si estos sabios no se lo enseñasen, que deja de ser cristiano aquel que piense que es indiferente decir «el que cree el dogma» y «el que crea el dogma», o «los ángeles condenados» y «los condenados ángeles»? ¿Quiénes librarían a la Iglesia de las densas tinieblas del error, del cual nadie se percataría, si no lo hubiesen mostrado estos célebres varones?

Los teólogos, además, describen tan minuciosamente todo lo que se refiere al Infierno, que no parece sino que han vivido en aquellas regiones durante largos años, y, no contentos con

ello, pintan a su capricho los mundos ultraterrenos, sin olvidarse de ponderar la enorme amplitud y la sin igual belleza del Paraíso, con el fin de que no vaya a creerse que ha de faltar espacio a las almas escogidas para pasearse a sus anchas, para celebrar banquetes y aun para jugar a la pelota. En fin, tan cargadas de necesidades están las cabezas de estos hombres, que presumo que no lo estaba más la de Júpiter cuando, al ir a dar a luz a Minerva, pedía por favor el hacha de Vulcano; por esto no deben ustedes sorprenderse cuando en los públicos certámenes contemplan sus cráneos tan excesiva y cuidadosamente cubiertos, porque, si no fuera así, es seguro que se les abrirían en mil pedazos.

Yo misma suelo reírme de ellos alguna que otra vez, al observar que únicamente se tienen por teólogos consumados cuando consiguen hablar lo más dura y bárbaramente que sea posible, cuando se expresan con tal oscuridad, que por nadie, a no ser por los de su pandilla, logran ser entendidos, y cuando llaman *agudeza singular* todo aquello que el vulgo no

comprende, pues dicen que es indigno de los Sagradas Escrituras someterse a las leyes de la Gramática; admirable excelencia de los teólogos, si solo a ellos les fuera dado hablar incorrectamente y no compartiesen tal privilegio con muchos remendones.

Por último, les falta muy poco para considerarse iguales a los dioses cuando se les saluda casi religiosamente con las palabras *Magister Noster*¹⁸, en las cuales creen hallar cierto sentido tan misterioso como el que hallan los judíos en el *tetragramaton* o nombre de Jahvé, y por eso reputarían como un delito no escribir aquella frase con mayúsculas; pero si, además, invirtiendo las palabras, alguien dijese *Noster Magister*, sería bastante para que solo por ello creyesen trastornada toda la majestad del prestigio teológico.

¹⁸ «Maestros nuestros».

Los frailes

Muy parecida a la feliz condición de los teólogos es la de aquellos otros que se dan los nombres de *religiosos* y *frailes* o *monjes*, denominaciones en extremo impropias, porque buena parte de ellos distan mucho de la religión, y no hay otros que sean menos *monjes*, es decir, eremitas, porque se los ve por todas partes.

No concibo que pudiera haber quienes fuesen más desgraciados, si yo no acudiera en su auxilio de mil modos, pues, aunque la gente los deteste hasta el punto de que, si los encuentra al paso, crea decididamente que es señal de mal agüero, ellos, sin embargo, se hallan grandemente

satisfechos de sí mismos. Estiman, en primer lugar, como signo de la suma devoción, estar tan ayunos de toda clase de estudios, que no sepan ni siquiera leer; además, cuando cantan los salmos, pronunciados pero no entendidos, y braman en el templo con sus voces de asnos, tienen la firme persuasión de que los oídos de Dios están recibiendo dulcísimo y singular placer. Se ven algunos entre ellos que alardean de pobreza y de miseria, y van pidiendo a voz en grito el pan de puerta en puerta, sin dejar albergue, carruaje ni navío que no asalten con no poco perjuicio de los otros mendigos; pero, hombres sumamente llanos, pretenden ofrecernos, aunque a su manera, una imagen de los Apóstoles con su desaseo, con su ignorancia, con su ordinariez y con su despreocupación.

Nada hay más divertido que ver cómo todo lo hacen conforme a preceptos determinados, como si sus actos estuvieran sujetos a reglas matemáticas, cuya omisión implicase sacrilegio; ellos han fijado el número de nudos con los que se han de atar los zapatos, el color del cinto, las

varias ropas que han de vestir, la materia y la longitud del cingulo, la forma y las dimensiones de la cogulla, los dedos de largo que ha de tener el pelo y cuántas horas han de dormir; pero, no obstante tal uniformidad, ¿quién no comprende las muchas diferencias que ha de haber, siendo como son tan diversas las personas y los genios? A pesar de estas pequeñeces, no solamente creen que a su lado los demás no tienen valor alguno, sino que también contienden entre sí, porque estos hombres, que dicen practicar la caridad apostólica, si ven, por casualidad, en otro de su orden un cinturón distinto del suyo o un hábito de color un poco más oscuro que el del que ellos gastan, arman grandes problemas.

Algunos hay tan rígidamente religiosos, que llevan de cilicio las vestiduras exteriores, aunque la ropa interior sea de finísima tela de Miliesia; otros, por el contrario, van por fuera vestidos de fino y por dentro de lana; otros huyen del contacto del dinero como del de una hierba venenosa, pero no del de las mujeres ni del vino; en fin, todo su afán es no hacer nada con arreglo a los

usos ordinarios de la vida. Su constante preocupación no es imitar a Cristo, sino diferenciarse entre sí, y, por eso, gran parte de su orgullo lo cifran en los sobrenombres, pues mientras los unos se envanecen llamándose *franciscanos* (ya sean *recoletos*, *menores*, *mínimos* o *bulistas*), los otros prefieren denominarse *benedictinos*, o *bernardos*, o *brigidenses*, o *agustinos*, o *guilhermitas*, o *jacobitas*, como si no les pareciese suficiente llamarse *cristianos*.

Muchos de ellos dan tan excesiva importancia a sus prácticas y costumbres, que se diría que un solo Paraíso lo consideran como escasa recompensa de tantos méritos, sin pensar jamás en que Cristo desprezará en la otra vida todas estas futilidades para exigir solamente que se haya cumplido su precepto, a saber: la caridad. Entonces, uno presentará su panza rellena de toda clase de pescados; otro, cien quintales de salmos; otro contará sus millares de ayunos y querrá hacer creer que tiene el estómago destrozado por haber comido más de una vez; otro sacará a relucir un montón tan grande de

ceremonias, que se podrían transportar en siete naves, aproximadamente; otro se vanagloriará de que en sesenta años no tocó moneda, como no fuese con las manos doblemente enguantadas; otro mostrará su cogulla, tan sucia y grasienta, que ni un perro podría llevarla en la boca; otro recordará que durante más de once lustros hizo vida de esponja, sin moverse del mismo sitio; otro ostentará su ronquera contraída a fuerza de cantar las divinas alabanzas; otro, el letargo que adquirió por consecuencia de la soledad; otro, la torpeza de lengua por causa del freno del silencio, y Cristo, al ver que no llevan camino de acabar las ponderaciones que hacen de sus merecimientos, les interrumpirá diciéndoles: «¿De dónde salen ustedes, nueva casta de judíos? En verdad les digo que yo no conozco más que mi Ley, que es lo único de que no les oigo hablar. Bien claramente, y sin velarlo con ninguna clase de parábola, prometí la herencia de mi Padre; pero no a las cogullas, ni a los votos, ni a las abstinencias, sino a las obras de fe y de caridad. Yo en nada estimo a aquellos que tanto se estiman a sí

mismos, y quienes se crean más perfectos que yo vayan, si les place, a llenar los trescientos sesenta y cinco cielos de Basíides, o pidan que les hagan uno para ellos solos a los que dieron mayor importancia a sus costumbres y tradiciones que a mis preceptos». Cuando oigan esto y vean que los barqueros y los carreteros son preferidos a ellos, ¿con qué caras, díganme, se mirarán los unos a los otros? Pero entretanto, y no sin mi ayuda, son felices con su esperanza.

Aunque es cierto que viven alejados del mundo, no hay nadie, sin embargo, que se atreva a molestarlos, especialmente si se trata de los mendicantes, pues por la confesión están muy al tanto de todos los secretos, los cuales no les es lícito descubrir, como no sea cuando, después de haber empinado el codo, quieren pasar un rato contando anécdotas amenas, y, aun así, dicen las cosas para que se entiendan por conjeturas, pero callando los nombres. Mas si alguien irritase a uno de estos zánganos de colmena, entonces se vengaría bonitamente de él en el sermón, aludiéndole con indirectas tan poco

veladas, que solo dejaría de entenderlas aquel que no pudiera entender nada, y no cesaría de quitarle el pellejo mientras no le echara algún hueso para taponarle la boca.

Y ¿qué cómico o qué charlatán callejero puede ser más entretenido que estos hombres cuando en sus sermones imitan a los retóricos de un modo completamente ridículo, pero divertidísimo, y procuran seguir las reglas del arte de hablar que aquellos enseñaron? ¡Oh, dioses inmortales! ¡Qué manera de gesticular!, ¡qué propiamente cambian el tono de voz!, ¡cómo modulan!, ¡cómo se pavonean!, ¡cómo vuelven sus miradas a los unos y a los otros, y qué gritos dan tan destemplados! En este sistema de predicar van iniciando los profesos a los novicios como si fuera un conjunto de misterios, y, aunque a mí no me sea dado conocerlo, voy a decirles de él lo que por ciertos indicios he podido deducir.

Primer punto: empiezan haciendo una invocación, cosa que han ido a pedir prestada a los poetas.

Segundo punto: para el exordio, si han de disertar respecto de la caridad, se remontan al Nilo de Egipto; si han de narrar los misterios de la Cruz, hallan un feliz comienzo en el recuerdo de Bel, famoso dragón de Babilonia; si han de hablar del ayuno, principian trayendo a colación los doce signos del Zodíaco; si de la fe, hacen una larga introducción acerca de la cuadratura del círculo. Una vez oí yo a un insigne estulto (me equivoqué, *docto*, quise decir) que había de predicar ante una audiencia numerosa sobre el misterio de la Santísima Trinidad, y, como quisiera demostrar que su ciencia no era vulgar y, al propio tiempo, acariciar el oído a los teólogos, tomó un camino completamente nuevo, y se dio a discurrir acerca de las letras, de las sílabas y de las oraciones; después, acerca de la concordancia del nombre con el verbo; luego, acerca de los adjetivos y sustantivos, hasta el extremo de que casi todos los oyentes estaban ya como quien ve visiones, y aun no faltó alguno que murmurase aquel verso de Horacio: «¿A dónde va a parar con tanta imbecilidad?». Al cabo, deduje que, según él, la imagen de la Trinidad se halla tan

manifiesta en las reglas de la Gramática, que ningún matemático, valiéndose de sus figuras, alcanzaría mayor exactitud. Para hacer tal sermón, estuvo este architeólogo sudando la gota gorda nada menos que ocho meses, y hoy se encuentra más ciego que un topo, sin duda porque toda su clarividencia se le subió a la cúspide del entendimiento, y, sin embargo, al hombre no le entristece su ceguera, porque cree haber comprado la gloria por un precio sumamente económico. Otra vez oí también a un octogenario, tan rematadamente teólogo, que se diría que había renacido en él el mismo Scoto, y el cual, como se propusiera explicar el misterio que se oculta en el nombre de Jesús, demostró con admirable sutileza que en las letras de aquel nombre se encierra cuanto de Jesús puede decirse. En efecto, la palabra *Jesús*, como no tiene más que tres desinencias en la declinación latina, está indicando por esto solo, y de un modo evidente, que es un símbolo de la Trinidad; la primera, que es *Jesus*, termina en *s*; la segunda, *Jesum*, en *m*, y la tercera, *Jesu*, en *u*; ahora bien, en este misterio inefable se halla el quid de la cuestión, porque,

sin duda alguna, las tres letras de las respectivas terminaciones nos dicen que *Jesús* es lo *Sumo*, el *Medio* y lo *Último*, o sea, el fin. Pero aún falta lo mejor, aunque sea más recóndito que cálculo matemático. La palabra *Jesús* —decía— se divide en dos partes iguales, quedando en medio la *s*; esta letra es la ש (syn) hebrea, y, como *syn* en escocés quiere decir *pecado*, bien claramente se ve que esto significa que Jesús había de ser quien quitase los pecados del mundo. Tan estu-penda deducción les dejó a todos de una pieza, singularmente a los teólogos, a los que les faltó poco para convertirse en piedra, como Níobe, y a mí, de la risa que me dio, estuve a punto de que se me aflojasen las entrañas como a Príapo al contemplar una noche las odiosas brujerías de Canidia y Sagana. Motivo, ciertamente, hubo para ello, porque, ¿cuándo se vio tan fantástico exordio en boca de Demóstenes el griego o de Cicerón el latino? Les parecía a estos defectuoso todo proemio cuya materia fuera extraña al objeto de la oración, idea que hasta un porquerizo comprendería sin otro auxilio que el de sus luces naturales; pero los doctos de ahora entienden

que sus *preámbulos* (así los llaman) solamente serán dignos de las alabanzas de los retóricos brillantes cuando no tengan la más remota relación con el resto del discurso, o cuando el maravillado oyente murmure entre sí: «¿A dónde irá este a parar?».

Tercer punto: si en la exposición citan, por casualidad, algún pasaje del Evangelio, lo comentan de prisa y corriendo, cuando solo de esto debieran ocuparse.

Cuarto punto: adoptando una nueva posición, promueven un tema teologal que, a veces, nada tiene que ver ni con el cielo ni con la tierra, cosa que, según parece, está recomendada por las reglas del arte, y, como a los teólogos les complace mucho oír los títulos rimbombantes de doctores *solemnes*, doctores *sutiles*, doctores *sutilísimos*, doctores *seráficos*, doctores *querúbicos*, doctores *santos*, doctores *irrefragables*, entonces quieren deslumbrar al vulgo ignorante con un diluvio de silogismos, mayores, menores, conclusiones, corolarios, suposiciones y otra porción de insulsas majaderías archiescolásticas.

Después de lo cual llega el quinto y último punto, en el que conviene mostrarse como consumado maestro; para ello, cuentan alguna fábula necia y soez, sacada del *Speculum historiale* o de las *Gesta romanorum*, y la interpretan alegórica, tropológica y anagógicamente, y con esto dan fin a la quimera que han forjado, tan grandemente disparatada, que, a su lado, quedaría en nada el «*Humano capiti*» de Horacio¹⁹.

Aprendieron de no sé quién que el exordio ha de ser sosegado, y que debe pronunciarse sin levantar mucho la voz, y de aquí que digan los exordios de sus sermones de tal modo que no lo oyen ni ellos mismos, como si se hubiesen propuesto que nadie pudiera entenderlos; aprendieron, además, que, a veces, para mover el ánimo, se han de usar exclamaciones, y, por eso, siguiendo tal precepto, salen dando unos gritos formidables, sin fijarse en si lo requiere la ocasión, y, aunque les digan que están locos y que harían bien en reposar, clamarán en vano,

¹⁹ Cita de la línea inicial del *Arte poética* de Horacio: «Si a la cabeza de un hombre...».

porque les oirán como el que oye llover; aprendieron, asimismo, que es conveniente que el acento vaya aumentando en vehemencia, por lo cual en algunos períodos, cuyos comienzos no los pronunciaron del todo mal, empiezan de repente a gritar como energúmenos, aunque el asunto sea frívolo y sin sustancia; pero, en cambio, cuando los terminan, cualquiera creería que les falta el aliento. Por último, han aprovechado también las obras de los retóricos que trataron de la risa, y por esta razón procuran salpimentar sus sermones con algunos chistes que son, por Venus, tan graciosos y oportunos, que verdaderamente ustedes dirían al oírlos estar viendo a un asno cantando al son de la lira. A las veces, son mordaces; pero, aun en este caso, halagan más bien que lastiman, porque nunca parecen más lisonjeros que cuando quieren dar a entender que hablan francamente y sin ambages. Finalmente, de tal manera se ajustan siempre a este estilo, que ustedes jurarían que lo han aprendido de los charlatanes de plazuela, a los cuales aventajan en mucho, aunque bien mirado unos y otros se llevan tan poco, que nadie

sabría decidir quién a quién le enseñó el oficio, si los charlatanes a estos retóricos o estos retóricos a los charlatanes.

Y, sin embargo, gracias a mí, hallan personas que, al escucharlos, creen estar oyendo a Demóstenes o a Cicerón. Entre tales personas, se encuentran, principalmente, los comerciantes y las mujeres, a quienes procuran hablarles solo de lo que les agrada; a los unos, porque, si son adulados oportunamente, suelen compartir con ellos los bienes mal adquiridos, y a las otras, porque saben muchos de sus secretillos y, sobre todo, porque a ellos les van a contar sus penas cuando tienen alguna queja de sus maridos.

Supongo que ustedes habrán visto con claridad lo mucho que me deben estos hombres que, con unas cuantas fórmulas, gritos y ridículas simplezas, se creen iguales a san Pablo y a san Antonio, y ejercen una especie de tiranía sobre los mortales.

Los reyes y los príncipes

Pero dejemos ya en buena hora a esos histriones que con tanta ingratitud disimulan mis beneficios cuanto audazmente fingen la devoción, pues hace rato que deseo hablar de los reyes y los príncipes, de quienes recibo culto muy sincero; y voy a tratar el asunto con cierta libertad, como es propio de las personas independientes.

Si alguno de los que he nombrado tuviera un solo ápice de sensatez, no habría vida más triste que la suya ni que diera tantos motivos para renunciar a ella; y, además, si meditase seriamente en lo inmenso de la carga que echa sobre sus hombros el que quiere proceder como

verdadero rey, no creería que la corona sea bastante para compensar la perfidia o el parricidio; porque aquel que recibe la misión de gobernar los pueblos ha de ocuparse de los intereses comunes, no de los suyos; ha de pensar exclusivamente en la utilidad general, pues, siendo al mismo tiempo autor y ejecutor de las leyes, no debe apartarse de ellas ni un momento, y ha de procurar, en fin, que se vea en su persona una garantía de la integridad de los ministros y magistrados. Como en él están fijas todas las miradas, puede ser o el astro propicio por cuya influencia se difundan las buenas costumbres y el público bienestar, o el funesto cometa que acarrea calamidades sin cuento, porque los defectos de un particular cualquiera ni trascienden del mismo modo, ni tienen tan amplia influencia; mas los del rey, por venir de quien vienen, con poco que se separen de la virtud, al punto arrastran, como la peste, la suerte de muchos hombres. Hay en la propia condición o estado de los reyes varias circunstancias que suelen desviarlos del camino recto, como son, por ejemplo, los placeres, la independencia, la

adulación y el lujo, contra las cuales se han de prevenir enérgicamente y con cuidado sumo, con el fin de que nunca se expongan a ser víctimas del engaño o a faltar a su deber.

Hago caso omiso de las intrigas, de los odios, del miedo y de otros muchos peligros que los rodean, para decir tan solo que por encima de los reyes hay otro rey, que les pedirá cuenta de sus más mínimas acciones, y que será con ellos tanto más severo cuanto mayor poder hayan tenido; digo que es tan grande su responsabilidad, que, si los reyes consultasen con su conciencia (me refiero, claro es, a los que la tengan), es seguro, a mi juicio, que no podrían comer ni dormir tranquilos; pero, gracias a mi auxilio, los dioses inmortales los eximen de estas preocupaciones y cuidan de que vivan dulcemente, haciendo que no den oídos más que a quienes les hablan de cosas divertidas y que no despierten inquietudes en su ánimo.


Creen los reyes realizar cumplidamente su misión cazando a menudo, sosteniendo hermosos caballos, vendiendo en beneficio propio los

cargos públicos, buscando diariamente nuevos pretextos para aligerar el bolsillo de los súbditos y rellenar los suyos, y hallando oportunidad para crear títulos que, aunque sean injustos sobre toda ponderación, traigan, sin embargo, cierta apariencia de equidad y de justicia, a lo cual agregan algunos halagos al pueblo para tenerle propicio. Pero imaginémosnos un monarca, como hay muchos, absolutamente desconocedor de las leyes; casi enemigo del provecho del pueblo; preocupado solamente de su personal utilidad; entregado a los placeres; que aborrezca la ciencia, la libertad y la verdad, al que nada le importe menos que ver próspero a su Estado y que solo atienda a sus logros y caprichos; pongamos a este rey de nuestro ejemplo el áureo collar, que indica la unión y armonía de todas las virtudes; la corona guarnecida de piedras preciosas, que le recuerda la obligación en que está de superar a los demás en la práctica del bien; el cetro, que significa la justicia y la rectitud constante a que su ánimo ha de estar dispuesto, y, en fin, la púrpura, emblema del cielo que ha de sentir por

Erasmus de Rotterdam

el público interés; y, si este monarca comparase tales atributos con su conducta, sospecho que habría de abochornarse de sus atributos y aun temer que algún socarrón fuera a convertir en risa y chacota el simbolismo de tan augusta indumentaria.

Los cortesanos

 Y qué puedo decirles de los cortesanos, hombres que pretenden ser los primeros en todo, aunque en su inmensa mayoría sean los más apasionados, los más serviles, los más necios y los más despreciables? En una cosa, no obstante, son modestos hasta lo sumo, a saber: en que, contentándose con vestirse de oro, de joyas, de púrpura y demás insignias de la sabiduría y de la virtud, dejan a los otros el ejercicio de estas cualidades.

Tales gentes se consideran extraordinariamente felices solo con poder llamar al rey *el Señor*; con haber aprendido las fórmulas y etiquetas del saludo; con saber perfectamente si el

tratamiento que corresponde es el de *Serenísimo*, el de *Augusto* o el de *Majestad*, con poner siempre buena cara y con poseer el arte de adular con donaire, que estas son las prendas que convienen a los nobles y cortesanos.

Por lo demás, si nos fijamos en su singular género de vida, hallaremos que son, sin duda alguna, la viva imagen de los indolentes y simples feacios, o «de los ilusos pretendientes de Penélope» que dijo Horacio..., y el resto del verso *Eco* lo podrá recitar mejor que yo. Duermen, en efecto, hasta mediodía; y a esa hora, y casi sin salir de la cama, oyen una misa que deprisa y corriendo les dice junto al lecho un capellán asalariado; toman enseguida el desayuno, y, apenas lo han despachado, ya están pidiendo la comida; de sobremesa, vienen el juego, los dados, las apuestas, las bufonadas, las necedades, las mujeres, los deportes y las groserías, y entre hora nunca falta alguna merienda. Luego, llega la cena, y tras la cena la bebida, no escasa, por Júpiter; y de este modo, sin sentir el menor cansancio, se pasan en los

palacios las horas, los días, los meses, los años y los siglos. Yo misma, en ocasiones, siento verdaderas náuseas al ver entre estos pavos reales a una dama que se cree tanto más próxima a los dioses cuanto más larga es la cola que arrastra, o al contemplar a un prócer que se abre paso a codazos y a empellones para colocarse lo más cerca posible de Júpiter, o al observar, en fin, que cada cual siente tanta mayor satisfacción cuanto más pesada es la cadena que se cuelga al cuello, cual si, más bien que la riqueza, tratase de acreditar la robustez de las espaldas.

Los obispos

Muy parecida a la conducta de los reyes es la que hace tiempo vienen observando los pontífices, cardenales y obispos, y aun podría decirse que les sacan ventaja.

¡Ah!, si algún prelado pensase en que las vestiduras de lino, con su candor de nieve, son representación de vida honesta y ejemplar; que la mitra bicornes, con sus extremidades unidas por un nudo, significa que en quien la lleva ha de juntarse la ciencia del Antiguo y del Nuevo Testamento; que las manos revestidas de guantes quieren decir que deben estar protegidas contra todo contagio de los intereses terrenos

e inmaculadas para la administración de los Sacramentos; que el báculo indica el cuidado diligentísimo que se ha de tener con la grey, y el pectoral, el triunfo sobre todas las pasiones; si en tales cosas –digo–, y en otras similares, meditasen algunos, ¿no llevarían una vida amarga y llena de inquietudes? Sin embargo, obran más cuerdamente dedicándose a ser pastores de sí mismos y dejando al mismo Cristo la guarda de las ovejas, o delegando sus funciones en los frailes y vicarios, sin acordarse siquiera de que la palabra *obispo* vale tanto como *trabajo*, *desvelo* y *solicitud*, pues solo si se trata de atrapar dinero es cuando son pastores de verdad, y no ciertamente de los que se duermen en las pajas.

Los cardenales

Del mismo modo, si los cardenales tuvieran presente que son los sucesores de los Apóstoles, se exigirían a sí mismos la propia conducta que aquellos observaron, y, por tanto, no habrían de creerse dueños, sino meros administradores del patrimonio espiritual, de cuya gestión están ya todos ellos muy próximos a rendir cuentas.

Con solo que se fijasen un poco en sus ornamentos y reflexionasen en la significación de su blanco vestido, ¿no verían que indica la mayor y más perfecta pureza de costumbres?, ¿no verían que la púrpura es emblema del ferviente amor de Dios? Y, cuando contemplen

aquel ropaje exterior, flotante y amplísimo, bajo el cual desaparece la mula de Su Eminencia (y aun bastaría para cubrir a un camello), ¿no comprenderán que simboliza la infinita caridad cristiana de que han de hallarse dotados para auxiliar a todos, dirigiéndolos, exhortándolos, consolándolos, corrigiéndolos, amonestándolos, dirimiendo las discordias, protegiendo al débil contra los excesos del poderoso, y dando, en fin, espontáneamente, no solo sus riquezas, sino también su sangre, en obsequio de la grey cristiana? Aunque, si bien se mira, ¿por qué razón han de tener riquezas los sucesores de los pobres Apóstoles?

Repito que, si meditasen en todo esto, no sentirían la ambición, o, si la sintieran, renunciarían a ella de buena voluntad, con lo cual su vida sería más laboriosa y más diligente, como lo fue la de los discípulos de Jesús.

Los papas

Si los sumos pontífices, que en la tierra representan a Cristo, procurasen imitarle en la pobreza, en los trabajos, en la doctrina, en los sufrimientos y en el desprecio de la vida; si pensasen en que el nombre *papa* quiere decir *padre*, y repasasen en el título de *santísimo* que ostentan, ¿quién viviría más acongojado? ¿Quién pondría todo su empeño en alcanzar la tiara a tanta costa, ni quién, después de alcanzada, querría conservarla, hasta por medio del acero, del veneno y de todo género de violencias? ¡De cuántas dulzuras habrían de privarse, si alguna vez pasara por ellos el soplo de la sabiduría! ¿De la sabiduría, dije? Bastaría

una partícula de ella, aunque fuese del tamaño de aquel grano de sal de que habla el Evangelio, para que vieran qué poco les hacen falta tantos bienes, tantos honores, tantos triunfos, tantos cargos, tanto manejo de tesoros, tantos tributos, tantas indulgencias, tantos caballos, mulas y escoltas, tantas comodidades... (ya comprenderán ustedes el trajín, el trabajo y el cúmulo de riquezas que todo esto supone); porque, en lugar de ello, vendrían las vigias, los ayunos, las lágrimas, las oraciones, la enseñanza de la palabra divina, el estudio, las ansiedades y otras mil suertes de graves pesadumbres. Preciso es, sin embargo, no olvidar que, con semejante cambio, se condenaría a morir de hambre a los innumerables escribanos, copistas, notarios, abogados, promotores, secretarios, muleros, caballeros, tesoreros, zurcidores de voluntades (alguno más vergonzoso agregaría, si no temiese ofender sus oídos), y, en suma, a toda la inmensa muchedumbre, que es tan onerosa (me equivoqué, quise decir *honrosa*) para la Sede Romana, lo que, ciertamente, sería cruel y abominable, aunque todavía lo sería

mucho más restituir al cayado y al zurrón a los príncipes supremos de la Iglesia, verdaderos luminares del mundo.

Así es que hoy día todo aquello que implica algún trabajo se lo encomiendan a san Pedro y a san Pablo, que tienen sobrado tiempo para estas cosas; pero todo cuanto sea esplendor y regalo lo toman para sí, lo que, sin duda, es obra mía; y, por eso, difícilmente se encontrará quien viva con más placidez y con menos cuidados, pues están convencidos de que Cristo se halla muy satisfecho de su conducta, viéndoles cómo representan el papel de pastores; cómo se visten con sus ornamentos sagrados y casi teatrales; cómo ejecutan sus ceremonias; cómo reciben los tratamientos de *Beatíficos*, *Reverendos* y *Santos*, y cómo reparten bendiciones y maldiciones. Ellos consideran que hacer milagros es arcaico e impropio de estos tiempos; que enseñar al pueblo es penoso; que interpretar y explicar las Sagradas Escrituras es cosa de escolares; que rezar es de gente desocupada; que llorar es de débiles y de mujeres; que trabajar es de

plebeyos; que someterse es vergonzoso e indigno de quienes alguna vez conceden a los reyes, aun siendo de los más poderosos, la merced de consentirles besar sus santos pies; que morir es poco apetecible, y que ser crucificado es infamante. Sus únicas armas son las dulces bendiciones de que nos habla san Pablo, y aquellas otras, de admirable benignidad, que se llaman *interdicciones, suspensiones, agravaciones, re-
agravaciones, anatemas, conminación con las venganzas y castigos eternos*, y, especialmente, *el rayo de la excomunión*, cuyo solo centelleo basta para lanzar las almas más allá del Tártaro, arma que los santísimos padres en Cristo y vicarios suyos contra nadie esgrimen con tanto rencor como contra aquellos que, tentados del diablo, osan disminuir o intentan menoscabar el patrimonio de san Pedro, pues, aunque este haya dicho, según el Evangelio, «todo lo hemos dejado para seguirte», hoy se entiende que su patrimonio son las tierras, las ciudades, los tributos, los puertos y el señorío, por los cuales los sucesores del Apóstol, inflamados en el amor del Divino Maestro,

combaten con el fuego y con el hierro, no sin gran sacrificio de la sangre de los cristianos, pero persuadidos de que defienden apostólicamente a la Iglesia, esposa de Jesucristo, cuando exterminan sin piedad a los enemigos de ella, ¡como si hubiese enemigos más encarnizados de la Iglesia que esos impíos pontífices, que con su silencio contribuyen a borrar la memoria de Cristo, sin perjuicio de invocarlo cuando de luchar se trata, de interpretarlo a su capricho y de inmolarlo con sus costumbres perniciosas! Mas, como dicen que la Iglesia cristiana fue fundada con sangre, consolidada con sangre y aumentada con sangre, creen ser sus defensores llevándolo todo a sangre y fuego, como si pudiera faltarle en algún momento la protección de Cristo, que siempre veló por los suyos.

Por eso, aunque la guerra sea tan cruel que, más bien que de los hombres, es cosa de las fieras; tan insensata que los poetas la pintan como un engendro de las Furias; tan funesta que pervierte e impurifica las costumbres públicas; tan injusta que los mayores criminales son los que la hacen mejor, y tan impía que

no tiene la menor relación con la doctrina de Cristo, los pontífices, sin embargo, olvidándose de esto, practican precisamente todo lo contrario, y de aquí que se vean ancianos decrepitos, animados de un verdadero vigor juvenil, a quienes no les asustan los gastos, ni les fatigan las penalidades, ni les acobarda perturbar a su antojo las leyes, la religión, la paz y todos los órdenes humanos, y a los que no les faltan aduladores sabihondos, que, a tan manifiesta insensatez, den los nombres de *celo*, *piedad* y *fortaleza*, sosteniendo que herir y arrancar con el hierro homicida las entrañas de sus hermanos es procedimiento ejemplar, que deja incólume aquella excelsa caridad que, según el precepto evangélico, debe al prójimo todo cristiano.

Los obispos germánicos

Confieso que, hasta ahora, no he podido saber con certeza si todas estas cosas las tomaron los papas de algunos obispos germánicos, o si estos las tomaron de los papas, pues tales obispos, prescindiendo con candor admirable del rito, de las bendiciones y demás ceremonias de este tipo, aparecen como verdaderos sátrapas, hasta el extremo de que consideran una cobardía, y poco digno del decoro episcopal, entregar a Dios su espíritu esforzado de otro modo que peleando como guerreros. Lo peor es que la generalidad de los clérigos cree que no le es lícito desmerecer de la santa virtud de sus dirigentes, y por eso, ¡¡por Dios!, infla-

mados en bélico ardor, defienden los diezmos con la espada, con los dardos, con las piedras y con todas las armas imaginables. ¡Qué vista de águila demuestran cuando, interpretando como les parezca algún antiguo texto, aterran a las gentes sencillas, convenciéndolas de que el diezmo no es el único tributo que tienen que pagar! Pero jamás les pasa siquiera por la cabeza lo que a cada instante se lee en los libros que tratan de su ministerio, a saber: que ellos, a su vez, están obligados a ser los protectores del pueblo, pues la corona no les sirve ni aun para recordarles que los sacerdotes han de despojarse de todas las ambiciones del mundo y no pensar más que en las cosas del Cielo.

Sin embargo, hombres simpáticos, se tienen por justos y por exactos cumplidores de su sacerdocio, solo porque saben murmurar los rezos de cualquier modo, aunque me admira, en verdad, que Dios los oiga o los entienda, puesto que ellos mismos ni los entienden ni los oyen, a pesar de recitarlos a gritos.

En una cosa se parecen los sacerdotes a los laicos: en la exquisita atención con que cuidan de la hacienda y en el conocimiento de los derechos que en tal respecto les asisten; pero, si se trata de alguna carga enojosa, la dejan caer prudentemente sobre hombros ajenos, y unos a otros se la van echando como pelota. Porque del mismo modo que los reyes delegan los asuntos de la administración del Estado en sus lugartenientes, y estos en sus sustitutos, así los sacerdotes, por pura humildad, es claro, encomiendan al pueblo las atenciones de la devoción; pero el pueblo las encomienda, a su vez, a los otros clérigos, como si él no tuviera la menor relación con la Iglesia y fuesen papel mojado las promesas hechas en el bautismo; los clérigos que a sí mismos se llaman *seculares*, como si estuvieran iniciados en las cosas del mundo y no en las de Cristo, desvían ese peso a los regulares; los regulares, a los monjes; los monjes menos rigurosos, a los más observantes; unos y otros, a los mendicantes, y los mendicantes, a los cartujos, que tienen la fama de ser los únicos que guardan la

devoción, aunque la guarden tan cuidadosamente que sea poco menos que imposible topar con ella. De la misma suerte, los pontífices, diligentísimos en la recaudación del dinero, dejan a los obispos todos aquellos menesteres que consideran demasiado apostólicos; los obispos los dejan a los párrocos; los párrocos, a los vicarios; los vicarios, a los frailes mendicantes, y estos, por último, los ponen en manos de quienes entienden el oficio de trasquilar a las ovejas.

Pero, en fin, no es mi propósito, ciertamente, sacar a relucir las costumbres de los pontífices y de los sacerdotes, no vaya a creer algún mal pensado que estoy urdiendo una sátira en lugar de hacer un elogio, ni vaya alguien a suponer que censuro a los príncipes justos y hago, en cambio, la apología de los malos.

La Fortuna favorece a los estultos

Por cuanto llevo dicho, aunque tratado muy a la ligera, se verá con toda claridad que no existe ningún mortal que pueda vivir dichoso, si no está iniciado en mi culto sagrado y no cuenta con mi protección.

Pero desearán ustedes saber qué razón existe para que la Fortuna, esa Némesis que lleva la felicidad a todas las cosas de la vida, proceda conmigo tan de común acuerdo que haya sido siempre la mayor enemiga de los sabios, mientras que a los necios les proporciona mil tipos de satisfacciones hasta cuando duermen.

Tendrán ustedes noticia de aquel Timoteo, por quien se dijo «dormir y la red henchir», y también habrán oído alguna vez la frase «nacer de pie»; por el contrario, a los sabios les cuadra mejor lo que llama el pueblo «trabajar para el obispo», o «tener el santo de espaldas», o «haber pisado una mala hierba». Mas dejémonos de proverbios, para que no se diga que estoy expoliando el *Adagiorum Opus* de mi querido Erasmo, y volvamos al asunto.

Gusta la Fortuna de los hombres de poca cordura, y gusta, asimismo, de los que poseen mayor audacia, o sea, de los devotos de «la suerte está echada»; porque debo advertir que la sabiduría hace a las personas extremadamente tímidas, y por eso habrán ustedes observado que la generalidad de los sabios están pobres, enfermos y hambrientos y viven oscuros, olvidados y sin gloria, en tanto que los necios son seres a quienes les llueve el dinero, tienen en su mano el timón del Estado y triunfan a donde vayan. Si algún sabio sintiese el deseo de captarse la confianza del soberano, y de

lograr un puesto al lado de estos áureos y opulentos dioses, ¿qué le sería más inútil que el saber, o, mejor dicho, qué le perjudicaría más en el concepto de tales gentes? Si tratase de adquirir riquezas, ¿cómo habría de obtener lucro alguno, si, acorde con los preceptos de la sabiduría, le repugnase faltar a su palabra, se sonrojara al ser cogido en una mentira o experimentase angustia o el menor escrúpulo ante el hurto o ante la usura? Por la misma razón, aquel que ambicione las riquezas y los honores eclesiásticos los alcanzará mucho más pronto si procede como un asno o como un buey que si procede como un sabio; y, si quiere darse al placer, no debe olvidar que las mozas, que en tal comedia representan el principal papel, sienten decidida predilección por los necios, y que a los sabios no solamente no los aguantan a su lado, sino que los odian y huyen de ellos como del escorpión.

De todo lo cual se deduce que el que aspire a vivir medianamente divertido lo primero que debe hacer es poner a los sabios a honesta

distancia y preferir el trato de cualquier animal antes que el suyo. En suma, adondequiera que vuelvan ustedes los ojos, verán que los pontífices, los reyes, los jueces, los magistrados, los amigos, los enemigos, los grandes, los pequeños, todos, en fin, se desviven por el dinero, que, como es despreciado por los sabios, nada tiene de extraño que se aparte de ellos constantemente.

Opiniones de algunos autores en favor de la Estulticia: Horacio, Homero, Cicerón

Aunque mis alabanzas no tendrían término ni cuento, es preciso, sin embargo, que este discurso acabe de algún modo. Y aquí le daría por concluido, si no quisiera demostrar en dos palabras que no faltan grandes autores que han contribuido a mi esplendor tanto con sus libros como con sus actos; de esta suerte no podrá presumirse que soy yo sola la que me alabo neciamente, ni acusarme algún leguleyo de que no alego en mi apoyo las consabidas autoridades, pues, siguiendo su ejemplo, voy a citarlas, aunque,

también a ejemplo suyo, no tengan absolutamente la más mínima relación con la materia.

Comienzo, pues, recordando el conocidísimo adagio que dice que aquello de que se carece es lo que más conviene aparentar; por eso, cuerdamente, enseñan a los niños esta máxima: «Hacerse el tonto en ocasiones es el colmo de la sabiduría»; y de ello podrán ustedes conjeturar la inmensa virtud que posee la Estulticia, puesto que solo su engañosa sombra y mera imitación ha merecido de los doctos tantas alabanzas.

Horacio, aquel gordo y reluciente cerdo de la pira de Epicuro, aconseja, con mayor ingenuidad aún, que «se mezcle la necedad con la sensatez», aunque, agrega, en pequeña proporción y no con exceso de sabiduría; y en otro pasaje dice también que «es agradable tontear de vez en cuando», así como en otro afirma que «vale más pasar por extravagante y por bruto, que no por sabio desabrido».

Ya Homero, que ensalzó a Telémaco en todos respectos, le dio, por último, el nombre de

νήπιος, *párvulo*, que es con el que los autores dramáticos suelen denominar a los niños y a los adolescentes, por considerarlo de feliz augurio. ¿Qué es, en resumidas cuentas, el famoso poema de la *Ilíada*, sino el relato de los formidables furores que armaron entre sí los reyes y los pueblos necios?

En fin, Cicerón hizo de mí el mejor elogio cuando dijo que «el mundo está lleno de estúpidos», porque nadie ignora que un bien, cuanto es más general, es tanto más excelente.

Sigue el punto anterior.
Pasajes de la Sagrada Escritura en
apoyo de la Estulticia:
Textos del Eclesiastés, de Jeremías,
del Evangelio y de Salomón;
interpretación de ciertas palabras
de san Pablo

Como, acaso, los textos que acabo de citar tengan poca autoridad para los cristianos, voy, con su permiso, a apoyar y robustecer mis alabanzas con testimonios sacados de las Sagradas Escrituras, como acostumbran a hacer los doctos, previa, por supuesto, la venia de los teólogos, para que no le vean con malos ojos.

Y, considerando que la empresa que acometo es ardua, y que quizá sería excesivo volver a evocar a las Musas, estando tan lejos como están, sobre todo cuando les es ajeno este asunto, es posible que, mientras ejerza de teóloga y me halle metida en semejante lío, sea mejor que pida al alma de Scoto, que, por un momento, se traslade desde la Sorbona a mi espíritu, aunque enseguida este farsante, más áspero que el erizo, se vaya a donde le dé la gana, incluso a los mismísimos infiernos. ¡Ojalá pudiera cambiar de cara y revestirme de las insignias teológicas! Porque estoy temiendo que, al verme entregada a tan profundas teologías, alguien me acuse de hurto y sospeche que, habiendo tenido por tanto tiempo trato muy estrecho con los teólogos, se me haya pegado algo de su ciencia; recuerden que aquel Príapo tallado de la higuera llegó a retener algunas palabras griegas que escuchaba a su dueño cuando leía, y que el gallo de Luciano, a fuerza de vivir en la compañía de los hombres, acabó por hablar como ellos con facilidad y destreza. Vamos, pues, a la cuestión, y que los dioses me lleven de la mano.

Se escribe en el *Eclesiástico*, capítulo I: «Infinito es el número de los necios». Ahora bien: como se dice que tal número es infinito, ¿no incluyen ustedes en él a todos los mortales, fuera de unos pocos exceptuados, si es que alguno se halla en este caso, que yo no me atrevería a asegurarlo? Jeremías declara lo mismo con mucha mayor sinceridad, cuando dice en el capítulo X que la sabiduría es la que hace estúpidos a los hombres: «Todo hombre se ha vuelto necio por su propia sabiduría», de donde se deduce que el profeta solamente a Dios le concede aquella cualidad, mientras que la estulticia la ve en todos los nacidos, pues, un poco antes, había dicho también que no debe vanagloriarse el hombre de su sabiduría. ¿Por qué, incomparable Jeremías, por qué no quieres que el hombre se vanaglorie de su saber? Sin duda me contestarías que es porque el hombre no tiene saber alguno.

Pero vuelvo al *Eclesiastés*, en el cual, cuando se exclama «Vanidad de vanidades; todo es vanidad», ¿qué otra cosa imaginan ustedes que

se intenta expresar, sino que, como dije antes, la vida humana no es más que una comedia de estulticia, que, ciertamente, justifica la alabanza entusiasta de Cicerón, quien aseguró con mucho tino, como se ha visto, que el mundo está lleno de necios? Asimismo, en otro lugar del *Eclesiastés* se dice profundamente que «el estúpido cambia como la Luna, y que el sabio es siempre igual como el Sol», sentencia que indica que el género humano es totalmente estulto y que solo a Dios corresponde el nombre de *sabio*, pues así como por la Luna se representa a la naturaleza humana, por el Sol, fuente de toda luz, se representa a Dios. A esto hay que añadir que el mismo Cristo dice en el Evangelio que a nadie puede darse el nombre de *bueno* más que a Dios, y, por tanto, si todo el que no es sabio es estulto, y todo el que es bueno es también sabio, según la opinión de los autores estoicos, se infiere necesariamente que la estulticia comprende a todos los mortales.

Afirma Salomón, en el capítulo XV, que «la estupidez es el regocijo del estúpido», lo cual

equivale a confesar abiertamente que sin la estulticia no hay nada grato en la vida; del propio Salomón son también las palabras «Quien dijo *ciencia* dijo *dolor*, porque al mucho entendimiento corresponde el mucho enojo»; y el mismo regio predicador declaró abiertamente en el capítulo VII que «el corazón del sabio busca la tristeza, mientras que el corazón del necio busca la alegría». Debo notar que Salomón no se contentó con alcanzar la sabiduría, sino que quiso también cultivar mi trato, y, si se diese poco crédito a lo que digo, oigan las palabras que escribió en el capítulo I: «Y dejé a mi corazón que conociese la ciencia y la doctrina, el error y la estulticia». Cualquiera que se fije bien comprenderá que este pasaje debe colocarse entre las alabanzas de la necesidad, desde el punto y hora en que el autor la nombró en el último lugar, y saben ustedes perfectamente que, según el *Eclesiastés*, y conforme al ritual de la Iglesia, el que es primero en la dignidad es el que va detrás de todos, práctica que recuerda, sin duda, la conocida máxima evangélica.

Que la estulticia es preferible a la sabiduría, el autor del libro que acabo de citar, quienquiera que fuese, lo demuestra de un modo firme en el capítulo XLIV; pero no he de repetir el texto sin que ustedes mismos, ayudándome en esta inducción, me contesten a una pregunta que voy a hacerles, sistema que, como leemos en Platón, era el que empleaba Sócrates con las personas que con él discutían. Díganme: ¿qué es lo que más importa guardar: los objetos que son singulares y de mucho precio, o los que son comunes y de poco valor? Pero ¿por qué callan? Bien es cierto que, aunque no quieran responder, contestará por ustedes el proverbio griego que reza: «El cántaro a la puerta», con el que se da a entender que las cosas comunes y vulgares ni se estiman ni se guardan; y, para que nadie cometa la irreverencia de impugnarlo, sépase que quien lo dijo fue Aristóteles, dios de nuestros maestros. En efecto, ¿acaso habrá entre ustedes alguien tan necio que deje en la calle las joyas y el oro? No lo creo; por el contrario, los pondrá bajo siete llaves y en los secretos escondrijos de sus muebles más seguros, en

tanto que las cosas de poco precio no reparará en tenerlas a la vista de todo el mundo; entonces, si lo que vale mucho se esconde, y lo que vale poco no se guarda, ¿no es claro como la luz del sol que quien prohibiese ocultar la sabiduría y recomendase ocultar la estulticia sería porque, en su concepto, tiene la primera menos valor que la segunda? Pues aquí, en las siguientes palabras, está la prueba de que hay quien piensa de tal modo: «Más provechoso le es al hombre ocultar su estulticia que ocultar su saber». ¿Por qué razón las Sagradas Escrituras atribuyen al necio la pureza de alma, y no al sabio, que a nadie considera a su nivel? Se lee en el *Eclesiastés*, en el capítulo X, que «el estúpido, como es ignorante, a todo el que encuentra en su camino le cree también estúpido», pasaje que interpreto yo en el sentido de que no puede darse sencillez más adorable que la de igualar a todos consigo mismo, y no tener de sí concepto tan soberbio que impida reconocer en los demás las propias excelencias. Tal es el motivo de que Salomón, con ser tan ilustre monarca, no se avergonzó del apodo de

necio, puesto que se llamó «el más necio de los hombres», y de que san Pablo, el gran Apóstol de las gentes, dirigiéndose a los corintios, se diera de buen grado el mismo nombre, al decir que «hablaba como el mayor de los estultos», cual si estimase deshonroso que alguien le ganara en estulticia.

Quizá me salgan al paso algunos helenistas de esos que andan siempre con cien ojos en busca de errores, y emplean todo el tiempo en poner reparos a los teólogos y en desorientar a los demás en sus comentarios, que son a modo de un velo que ofusca la vista, y de cuya grey mi amigo Erasmo, a quien siempre menciono con respeto, es, si no el *alfa*, por lo menos la *beta*. «¡Oh —exclamarán estos al conocer la interpretación anterior del texto de san Pablo— qué cita más necia y verdaderamente digna de la Estulticia! Nada estaba más lejos de la mente del Apóstol que lo que tú imaginas, ni nunca quiso expresar con esa frase que se tenía por más estulto que los demás, pues lo que dijo fue que “los Apóstoles eran ministros de Cristo, y que él también lo era”,

como si hubiese querido manifestar que tenía a honra ser lo mismo que ellos; y aun agregó, por vía de aclaración, “y yo más”, estimándose no solamente igual a los otros Apóstoles en el celo del ministerio evangélico, sino un poco superior; ahora bien, como él lo sentía así, y deseando, sin embargo, que sus palabras no escandalizaran a las gentes por demasiado pretenciosas, tomó pretexto de la necedad para advertir que hablaba “como poco entendido”, por lo mismo que sabía muy bien que los necios gozan del privilegio de ser los únicos que pueden decir la verdad sin ofender».

Lo que san Pablo pensase al escribir tales palabras se lo dejó a ellos para que lo discutan; yo opto por seguir a los magnos, orondos, mantecosos y popularísimos teólogos, ya que vale más, ¡por Júpiter!, errar con la mayoría de los doctores, que acertar con la gentecilla trilingüe, pues ninguno de estos helenizantes hace más de lo que puedan hacer las cotorras, y singularmente cierto glorioso teólogo, cuyo nombre creo prudente callar por temor de que

alguna de las aves susodichas vaya a ver una alusión al asno de la lira de que nos habla el divertido proverbio griego²⁰. Este sabio, digo, examinó doctoral y teológicamente el pasaje en cuestión, y, al llegar a donde se lee: «Hablo como necio porque lo soy más que nadie», hace capítulo aparte, y aun le cuelga una nueva sección (cosa que bien se comprende que no le habría sido posible sin un perfecto dominio de la dialéctica) para interpretar el texto de este modo, y transcribo sus mismas palabras, no solo *en la forma*, sino también *en el fondo*: «“Hablo como necio”, o sea: si me tienen por necio, porque me comparo a los pseudoapóstoles, me tendrán por más necio todavía cuando vean que me estimo superior a ellos».

Tras lo cual, y como el que dice «¡Ahí queda eso!», se escurre inmediatamente a hablar de otro tema.

²⁰ Se refiere a Nicolás de Lira, anotador de las Sagradas Escrituras.

Otros textos sagrados de las Epístolas de san Pablo y del Evangelio

*M*as no hay razón para que me limite a robustecer mi tesis con un solo ejemplo, cuando saben todos que es derecho de los teólogos poder estirar las Sagradas Escrituras a medida de su deseo; por eso, algunas frases de los escritos de san Pablo parecen denotar que existen contradicciones en los textos sacros, que no son tales en los lugares correspondientes; y, si hemos de creer lo que nos cuenta san Jerónimo, que hablaba cinco lenguas, cuando el Apóstol vio en Atenas un altar, tergiversó su inscripción

con el fin de convertirla en argumento de la fe cristiana, pues, prescindiendo de aquellos términos que le estorbaban para su propósito, se quedó solamente con unos del final, aunque también un tanto alterados, a saber: *Ignoto Deo*, que quiere decir: «Al Dios desconocido». No obstante, la inscripción íntegra rezaba de este modo: *Diis Asiae, Europae, et Africae; Diis ignotis et peregrinis*, o sea: «A los dioses de Asia, de Europa y de África; a los dioses desconocidos y extranjeros». Sospecho que, por seguir una norma similar, se ha generalizado entre los teólogos la costumbre de rebuscar cuatro o cinco textos de una obra que, cuando les conviene, y aunque sea forzando su sentido, acomodan a su conveniencia, importándoles un bledo que, en relación con lo que les precede y con lo que les sigue, o nada tengan que ver con el asunto, o digan todo lo contrario de lo que ellos pretenden, cosa que los teólogos hacen con tan gloriosa desvergüenza, que no pocas veces logran despertar los celos de los juriconsultos.

Nada hay ya, en verdad, que no osen, después de que el ilustre... (por poco se me escapa el nombre, pero me acordé otra vez del proverbio griego) dio a ciertas palabras de san Lucas una interpretación que se conforma tanto con el espíritu de Cristo como el fuego con el agua. El caso fue como sigue. Sabido es que, cuando amenaza un grave peligro, los buenos vasallos suelen unirse de modo más estrecho con sus señores, convencidos de la fuerza que la unión tiene en la lucha, y por eso recordarán ustedes que Cristo, queriendo acostumbrar a los suyos a que arrancasen de su espíritu la confianza en el auxilio ajeno, les preguntó si, por casualidad, les había faltado algo en los lugares a los que los envió a predicar sin ningún recurso, porque ni los proveyó de zapatos contra las espinas y las piedras del camino, ni de alforjas contra el hambre; y, como le respondiesen que nada les había faltado, añadió: «Pues, ahora, quien tenga un zurrón, déjelo; y quien tenga alforjas, déjelas también; y el que nada tenga venda su túnica y compre una espada». Considerando que toda la doctrina de Cristo no otra cosa tiende a

inculcar que la mansedumbre, la indulgencia y el desprecio de la vida, nadie habrá a quien no resulte evidente lo que el Maestro quiso decir en tal pasaje, a saber: que sus enviados deben renunciar no solo a los zapatos y a las alforjas, sino también a la túnica, y, desnudos y enteramente desembarazados, emprender la predicación del Evangelio, sin prevenirse de otra cosa que de la espada, aunque no, ciertamente, de aquella con que hieren los ladrones y asesinos, sino de la espada espiritual, que penetra en los rincones más recónditos del ánimo, y que de tal suerte corta todas las pasiones, que no deja en el corazón sentimiento alguno que no sea el de la piedad. Pues bien, oigan ahora de qué manera retorció este texto el famoso teólogo aludido. La espada, a su juicio, significa la defensa contra la persecución, y el zurrón representa la merienda para el camino; de la misma suerte que si Cristo, abandonando los principios que en tantas de sus máximas proclamó, y al ver que enviaba a los Apóstoles con una provisión muy deficiente, se hubiese retractado de su anterior doctrina, olvidándose de que llamó *bienaventurados*

a los que sufren injurias, afrentas y suplicios; de que mandó a sus discípulos que no fuesen soberbios en las adversidades, sino suaves y humildes, y, en fin, de que los había comparado a los pájaros y a los lirios, puesto que ahora, por un lado, no quería de ningún modo que partiesen sin espada, aunque para ello tuviesen que vender la túnica, y, por otro, juzgaba preferible que fueran desnudos, a que dejasen de ceñirse al cinto un arma. Para el citado teólogo, por *espada* ha de entenderse todo lo que se refiere al empleo de la fuerza para rechazar la agresión, y por *zurrón* o *alforja*, cuanto sirve para satisfacer las necesidades de la vida; y así, de ser exacto lo que sostiene este intérprete de la palabra divina, se deduciría que los Apóstoles fueron a predicar la Ley del Crucificado bien provistos de lanzas, catapultas, hondas y ballestas, y cargados de cesta, maleta y equipaje, para no exponerse a salir de la posada con el estómago vacío, sin que le haga vacilar el recuerdo de que esa espada, cuya adquisición, según él, tanto recomendó Jesucristo, fue precisamente la que Él vituperó, ordenando que fuese enseñuida

devuelta a la vaina, pues nunca se ha oído decir a nadie que los Apóstoles usasen armas y escudos contra los gentiles, como las hubieran usado en el caso de que el sentido de las palabras de Cristo fuera el que supone este comentarista.

Pues hay otro, y no de los del montón, a quien por respeto no quiero nombrar²¹, que en aquellas pieles de que nos habla Habacuc, con las que hacían sus tiendas los madianitas, y en el texto «las tiendas de piel de los madianitas serán confundidas» ve una alusión a la piel de san Bartolomé, que, como se sabe, fue desollado.

En fin, hace poco, asistí a unas disertaciones teológicas, actos a los que concurro con frecuencia, y en ellas, como uno preguntase cuál es el texto de la Escritura que manda reducir a los herejes por el fuego mejor que por la persuasión, un grave anciano, cuyo entrecejo revelaba inmediatamente al teólogo, contestó con gran vehemencia que ese texto se halla en San Pablo Apóstol, donde dice: «Sepárate de los herejes después de haber intentado reiteradamente disuadirles

²¹ Se trata del agustino Jordanes de Sajonia. La confusión viene de que la palabra *pellis* equivale a tienda de cierto tipo y a la piel humana.

de su error»; y, como tales palabras las repitiese varias veces en el mismo tono estentóreo, y muchos se preguntasen ya qué demonios le pasaba a aquel hombre, explicó su interpretación diciendo que el texto había de leerse así: «Hay que separar de la vida a los herejes». Algunos soltaron la carcajada; no faltaron otros que encontraron el comentario rigurosamente teológico, y otros, por último, protestaron a grandes voces. En esto se levantó uno de los más sobresalientes, de esos a quienes llaman *autores irrefragables*, y exclamó: «Escuchen esta otra prueba. Escrito está que “no ha de tolerarse que viva el malvado”; ahora bien, todo hereje es malvado, ergo, etc.». Ante la perspicacia de este hombre, y convencidos de su conclusión, quedaron todos boquiabiertos, como bobos, sin que a nadie le viniese a la cabeza que en el precepto mencionado la palabra *malvado* se refiere a los hechiceros, encantadores y magos, a quienes los hebreos llaman en su lengua *mekaschephim*, ya que de otro modo sería preciso reconocer que la embriaguez y la lascivia, por ejemplo, son delitos que deben ser castigados con la pena capital.

**Ardorosos elogios que hace
san Pablo de la estulticia.
Consideración de la estulticia
en el Evangelio. Otros textos
sagrados que la abonan**

Necia sería si me propusiese recordar todos los ejemplos de esta clase, siendo como son innumerables, que no bastarían para contenerlos los volúmenes de Crisipo y de Dídimos; únicamente deseo hacer constar que, puesto que a los divinos maestros se les permite hacer las citas con poca exactitud, también se me ha de permitir a mí como teóloga de imitación. Vuelvo, pues, a san Pablo.

Él, hablando de sí mismo, dijo en un pasaje que «se acogiese a los ignorantes con buena voluntad»; en otro, que «se le recibiese a él como a ignorante, y que no hablaba como aquel a quien Dios inspira, sino como el que está sumido en la ignorancia», y en otro, en fin, que «somos necios por gracia de Jesucristo». Ya ven cuán fervientes elogios le merece la estulticia a este autor egregio, que, para concluir, la recomendó francamente como la cosa que le es más necesaria al que quiera llegar a puerto de salvación: «El que de ustedes –dice– se crea sabio proceda como necio, y así será sabio».

Cuenta san Lucas que Jesús llamó *necios* a dos discípulos que encontró en su camino; pero, en mi opinión, nada es más extraordinario que ver cómo san Pablo aun al mismo Dios le atribuye cierto género de estulticia, al decir que «cuando es estulto, es más sabio que los hombres», si bien Orígenes, interpretando este pasaje, arguye que tal necedad no puede, en modo alguno, tener la menor analogía con el concepto de la necedad humana, y que pertenece a la

misma clase que aquella otra de que se habla en el texto: «La palabra de la Cruz es ciertamente necia para los que se condenan».

Pero ¿por qué he de cansarme en seguir alegando testimonios en apoyo de mi tesis, cuando en los sagrados Salmos leemos que Cristo dijo bien claro a su Padre: «Tú conoces mi ignorancia»? No es, en verdad, extraño que el Señor sintiese tanta predilección por los estúpidos, y me imagino que tuvo para ello la misma razón que asiste a los grandes reyes para que les sean sospechosos y aborrecibles los hombres demasiado sensatos, como le sucedió a Julio César con Bruto y Casio (en tanto que de aquel borrachín de Marco Antonio nada recelaba), a Nerón con Séneca, y a Dionisio con Platón. En cambio, les agradan sobremanera los espíritus rudos y simples, y por eso, y de igual modo, Cristo detestó y condenó constantemente a los sabihondos y a su orgullosa sabiduría, como lo acredita san Pablo cuando, sin andar con rodeos, dice que «Dios escoge aquello que al mundo le parece estúpido», y cuando dice también que «a Dios

le pareció bien salvar al mundo por la necedad, ya que por la sabiduría no podía ser salvado», idea que Dios expresa con mayor puntualidad aún cuando exclama por boca del Profeta: «¡Yo destruiré la sabiduría de los sabios y condenaré la ciencia de los doctos!», o cuando otra vez da gracias porque, habiéndose ocultado a los sabios el misterio de la salvación, se haya descubierto a los niños y a los ignorantes. Bueno será observar que en griego la palabra *párvulo* (νήπιος) significa lo contrario de la palabra *sabio* (σοφός), y esto nos explica que en el Evangelio se ataque repetidamente a los fariseos, a los escribas y a los doctores de la Ley, mientras que a los indocotos se los defiende a capa y espada. ¿Qué otra cosa quiere decir el apóstrofe «¡Ay de ustedes, escribas y fariseos!», sino «¡Ay de ustedes, sabios!»? En cambio, vemos que el Señor recibe gran júbilo de los niños, de las mujeres, de los pescadores, y que entre los animales prefiere a los que más se apartan de la condición astuta de la zorra. Por eso quiso cabalgar en un asno aquel que, con solo su voluntad, habría podido oprimir sin temor alguno el lomo de un león; por eso, el

Espíritu Santo bajó en figura de paloma, y no en figura de águila o de milano; por eso, los ciervos, corzos y corderos son mencionados por doquier en la Sagrada Escritura, y, por eso, Jesucristo llama *sus ovejas* a aquellos a quienes ha prometido la vida eterna, pues ciertamente que no hay ningún otro animal de mayor simplicidad, como lo demuestra el que, según Aristóteles, la frase «hombre de condición de borrego», con la que se designa al que parece tener la estupidez de estas bestezuelas, suele tomarse como un ultraje que equivale a llamarle *estúpido* o *imbécil*. Y, sin embargo, estos son los que forman el rebaño de que Cristo se dice pastor; Cristo, sí, a quien también le era grato el nombre de *cordero*, puesto que san Juan le anunció con las palabras «He aquí el Cordero de Dios», que aparecen después en muchos lugares del Apocalipsis.

Cuanto llevo dicho proclama que todos los mortales, aun los piadosos, son necios, y que el mismo Cristo vino en apoyo de la necesidad de los hombres, ya que, siendo fuente de la sabiduría, quiso, sin embargo, mostrarse en

cierto modo como necio, cuando, tomando naturaleza humana, se revistió de carne mortal, del mismo modo que quiso también ser pecador para redimir el pecado; pero no se valió de otros medios de redención que de la simplicidad de la cruz y de apóstoles ignorantes y rústicos, a quienes con gran insistencia les prescribió la necedad y les ordenó que desterrasen de sí la sabiduría, presentándoles como ejemplos a los niños, a los lirios, al grano de mostaza y a los pajarillos, seres y cosas de encantadora sencillez, que carecen de sentido y que viven solamente con la protección de la Naturaleza sin necesidad de artificios y de cuidados, incitándoles, además, a que no se preocupasen de las palabras que hubiesen de decir ni de lo que hubiesen de responder cuando les llevaran a las sinagogas o a la presencia de los magistrados y potestades, y vedándoles, en fin, reparar ni en el tiempo ni en la ocasión, para darles a entender que no fiasen nada en los propios alcances y que pusieran en Él toda su esperanza. Tal es también el motivo que Dios, creador del mundo, tuvo para prohibir que se probase el fruto del árbol de la ciencia,

como si esta fuese algo así como un veneno de la felicidad, y de que san Pablo la condenase abiertamente por ser vana y causa de perdición, idea que fue, a mi juicio, la misma que inspiró a san Bernardo, cuando a aquella montaña adonde fue a sentarse Satanás la llamó *montaña de la ciencia*.

Quizá no sea liviano argumento en pro de la estulticia el favor que logra entre los poderosos, los cuales no conceden su indulgencia más que a los que yerran por falta de luces, gracia que a los sabios no dispensan jamás; y de aquí que todo el que pide perdón por una falta, aunque la haya cometido conscientemente, busque en la necedad excusa y patrocinio. Así, Aarón, según vemos en el libro de los *Números*, si mal no recuerdo, suplica el perdón para su hermana al decir a Moisés: «Te ruego, señor, que no nos tomes en cuenta este pecado, porque obramos como ignorantes»; Saúl pide misericordia a David, fundándose en que «parece que he obrado estultamente», y el mismo David invoca la benevolencia de Dios, rogándole que «no le haga culpable de su maldad, porque

había procedido como necio»; es decir que parece que no es posible implorar el perdón sin que se invoquen para ello la necedad y la ignorancia. Pero el más vigoroso argumento de mi afirmación es que, cuando Cristo en la cruz pidió por sus enemigos, exclamando «¡Padre, perdónalos...!», no alegó en su favor otra disculpa sino su ignorancia, al añadir «¡...porque no saben lo que hacen!». Del mismo modo, san Pablo escribe a Timoteo «haber alcanzado la divina misericordia porque su incredulidad fue el efecto de su ignorancia». ¿Qué significa la frase «Obré como ignorante» mas que fue incrédulo por necedad y no por maldad? ¿Y qué otra cosa quiere decir con las palabras «Por esto he alcanzado la divina misericordia», sino que no la habría alcanzado sin buscar su defensa en la estulticia? El salmista (de quien no me acordé en el lugar oportuno) viene también en mi ayuda, cuando suplica al Señor que «olvide los pecados de su juventud y de sus extravíos». ¡Ya ven ustedes qué par de excusas!: la temprana edad, de la que yo soy, por lo general, constante compañera, y los extravíos, cuyo número infinito nos revela la fuerza incontrastable de la necedad.

Las excelencias de la Estulticia comprobadas en las prácticas y sentimientos de la devoción y con la idea de la vida ultraterrena

Para que esto no sea el cuento de nunca acabar, y abreviando mi plática, diré que parece evidente que la religión cristiana guarda cierta afinidad con la estulticia, y que, en cambio, se aviene muy poco con la sabiduría. Si quieren una prueba de ello, reparen, primeramente, en que los niños, los viejos, las mujeres y los tontos gustan grandemente de las cosas religiosas y de las ceremonias del culto, y por eso los verán ustedes siempre próximos al altar, llevados tan solo de su natural inclinación;

recuerden, después, que los fundadores del cristianismo fueron hombres simplicísimos y enemigos acérrimos del saber, y, por último, fíjense en que no hay locos que hagan mayores extravagancias que aquellos a quienes el ardor de la religión los embarga por completo, pues los vemos malversar sus bienes, despreciar las ofensas, sufrir los engaños, no distinguir entre amigos y enemigos, aborrecer los placeres, complacerse en los ayunos, en las vigili­as, en las tribulaciones, en los trabajos y en las afrentas; sentir el enojo de la vida, no desear más que la muerte, y, en suma, mostrarse como hombres que, habiendo perdido en absoluto los sentimientos y condición de los demás mortales, tuviesen el espíritu ausente de su ser. Ahora bien, ¿qué otra cosa es esto sino volverse loco? Por eso no debe extrañarnos que algunos creyesen que los Apóstoles estaban bebidos, ni que el juez Festo tomase a san Pablo por un orate.

Pero, ya que me he vestido con la piel del león, quiero demostrar que la perfección cristiana, que con tal vehemencia se desea, y se

adquiere a costa de tantos sacrificios, no es más que una especie de locura y de necesidad; y les ruego que no vean en mis palabras ánimo alguno de ofender, y que atiendan más bien a la idea que encierran.

Los cristianos convienen más o menos con los platónicos en afirmar que el alma está como sumergida en el cuerpo y sujeta por sus vínculos, y así, detenida por la materia, no le es posible contemplar la verdad ni deleitarse en ella. Esta es la razón que tuvieron aquellos filósofos para definir la filosofía como «una meditación de la muerte», puesto que la meditación separa la mente de las cosas visibles y corpóreas, que es el efecto mismo que produce el morir. De aquí que en tanto se diga del espíritu que está sano porque se sirve adecuadamente de los órganos del cuerpo; mas, cuando rotos los lazos que a él le ligan intenta buscar su libertad, como si quisiera fugarse de la prisión en que yace, entonces se dice que ha enloquecido, y lo mismo sucede cuando sobreviene una enfermedad o defecto de los

órganos, caso que el sentir general estima como locura. Y, no obstante, en tal situación se encuentran esos hombres a quienes vemos pronosticar el porvenir, conocer lenguas y ciencias que nunca aprendieron, y de los que se diría que llevan en sí algo de divino, siendo indudable que esta es la causa de que el espíritu, en el instante en que se libera algún tanto de su comunicación con el cuerpo, comience a mostrarse con su vigor natural, y aun lo es también, a mi juicio, de que una cosa semejante les pase a algunos moribundos, cuyas palabras parecen dictadas por no sé qué inspiración prodigiosa. Lo mismo se observa en la práctica asidua de la devoción, pues, aunque quizá no sea originada por la misma especie de demencia, guarda, sin embargo, con ella tanta similitud, que la mayor parte de las gentes están convencidas de que no es más que mera locura, sobre todo cuando ven a esos pobres hombres que, en lucha constante con todo el mundo, no encuentran nada en la vida con lo que estén conformes, y a quienes sospecho que les acontece lo que en la invención de Platón acontecía a los que

se hallaban encadenados dentro de la caverna, contemplando las sombras de las cosas, o sea que, si por ventura salía alguno de ellos, y de vuelta al antro aseguraba haber visto las cosas tales como son en sí, le creían completamente iluso, por estar persuadidos de que, fuera de las vanas sombras, no existe absolutamente nada. Claro es que el sabio compadece a estos seres y deplora que su locura les tenga tan sumidos en el error; pero ellos, a su vez, se ríen del sabio como si dijera despropósitos y lo expulsan de su presencia.

La generalidad de los hombres siente más poderosa atracción hacia aquellas cosas más allegadas a la materia, que son a las que casi exclusivamente reconocen realidad positiva; por el contrario, lo que más desprecian los devotos es lo que tiene mayor conexión con lo corpóreo, y se entregan con alma y vida a la contemplación de las cosas espirituales. Los unos, pues, dan el primer papel a las riquezas, que son las que proporcionan las satisfacciones materiales, relegando el espíritu al último lugar, y aun la mayoría

no cree en él, por la sencilla razón de que no se ve con los ojos; los otros, en cambio, ponen todo su empeño en elevarse a Dios, que es la suma pureza, y, mediante Él, a lo que por su espiritualidad tiene con Él mayor semejanza, que es el alma, y así desdeñan los cuidados del cuerpo, desprecian el dinero, apartándose de él como si fuera basura, y, si se ven precisados a tratar de algún negocio, lo hacen a regañadientes y con repugnancia, porque tienen como si no tuviesen, y poseen como si no poseyesen.

En todas las cosas de la vida se advierten profundas diferencias entre una y otra clase de personas. Fijémonos primeramente en lo que se refiere a las facultades humanas, y veremos que, aunque todas ellas se relacionen con el cuerpo, hay algunas, sin embargo, que, por decirlo así, son más groseras, como las del tacto, el oído, la vista, el olfato y el gusto; otras parecen más apartadas del cuerpo, como la memoria, el entendimiento y la voluntad; por tanto, aquellas a que el alma tienda con preferencia en cada caso serán las que se manifiesten con mayor influencia.

Los devotos dirigen todas las potencias de su espíritu a lo que es más extraño a la materia, y esto les enajena y les deja como atónitos, mientras que el vulgo da un gran valor a lo material, y muy pequeño a lo espiritual, circunstancia que nos explica que algunos santos varones, según se dice, bebiesen aceite tomándolo por vino.

Si ahora examinamos lo que atañe a las pasiones, advertiremos también que unas están más relacionadas con el cuerpo, como la lujuria, la gula, la ira, la soberbia y la envidia, a las que han declarado los devotos guerra sin cuartel, mientras que la gente vulgar no concibe sin ellas la existencia. Hay, además, ciertos sentimientos comunes, y podría decirse que naturales: el amor a la patria, el cariño a los hijos, a los padres y a los amigos, a los que la muchedumbre reconoce, asimismo, alguna importancia; pero los hombres piadosos procuran arrancar del alma tales sentimientos en todo lo que no les sirva para elevarse a las puras regiones del espíritu, y así, aunque amen al padre, no lo aman como padre (porque este no engendró más que su cuerpo, y aun el

cuerpo, tanto como a él, se lo deben a Dios), sino como varón justo en quien brilla un destello de la mente suprema, que es a lo que ellos llaman el Sumo Bien, asegurando que, fuera de él, nada hay digno de ser amado y deseado. Esta misma norma siguen en todos sus actos, y, si es cierto que no desprecian completamente lo que se ve y se toca, lo consideran, sin embargo, como infinitamente inferior a aquello que no puede percibirse con los sentidos. Por eso dicen que, en los sacramentos y en todos los menesteres piadosos, se halla un aspecto intangible y otro tangible, y así, por ejemplo, para ellos la virtud del ayuno no consiste tanto en abstenerse de comer carne y de cenar (que es lo que el vulgo entiende por ayuno) como en desprenderse lo más posible de las pasiones, para que la ira y la soberbia no se muestren con su desenfreno usual, y para que el espíritu, más aliviado de su carga corporal, pueda volar en busca de los goces y de las delicias celestiales. Del mismo modo –dicen–, las ceremonias del culto, aunque no deban desdeñarse, no obstante, consideradas en sí mismas, son poco útiles, y hasta pueden llegar a ser nocivas, si no se

penetra por medio de ellas en lo espiritual, o sea, en lo que los símbolos visibles representan, y, en tal sentido, es sin duda saludable a los mortales el simulacro de la muerte de Jesucristo, para que, domando, extinguiendo y como sepultando las pasiones, nazcan a una nueva vida, y, de igual manera que Cristo es uno con sí mismo, procuren ellos hacerse unos entre sí. Tales son los principios que los devotos sienten y practican. El vulgo, por el contrario, cree que el sacrificio de la misa no es otra cosa que acercarse al altar, cuanto más mejor, oír el estruendo de los cantores y asistir como espectador a las ceremonias de la liturgia.

No solamente en estos casos, que solo como ejemplos he citado, sino también en las demás ocasiones de la vida huye sinceramente el devoto de aquello que tiene relación con lo terreno y se deja llevar en alas de lo eterno, lo espiritual y lo invisible, por lo cual, existiendo entre los unos y los otros tan enorme discrepancia acerca de todas las cosas, resulta que recíprocamente se consideran locos, aunque creo que esta palabra, mejor que al vulgo, es a los devotos a quienes debe aplicarse.

El misticismo

Lo que acabo de decir resultará más evidente si, como pretendo, demuestro en pocas palabras, y para terminar, que aquella excelsa recompensa a que aspiran los devotos no es otra cosa que un cierto género de locura.

Ya Platón hubo de vislumbrar algo parecido, cuando escribió que la exaltación de los amantes es la suma felicidad, porque el que ama ardentemente no puede decirse que vive en sí, sino en aquel a quien ama, y cuanto más se aparta de sí mismo y más se acerca al otro su gozo es tanto mayor. Pues bien, de una persona cuyo espíritu pareciese que quiere emigrar del cuerpo y que

no usara adecuadamente sus órganos se diría, con razón, que está loca, y esto es lo que quieren dar a entender las frases «No está en sí», «Vuelve en ti» y «Ha vuelto en sí»; por consiguiente, cuanto más intenso es el amor, tanto mayores son su vehemencia y el deleitamiento que reporta. Y ahora pregunto yo: ¿es algo distinto esa futura vida celestial que las almas desean con tanto afán? Porque, siendo indiscutible que el cuerpo ha de ser absorbido por el espíritu, más noble y poderoso, es claro que este fin lo consigue el devoto con más facilidad que el que no lo sea; en primer término, porque, al morir, se halla ya como en su propio elemento, y, en segundo lugar, porque el cuerpo se purificó y se preparó en la vida para tal transformación. El espíritu será después absorbido por completo en la mente divina, que es infinitamente superior a él, y así, cuando el hombre se haya despojado de todo lo material, alcanzará la felicidad por la sencilla razón de que, puesto fuera de sí mismo, y habiendo arrancado de su ser todo lo humano, gozará de modo inefable en el Sumo Bien.

Cierto es que tal felicidad no puede ser cabal hasta que, reunida el alma con el cuerpo en que estuvo, se les conceda a ambos la vida eterna; pero, a pesar de ello, como los devotos viven de tal suerte que su existencia no es más que una meditación de aquella vida, son, al mismo tiempo, recompensados con una especie de visión anticipada de las delicias celestiales que les trae algo así como el gusto y el aroma de ellas, y que, aunque no sea más que una gota pequeñísima del manantial de la perenne dicha, excede de tal modo a los placeres materiales, que ni aun condensando en una sola sensación el placer de todos los hombres se le podrían igualar. ¡Tanto aventaja lo espiritual a lo corporal y lo invisible a lo visible!

Esto es, sin duda, lo que anunció el Profeta al decir que «jamás vieron los ojos, ni oyeron los oídos, ni el hombre imaginó lo que Dios tiene reservado a los que le aman». Pero, como se ve, tales éxtasis no son más que un aspecto de la locura, que no se extingue con el tránsito de esta a la otra vida, sino que, por el contrario,

se perfecciona. A quienes les es dado experimentarlos (que son muy contados) los hace semejantes a los dementes, porque se expresan con alguna incoherencia y no al modo de los demás hombres; hablan sin ton ni son y gesticulan de una manera extraña; tan pronto están alegres como abatidos; tan pronto lloran como ríen o sollozan; en una palabra, parece verdaderamente que se hallan fuera de sí; y, cuando de súbito recobran el sentido, no saben decir si estuvieron en este mundo o en el otro, si dormían o estaban despiertos, ni recuerdan más que como a través de un sueño y entre nubes lo que oyeron, lo que vieron, lo que dijeron y lo que hicieron, pero se creen tan dichosos mientras permanecen en sus éxtasis, que deploran volver de ellos, por lo cual no hay nada que deseen más que enloquecer perpetuamente de este tipo de locura, aun cuando no sea más que una leve degustación de la felicidad eterna.

Epílogo

En verdad que me he olvidado de que estoy hace tiempo traspasando los límites que me había impuesto. Si hay algún petulante o algún parlanchín que me lo eche en cara, considere que quien a ustedes se ha dirigido es la Estulticia, y, por añadidura, que es mujer. En tanto, traigan a la memoria aquel proverbio griego que dice que a veces los necios hablan con cordura. Sin embargo, no crean que esto se puede referir a las mujeres.

Veo que están esperando el epílogo; pero habrían perdido el juicio por completo si imaginaran que, después de haber echado de mi boca tantas palabras, me acuerdo de una sola de

Erasmus de Rotterdam

ellas. Antiguamente se decía: «Detesto al convidado con memoria»; hoy debe decirse que es aborrecible el oyente que la tenga.

Y con esto, salud. Aplaudan, vivan y beban, renombrados creyentes de la Estulticia.

Cura nobiles qui.



quofuis. Sunt em̄ ue
re nobiles, qui gene/
ris claritati, doctrina
moribusq; respōdēt.
Sed eos, qui uita, car/
terisq; bonis rebus,
nihil antecellunt in
fima plabem, aut qđ
sape uidem⁹, uincit
uirtus. Nireus) Ni/
reum pro formosissi/
mo posuit, nam Ho/
merus, ut Theritem
turpissimū Græcos,
ita hūc post Achillē.

Dibujo a pluma de Hans Holbein el Joven en el margen del ejemplar de Oswald Myconius de la edición de Basilea (1515) de *Elogio de la Locura*.

Elogio de la Necesidad

fue editado bajo el número 13 en la

COLECCIÓN
Literatura  Justicia

por el Consejo de la Judicatura siendo Presidente

Gustavo Jalkh Röben

en diciembre de 2014

con un tiraje de 30 000 ejemplares para ser distribuidos en
forma gratuita en todo el país por el diario El Telégrafo.

Para este libro se han utilizado los caracteres

Fairfield LT Ligh 12 puntos.

